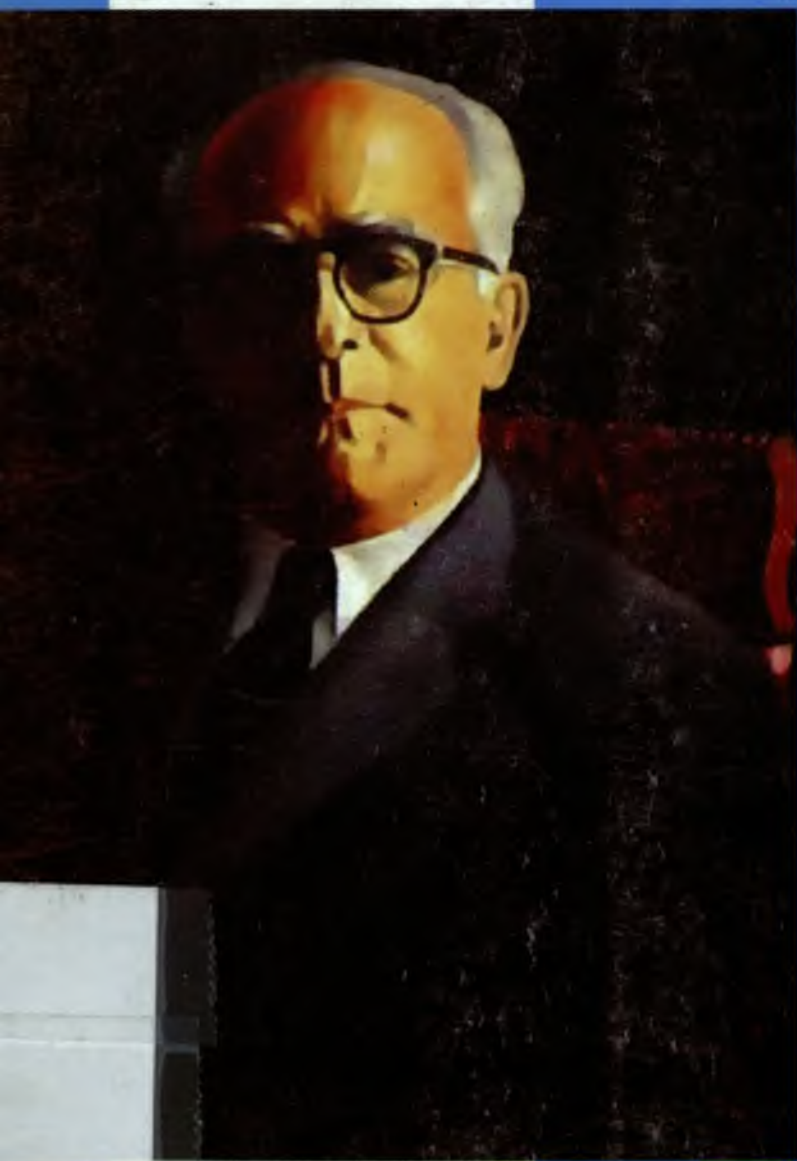


Pequeño anecdotario trujillano



Mario Briceño Iragorry

Gobierno Bolivariano de Trujillo
Coordinación Trujillana de Cultura

FONDO EDITORIAL ARTURO CARDOZO



Don Mario Briceño Iragorri

Autor de una obra dilatada que relata y recobra la imagen de su patria: Hizo de la defensa de la nacionalidad la línea fundamental de su pensamiento y acción.

Desde su cátedra, en sus trabajos periodísticos, ensayos, discursos, la visión y revisión del proceso histórico son la reafirmación del amor por lo nuestro.

«El pequeño anecdotario trujillano» obra publicada en 1957, constituye una serie de biografías y anécdotas trujillanas que forman la «intrahistoria» de nuestra patria chica.

Expresión del hombre que creía en la más absoluta libertad humana «pensar libremente hasta quedar en la absoluta soledad»

Mario Briceño Iragorri, nació el 15 de septiembre de 1897 y murió el 9 de mayo de 1958.

MARIO BRICEÑO IRAGORRY

987.14
B849
2003
e. 2.

Pequeño Anecdotalario Trujillano



CONSEJO NACIONAL
DE LA CULTURA



República Bolivariana de Venezuela
Gobierno Bolivariano del Estado Trujillo
Coordinación Trujillana de Cultura
Fondo Editorial "Arturo Cardozo"
Trujillo, diciembre de 2003



BIBLIOTECA NACIONAL



BIBLIOTECA NACIONAL



CONSEJO NACIONAL
DE LA CULTURA

ISBN:

If: 07220038002558



Fondo Editorial Arturo Cardozo.
Coordinación Trujillana de Cultura.
Gobierno Bolivariano del Estado Trujillo.
2003

Diagramación: Lithopros, C.A.
Fotocomposición: Lithopros, C.A.
Impresión: Lithopros, C.A.

PRESENTACIÓN

Dentro de la vasta obra de don Mario Briceño Iragorry se encuentra este **Pequeño anecdotario trujillano**¹, escrito mientras transcurría el cuarto año de su exilio madrileño, y cuya conclusión dató el 30 de septiembre 1956. Con ella quiso rendir tributo a su ciudad natal con motivo de celebrarse al año siguiente (1957) el IV Centenario de su fundación. Ya desde 1951 había iniciado reuniones para la conmemoración y llegó a presidir por algunos meses la Junta preparatoria del magno acontecimiento. Y como regalo a la ciudad también escribe **Por la ciudad hacia el mundo (Pregón y sentido de las fiestas de Trujillo)**² donde junto a su disertación sobre nacionalismo hace un recorrido por la genealogía trujillana desde la época colonial teniendo como inspiración la ciudad de Trujillo en la Extremadura española. Ambos libros se publicaron en 1957.

El **Pequeño anecdotario** es una semblanza biográfica y anecdótica de algunos ilustres varones trujillanos que por diversas razones impactaron el intelecto del autor, quien considera que ellos merecen permanecer en la memoria de sus coterráneos como seres paradigmáticos, por haber desempeñado cada uno en su amplio o reducido radio de acción roles plenos de autenticidad y dignidad que los hacen memorables y ejemplarizantes. La llegada de la fecha aniversaria lo impele a destacar en esta obra la valía de esos conterráneos cuyas vidas estuvieron adornadas de hermosas cualidades como la civilidad, la honestidad, la rectitud y la generosidad; esas virtudes faltaron a algunos parientes y a muchos otros que se decían sus amigos -religiosos, académicos, magistrados o parlamentarios- quienes prefirieron plegarse a los designios del dictador antes que hacer valer su rectitud e integridad. La oportunidad es de oro para insistir en la importancia de mantener en la memoria de los pueblos los elementos primigenios de la cultura humana de donde arranca su autenticidad.

Muchos de los personajes esbozados pertenecieron al círculo de amistades de su padre y forman la «intrahistoria», la trama menuda de la historia del pueblo, que es la que da el sustento u origen a esa historia grande que a su vez conforma la fuerza creadora de los pueblos. Esa historia menuda de ordinario se escapa de los anales históricos de una comunidad o una región, por cuanto son hechos que no trascienden a la comunicación escrita y permanecen solo en la memoria de quienes los conocieron.

¹ Caracas: Edics. Edime (Col. Temas nacionales), 1957. 202 p. Incluido en Mario Briceño-Iragorry, **Presencia e imagen de Trujillo**. Selección, prólogo, y bibliografía de Rafael Ramón Castellanos. Caracas: Biblioteca de Temas y Autores Trujillanos, 5, 1981, pp. 203-363, y posteriormente en las **Obras Completas** de M. Briceño Iragorry. Caracas: Edics. del Congreso de la República, 1988, v. 1, pp. 147-337.

² También inserto en el volumen primero de las **Obras completas**, pp. 339-386.

Sobre la necesidad de rescatar y mantener vivos los hechos y valores de la pequeña historia de las comunidades y regiones, escribió muchas veces don Mario; consideraba que era, esa pequeña historia, el basamento para la formación de un sentimiento de solidaridad, de sano regionalismo que al unirse a los otros regionalismos, daría pie a la formación de una conciencia de nación, conocedora y orgullosa de su pasado; y, por consiguiente, preparada para enfrentarse a los retos del presente y la búsqueda de la trascendencia en el tiempo, es lo que él llamó "*la historia como fuerza creadora de los pueblos*". Es por ello que don Mario quiere dejar para la posteridad el recuerdo de esos personajes que tan cerca están de sus afectos.

Si el lector observa la ausencia de retratos de mujeres se debe a que: "*En ese Trujillo que yo conocí [las] grandes damas se mantenían dentro de la casa, labrando el algodón para la lámpara votiva, recortando el papel para la maceta artificial, desgranando las cuentas piadosas del Rosario, signando sobre los labios la cruz, cuando alguna palabra indiscreta asomaba a sus bocas*"³, según lo explica el mismo Briceño Iragorry.

El Anecdótico fue escrito obviando información que tal vez sobre otros personajes trujillanos de mayor presencia histórica, le hubieran ofrecido los Archivos históricos de Sevilla y Simancas, ciudades que en aquél momento le eran próximas. Se valió sólo de los amables recuerdos de los años transcurridos en Trujillo desde su nacimiento en 1897 hasta 1918, cuando viaja a Mérida para culminar sus estudios de Derecho. Desde entonces, sólo regresaría a su ciudad nativa por breves lapsos de tiempo.

La obligada distancia que le impone el destierro aviva los recuerdos de su trujillanidad y de esa patria lejana por la que sufre tan visceralmente, y sobre la que dejó una vasta producción destinada a reflexionar sobre los problemas del país y a proponer caminos que llevarán a superar las limitaciones que las circunstancias políticas, educativas, morales, sociales o culturales imponían. En su Venezuela lejana, sometida a un oprobioso régimen militar, han quedado sus hijos y un hogar roto, han nacido los nietos y sólo le queda el afecto caluroso de sus cercanos familiares y de aquellos amigos que no lo abandonaron al verlo perseguido por la dictadura perezjimenista que con inagotable energía combatió.

Rafael Ángel Rivas Dugarte

³ "Carta a la Señorita Doña Rufa Silvia Bustillos fechada el 7-10-1957", Epistolario I. Obras completas. Caracas: Congreso de la República, 1997, v. 20, p. 503.

Pequeño Anecdótico Trujillano

PREFACIO

La circunstancia de mi larga permanencia en España, vecino a los Archivos de Sevilla y de Simancas, pudo hacer pensar que la utilizaría para proseguir la obra investigadora de los orígenes de Trujillo, en la cual tomé parte ayer, junto con los historiadores Amílcar Fonseca y Américo Briceño Valero. Personalmente dispendioso calculé el esfuerzo que representaba la búsqueda y acopio de papeles, que a otros, en cambio, se hiciera fácil realizar.

Como escritor preocupado desde mis primeros escarceos por las cosas de mi tierra, me sentí, no obstante, obligado a divulgar una vez más el pasado de Trujillo, precisamente en momentos en que retoñan tervorosos recuerdos, al aprestarse la ciudad para festejar su cuarto centenario. Junto con el ensayo, donde se examina la dimensión formativa que ha de acompañar a estos hechos, quise llevar al papel parte de la historia pequeña, sutil, huidiza, que escapa a toda fina rebusca entre polvosos papeles de archivos y que apenas vive como fresco aire de lejanía en la memoria de los hombres fieles al latido maternal de la tierra. Alejado de Simancas y de Sevilla, he consultado el archivo personal de mis recuerdos, para escribir cosas de aparente intrascendencia sobre el pasado de mi pueblo, pero que, en cambio, hallan suelo en la conciencia devota de quienes sentimos el palpitar de la Historia como ímpetu de viscera ardorosa. A mis amigos de Trujillo nada nuevo ofrezco. En estas desmirriadas líneas doy apenas forma a sencillos incidentes y a ligeros apuntes que viven en la memoria de quienes sabemos paladear el vino capitoso de la tradición. Retienen estos relatos una suerte de aroma mortecina, como de flores guardadas en álbumes antiguos, pero que más allá del tono desfalleciente que es como substancia de las cosas viejas, mantienen un saudoso sentido, propicio para hacer renacer la fuerza inmortal de la pequeña historia de la Patria.

En estas líneas yo no envío ningún nuevo recado de cultura a quienes en Trujillo atienden con cariño mi palabra. Por el contrario, van ellas a decirles cómo conmigo anda Trujillo y con Trujillo Venezuela,

a través de mi peregrinaje por los forzados caminos de Europa. No porque España llame a la recordación histórica he recalentado acá mi devoción por las cosas viejas de la Patria. Bajo el sol estival de Castilla apenas maduran frutos cuya sazón arranca de la raíz profunda que mi vida tiene enterrada en el estrecho valle de Mucas. De haber tenido medios para hacerlo, habría examinado el meandro de la historia colonial de la región cuycas, para así saber mejor cómo fue el discurso de su vida en los siglos gestantes de la autonomía. Me limito en estas páginas a devolver a Trujillo el recuerdo de hechos —en su mayor número cargados de excelente ejemplaridad— que viven conmigo en el cascabullo de la memoria.

He escogido el tema sencillo y simple de la anécdota para en ella apoyar el esfumino propio a dibujar rostros que quedaron grabados en la memoria emocional del pueblo. La anécdota tiene valor de documento moral. Por su sentido etimológico pareciera referirse a cosas secretas. Su ámbito es, en verdad, de alcance reducido. Más que en la Historia, puede decirse que ella está implantada en el terreno de la subhistoria. La anécdota no se mueve en planos de dramatismo impresionante. En su campo no suena el clarín de los heraldos. Mantiénese en tono más bien secreto, que hace confinar con la inedición y con el olvido consiguiente. Sin embargo, Lytton Strachey, padre de la moderna biografía, halla en determinadas anécdotas valor fundamental para la interpretación de un carácter. Cuando corresponde directamente a la realidad expresiva del sujeto, es manera de refucil que define la interioridad o como acto fallido que acusa un pensamiento secreto; cuando el apunte o la anécdota ha sido construido por el grupo que circundó al personaje, la escena o el dicho fue siempre elaborado con contornos de retrato o como silueta de contraste, por donde se hace fácil intuir rasgos precisos de la personalidad del sujeto. (Estas circunstancias precisa tomarlas muy en cuenta cuando se trata de dar valor a referencias arbitrarias presentadas como anécdotas de algún personaje histórico).

La mayoría de las anécdotas, escenas y dichos aquí agrupados apuntan a la presentación ejemplar de hombres que pueden seguir enseñando conducta. Algunas miran al mero gracejo del momento o a la aguda intención de los sujetos. Ninguna, en cambio, rezuma empeño de mordacidad o menosprecio hacia las personas puestas en tinglado.

Yo aprendí a gustar la pequeña historia de mi pueblo desde años juveniles, cuando ponía atención devota a la palabra reposada de los

viejos. El trato familiar con el historiador Américo Briceño Valero, más que deudo maestro mío, y la amistad cordialísima con que me favoreció Amílcar Fonseca —ambos inolvidables al hacer el recuento de los historiadores de Trujillo—, me abrieron el mundo amoroso de los anales de la ciudad. Con ellos aprendí la vieja lengua de los timoto-cuycas, con ellos aprendí a clasificar restos arqueológicos, con ellos aprendí a leer borrosos papeles coloniales, con ellos aprendí a distinguir ese espíritu sutil, inaprehensible, de difícil definición, que no se alza del sueño de los papeles, sino que vive como un aura moral, sublimada, etérea, en el espíritu del pueblo que siente la realidad de la Patria como mandato impostergable.

He tenido la fortuna de haber podido confirmar la muletilla cronológica y de haber refrescado algunos nombres, por medio de la consulta de los "Orígenes Trujillanos", del viejo Fonseca, en buena hora echados a la luz por la dedicación cariñosa de su hijo, el íntegro caballero y digno ciudadano don José Amílcar Fonseca.

Estos apuntes, cargados de afecto hacia la gente de mi tierra, pudieron haber sido mucho más extensos si hubiera tenido posibilidad de consultar mis distantes archivos personales y si hubiera gozado de medios expeditivos para comunicar con mis amigos de Trujillo. Si pluguiese, en cambio, el tema, bien podrían escritores trujillanos residentes en la tierra recoger las numerosas anécdotas que vuelan en labios de gente memoriosa y formar un mejor centón, para ilustración y solaz de las actuales generaciones. El perímetro de esta colección ha sido, también, intencionalmente reducido a la función ejemplar que he buscado para la mayoría de los relatos. No cabrían aquí, pese a lo festivo del lance, casos como el del Cura de San Miguel, que ordenó al sacristán enterrar la hermosa talla iluminada del Patrono del pueblo, por cuanto de noche, al recogerse con algún alegre pecadillo dentro del pecho, no podía resistir, a su paso por la sacristía, la amenazadora mirada del Diabolo yacente a los pies del arcángel victorioso. Puede mover a risa esta suerte de apuntes; en cambio no promueven la reflexión útil que suscita la conducta de la mayoría de los personajes cuyo esbozo intento en estas páginas.

Mi propósito se encamina a esa finalidad educativa. Quizás el mejor homenaje que los hombres de hoy podemos hacer a los hombres de ayer es traerlos a nueva vida en la dinámica social. Nada valen sus luminosos retratos en las vistosas galerías. Importa, por el contrario,

exprimir de ellos su valor social, su ejemplo útil, su lección digna. Yo he intentado en forma amena y sencilla poner en acto algunos de los hombres que forman la substancia de nuestro pueblo antiguo. A nuevas palabras, he preferido airear su recuerdo y hacer que una vez más caminen los egregios varones que ilustran con su decoro o distraen con su alegría, los pasos antiguos de nuestra historia de ciudad. Modestas y sencillas, en estas páginas alumbra, sin embargo, la luz de una historia que sólo podemos recoger quienes sentimos con ardor creativo la permanencia umbilical de afectos que ni se improvisan ni se mercan.

Hora es ya de callar lo mío para dejar al lector que me atiende generoso con las sombras amables de los viejos trujillanos, que aún pueden enseñar acciones nobles.

M. B.-I.

Madrid, 15 de septiembre de 1956.

EL ASILO DE JUAN RODRIGUEZ SUAREZ

ERA EL AÑO 1560. Andaba la ciudad de Trujillo por términos de Burate o Boconó. Ejercía funciones de Alcalde el capitán fundador don Diego de la Peña. Alguien anunció que por la ruta que venía del Nuevo Reino de Granada se divisaba un golpe de caballeros armados. Don Diego hizo enjaezar su cabalgadura y, acompañado del Alférez Mayor y de los alguaciles reales, salió a las afueras para esperar a los visitantes. Luego, estuvieron en términos de Trujillo los viajeros procedentes del Reino. Se saludaron cortésmente, y el Juez, don Alonso de Esperanza, se adelantó a poner en manos del Alcalde trujillano una rogatoria para la entrega de la persona del capitán Juan Rodríguez Suárez, por sus émulos hecho preso en Santa Fe, de cuya cárcel logró escapar y

*Allegóse a la encomienda
do lo esperaba Román.*

*—Román, apréstame el potro,
mi potro el de guerrear.*

—¡Aquí lo tenéis, señor!

—Aquí lo tenéis, don Juan.

*Aprestados he también
los arreos de batallar.*

Con Rodríguez Suárez había llegado a Trujillo el fundador Juan Román, en unión de ocho oficiales y cosa de veinte indios. A la gente de la Nueva Trujillo era por demás grata la presencia entre ella del valiente conquistador, sumado al número de quienes porfiaban por dar asiento fijo a la andariega ciudad. Demás de esto, los trujillanos no estaban dispuestos a hacer suyo el espíritu de venganza que inspiraba a los reinosos.

Don Diego de la Peña recibió de manos del juez Esperanza el escrito que firmaban los jueces de la Audiencia de Santa Fe. Puso sobre sus renglones la mirada atenta y huraña, para volverlo a plegar y devolverlo al estirado juez.

—Pues mire su merced, señor letrado, esto que me dice respeto a don Juan Rodríguez, non va a ser de concedello, por cuanto aquí en esta cibdad de Trujillo non sabemos leer si non es el *Ave María* e si non leer, non podemos entregar al mentado reo don Juan Rodríguez.

Fina, piadosa respuesta que aseguró al perseguido su pacífica residencia en Trujillo. El Nuevo Reino de Granada y la Gobernación de Venezuela, en cuyos términos entraba la provincia de los cuycas, eran, en realidad, dominios comunes de la distante España, pero ya los fundadores tenían claro sentido del alcance de las jurisdicciones. Los acuerdos de la Audiencia santaferense no se cumplían por sí solos en el distrito judicial de Santo Domingo, de que formaba parte Venezuela, y para abultar aún la imposibilidad de cumplirlos, el Alcalde de la Peña recurrió al arbitrio sencillo de declarar que sólo el *Ave María* sabían leer los trujillanos.

En nombre de una ignorancia iluminada de piedad cristiana, las autoridades de Trujillo resistieron el primer requerimiento de entregar a una víctima de los odios partidistas. La genealogía del hermoso, noble, humano uso del asilo, que prestigia el derecho internacional americano, tiene, pues, su más viejo abolengo en la conducta generosa y entera de la ciudad de Trujillo para el perseguido Juan Rodríguez Suárez.

Tal vez en una esquina de Trujillo un bronce simbólico podría perpetuar esta sublime anécdota del modesto, piadoso, humilde Alcalde don Diego de la Peña. Con recordar la figura borrosa del cristiano funcionario se renovarían la memoria del más encumbrado acto con que se abren los anales cívicos de Trujillo. Verdadera piedra miliar en el itinerario moral de Trujillo, este hecho es raíz y símbolo promisorio de lo que en 1820 sería la concordia que puso fin a la guerra a muerte. Uno y otro hecho constituyen los pergaminos de hidalguía que asegurarán a la ciudad el título de *Ciudad pacífica*. No en vano sobre las alas del *Ave María* inició su ruta el institucionalismo trujillano...

LOS PIRATAS EN TRUJILLO

CUANDO el pirata Gramont de la Mote visitó a Trujillo el año 1668, puso fin a la primera gran etapa de la «ciudad portátil», según llamó a Trujillo en su proceroso estilo el historiador Oviedo y Baños. Hasta aquella fecha la ciudad ocupaba en el cuadro de las ciudades venezolanas puesto que seguía al de Caracas. Sus lujosas mansiones, la riqueza de sus vecinos, su clima estupendo, las delgadas aguas de sus quebradas y su río, hacían de ella un lugar placentero y seguro. Su fama, justamente, abrió la codicia de los piratas, quienes esperaban lucrar con sus afamadas riquezas. No convenido, por excesivamente alto, el rescate pedido por el audaz corsario, la ciudad fue entregada al pillaje y a las llamas. Con la tarde del 16 de septiembre —trágica fecha en la cronología trujillana— un piquete de corsarios se dirigió a la parte alta de la ciudad. Entre los mejores edificios, estaba el Convento de la recolección franciscana, con título de San Antonio de Padua. Se corrieron voces de que al cuidado de los frailes y cubiertos de la inmunidad del lugar sagrado, se guardaban en él valiosos tesoros de los vecinos ausentes. A la puerta del Convento se detuvieron los fieros corsarios. En el claustro sólo había silencio y soledad. Los frailes se habían ido a las vecinas encomiendas. El recinto había quedado a la inválida guarda de un añoso fraile, que en su juventud había sido —según dice la leyenda recogida por Fonseca— hombre de trajines en el hampa de los puertos de Francia. En religión tomó el nombre de Benito de la Cueva. En su viejo mundo de crímenes, llamábase Francisco Teodoro Wasseur. Pícaro y picardo a la vez, el viejo fraile conocía el caló de los piratas. A su mesa estuvo, entre tragos y mujeres, cuando los fieros aventureros regresaban a Marsella o a Burdeos. Sabía, también, que una deformada fe religiosa subyacía en los socavones entenebrecidos de estos hombres, acostumbrados a obrar como si para ellos no existiese ni Dios ni Santa María. Como hombres de guerra, los fie-

ros piratas franceses habían borrado todo sentimiento de piedad, pero se inclinaban con ciego fanatismo ante el nombre del gran rey, que unió cruz y espada para la cruzada por la fe. Esto lo sabía el anciano fraile, y cuando los corsarios forzaron las puertas del Convento y penetraron en son de pillaje, avanzó hacia ellos y con voz autorizada les mostró una imagen del rey San Luis, patrono de los Terciarios franciscanos, y les ordenó con imperio: —Rendid las armas, oh fieles franceses, ante el rey que murió en Túnez por Dios y por la Patria. . .

Después de arrodillados, ya los piratas sólo tuvieron tiempo para gustar la charla picaresca del hermano desertor. . .

EL OBISPO FRAY ALONSO DE BRICEÑO

EN SANTIAGO DE CHILE nació por 1590 Fray Alonso Briceño. Después de haber profesado Teología y Filosofía en Lima, fue promovido a la silla episcopal de Nicaragua. Al ocurrir la vacante de la Mitra de Caracas, por muerte del Ilustrísimo Sr. Fray Mauro de Tovar, el Obispo Briceño fue trasladado a ella. Tomó posesión de su cargo en la ciudad de Maracaybo y de allí se partió a Trujillo, donde permaneció hasta su muerte, en 1668, sin haber jamás ocupado el solio de su Catedral caraqueña. Explicaba José Domingo Tejera que el apego del Obispo de Trujillo derivaba de la complacencia de hallarse entre sus deudos Briceños. El argumento explica poco el caso, para el cual creo haber hallado solución en el hecho de que Briceño, al llegar a Maracaybo, debió de haber tenido informe de las rencillas que entre la Mitra y la Orden de San Francisco, de la cual era hijo el Obispo, dejó sembradas su antecesor, el tremebundo Obispo Tovar. En cambio, en Trujillo tenía paz, clima, comodidad y la ayuda de los frailes de su benemérita orden.

Hombre de grandes saberes, había editado en España dos volúmenes de «Controversias», sobre temas metafísico-teológicos, cuya traducción y comentario ha hecho recientemente el ilustre Profesor Juan David García Bacca. Amigo del deporte y arte venatorio, posiblemente tras alguna lapa o un ágil venado de Monay atrapase la fiebre que le redujo al lecho de donde lo levantaron para la sepultura. Todo lo posible se hizo por salvar a su Ilustrísima. El médico de cabecera le propinó lo que a mano tuvo: sumo de mastuerzo; palomines abiertos sobre el vientre; piedra bezoar en vaso de plata dorada, traída especialmente de Santa Fe del Nuevo Reino; plantillas de piel de gato y hasta el auxilio milagroso de un dedo de San Francisco Solano, en pectoral puesto sobre el ilustre enfermo. Mas todo fue en vano, y con gran dolor los deudos y familiares del Obispo lo vieron un día cerrar los ojos para siempre. Fastuosos preparativos se habían hecho para las pompas fú-

nebres, primeras de un Obispo que iba a presenciar la pacífica ciudad de Nuestra Señora de la Paz de Trujillo. Se encargaron de levantar y vestir el cadáver el sobrino del Obispo, Fray Diego de Briceño, y su Tesorero, el Padre Gamboa. Cuál sería la sorpresa de estos buenos clérigos cuando hallaron bajo el colchón donde expiró el prelado una serie de ídolos indígenas. Hecha la investigación del caso, supose que un fiel indiecito, de la servidumbre del Obispo, había colocado los diabólicos cacharros en el lecho del enfermo. Procedieron los clérigos a exorcizar el cadáver y al castigo condigno del embrujado criado. Fue éste conducido para la azotaina hasta la piedra mónica, situada a inmediaciones del tempo parroquial.

—Yo no lo hice por daño —gritaba el aterrado indiecito—. Yo quería que mi amo el Obispo se curara la calentura.

JACOBO ANTONIO ROTH

TODAVÍA CUANDO era yo niño corría en Trujillo la conseja de que, para evitar que el moho las dañase, don Jacobo Antonio Roth hacía asolear las cuantiosas peluconas que guardaba en sus bien guarnecidas arcas. A fines del siglo XVIII fue a montar casa en la pacífica Trujillo este atildado caraqueño, en quien resaltaba la alegre seriedad de su ancestro escocés. Gran señor, fue siempre en el salón, en el estrado público, en el fundo agrícola, en el cuartel patriota. Dueño de ricas haciendas de cacao y de tupidas vegas de añil y de tabaco, pensó don Jacobo sumar al prestigio de su cuna, de su cultura y de su riqueza el aditamento de un título de nobleza, por donde le subiera aún más el prestigio que gozaba en Trujillo. Dirigidos memoriales a Madrid y tras la oportuna gestión de los Procuradores en la Corte, Carlos IV tuvo a bien conceder al ilustre caballero título de Marqués de Butaque, previo el Vizcondado de Mucuche, con lo cual se ennoblecían, también, los así llamados ricos fundos agrícolas del nuevo Marqués.

Pero las cosas de Palacio siempre van despacio. Acá midieron y pesaron bien el añil y el cacao con que don Jacobo pagaba los derechos de Chancillería por su estirado título; en cambio, los pendolistas retardaron un poco, o dos pocos, la confección de los iluminados pergaminos. Corrieron los años, y en América crecía el ímpetu autonómico. Caracas constituyó en abril de 1810 su Junta de Gobierno. Ya por este tiempo, el conventículo revolucionario de la capital había aprovechado el viaje que hicieron a Trujillo, en pos de monjas para la fundación dominica planeada en Caracas, los sacerdotes Rada y Fuenmayor, a fin de que llevaran a los trujillanos invitación de adherir a los planes autonomistas. Los comisionados trataron el caso con los hombres principales de Trujillo, entre los cuales ocupaba sitio prestante don Jacobo. Ocurridos los sucesos de Caracas, en la vieja ciudad de Nuestra Señora de la Paz se proclamó, junto con la adhesión al movimiento de Cara-

cas, la autonomía de Trujillo y su constitución en provincia. Quedaba así roto el vínculo de dependencia que la ciudad mantenía desde 1786 con la ciudad de Maracaybo y ganaba así Trujillo el privilegio de verse representada en el septenario estelar que ilumina la bandera de la Patria. Constituída la Junta Provincial, don Jacobo fue electo Presidente. En sus manos ilustres estuvo por vez primera el bastón de la magistratura regional y de sus arcas cuantiosas salieron gruesos donativos para mantener las necesidades de la guerra de independencia. La peluca empolvada y los relucientes alamares del viejo régimen cedieron el paso al atuendo modesto de la ciudadanía. El noble empingorotado se tornó en el republicano fervoroso y llano. El acaudalado propietario descendió a la modesta condición del prócer que, no teniendo ya onzas de oro qué asolear, exhibía con orgullo las huellas que en sus pies había dejado el grillete de preso por la causa de la libertad. Buenos, hermosos, ejemplares tiempos en que los hombres sacrificaban salud y fortuna al servicio de la República. Fortuna y salud perdió el egregio patricio en la aventura de ganar la independencia de la Patria. Retirado a la paz del hogar; rodeado del afecto de larga familia, llamada a ser decoro de Venezuela; visto por la gente de Trujillo como venerable patriarca, alguien habló en alguna ocasión a don Jacobo del fallido Marquesado.

—No llegué a usarlo —dijo— porque no me vino en tiempo. Dios me concedió, en cambio, la gracia de llegar a ser ciudadano de una república libre. Nada valen honores y riquezas ante el orgullo de sentirse obrero de la libertad y del decoro de un pueblo. . .

EL POETA JUAN LLAVANERAS

HOMBRE RECIO, altivo, dominante, el español don José de Gabaldón dejó memoria de ahincado godo. Era nativo de la Península, y en Trujillo había casado con doña Nicolasa Llavaneras, descendiente de los fundadores de la ciudad. Ejerció en ésta altas funciones públicas don José y sostuvo en ella con dignidad de español castizo los fueros de la Monarquía frente al arrollador movimiento republicano. En sus frecuentes querellas por motivos de gobierno o por razones de tierras, don José jamás cedió lo que creyó de su derecho o privilegio. El destino le planteó, en cambio, un problema hogareño de solución dura, ante la cual hubo de rendir su indomable entereza.

La lucha que dividió a la sociedad venezolana tuvo, como era lógico, su repercusión en los propios hogares. Aun en la encumbrada familia de los Bolívar hubo corrientes contrincantes. La férrea María Antonia fue entusiasta amiga de los realistas, y a la hora de la emigración del año 14, el Libertador la hizo embarcar a la fuerza en el puerto de La Guayra. Ganada la independencia, María Antonia volvió los ojos hacia el hermano glorioso y se tornó republicana, en el fondo un poco tarada por el godismo cantonalista que llevó a Caracas a fomentar el divisionismo, por donde se deshizo la unión colombiana, soñada por Bolívar como seguro de la independencia y garantía de respeto internacional para la nueva república. También en el seno de su familia, don José de Gabaldón se enfrentó con la división partidista. Era él cuñado nada menos que del inspirado poeta Juan Llavaneras. Este altivo patriota es en los anales de Trujillo una suerte de personaje medio mítico, apenas evocado como expresión del ingenio literario puesto al servicio de la Patria. Poeta satírico, a él se atribuye la paternidad de décimas y octavillas inflamadas de ardor patriótico, no sólo puestas a circular mientras el tiempo era propicio a la expresión entusiasta de la fe republicana. Cuando la reconquista española sometió de nuevo a Venezuela

a recia servidumbre, y fue a Trujillo a sustituir a las autoridades republicanas el coronel Pedro Fernández, cruel hasta ganarse el remoquete de «Terremoto de Trujillo», tuvo el poeta Llavaneras, pese a la carga de años, tiempo aún para hacer circular agresivas letrillas.

*A la Patria el Rey ofrece
humillación y cadena,
por eso en el pueblo crece
el hambre, el dolor, la pena.*

¿Suyos serán estos versos, repetidos aún por labios de vieja gente trujillana cuando yo era niño apenas?

Si por las calles de Trujillo circulaban entre fiestas los versos del anciano poeta, en el seno del hogar de don José de Gabaldón debieron de sonar cual crepitante fuego, cuando los repetían los hijos del severo partidario del Rey. En ellos se hacía sentir América por el imperio de la sangre materna y por la voz amorosa del paisaje natal. Los jóvenes Gabaldones vieron con dolor salir hacia las prisiones de San Carlos y Puerto Cabello a los egregios patriotas que habían encendido en Trujillo la llama de la libertad. Unos a pie, en flacas bestias otros, la cuerda de presos impresionó vivamente el ánimo de los discretos patriotas que los miraban salir de la cárcel. Iban en calidad de criminales Fray Ignacio de Alvarez, el Presbítero José Ignacio Briceño, el Presbítero Enrique Salas, el Presbítero José Antonio Rendón, don Jacobo Antonio Roth, don Manuel Felipe Pimentel, don Antonio María, don Pedro, don Braulio y don Miguel Ignacio Briceño y tantos otros patriotas que habían sido apresados por la venganza goda. Entre los presos no se vio salir al viejo poeta Llavaneras. Luego, por la ciudad atónita y confusa corrió una voz sombría. El anciano patriota prefirió la muerte inmediata a la humillación de bóvedas y pontones. Ahorcado en el camastro donde echaba los huesos, fue hallado su cadáver a la hora de la partida de los presos. Sus manos decrepitas tuvieron fuerza, como su lengua, hasta el último momento. Con ellas pudo apretar el nudo voluntario con que apagó la vida...

En el espíritu de los sobrinos, el ejemplo del viejo poeta debió de ayudar al fermento de los ímpetus rebeldes. Su padre era de España y España era para ellos la esclavitud y la tiranía; la libertad estaba en el campo atrevido de la guerra. A la voz de que por los lados de Beti-

joque se habían formado unas guerrillas patriotas, dos o tres de los jóvenes Gabaldones abandonaron el paterno alero y fuéronse a ayudar la causa de la República. La noticia debió de herir profundamente el corazón de don José. Sin embargo, el viejo hidalgo hizo fuerza para lucir una vez más la reciedumbre de su casta.

—Son ellos de América y tienen derecho a buscar la libertad de su Patria. Lejos de enfadarme, me siento orgulloso de la conducta de tales hijos fue su altiva respuesta a quienes le llevaron, palabras de alivio en su presunta aflicción de padre desasistido de la consecuencia filial.

DON JOSE GABALDON

ANTONIO NICOLÁS BRICEÑO no fue llamado «el Diablo» por malicia congénita, sino en razón de haber hecho repetidas veces el papel de Satanás en autos sacramentales en los Seminarios de Mérida y Caracas, donde fue educado. Por lo contrario, Antonio Nicolás era de natural apacible y reflexivo. Que metodizara en forma monstruosa la lamentable guerra a muerte, por el propio Bolívar proclamada después en Trujillo, nada significa como testimonio de una primitiva naturaleza diabólica. La circunstancia hace al hombre y los hechos funestos de 1812 desviaron hacia la locura, más o menos prolongada, la mente lúcida de los más egregios Padres de la Patria. La historia de Antonio Nicolás Briceño está harta divulgada; la interpretación de su conducta acabo de hacerla en ensayo encaminado a probar cómo Briceño fue víctima de una extremada y fervorosa dedicación a la República.* Consciente, al declinar su locura, de la proyección de sus actos, dejó constancia, tanto de su entereza frente a la responsabilidad asumida en el plano histórico, como de su bondad natural, cuando de rodillas pidió perdón para sus cómplices. El 15 de junio de 1813 fue conducido ante el pelotón encargado en Barinas de cumplir la sentencia de muerte contra él proferida por sus jueces. Había escrito ya una tierna carta a su desgraciada esposa; había explicado las sutiles razones, de ascendencia bíblica, que le movieron a la guerra sin cuartel; había confesado sus gruesos pecados con el piadoso sacerdote. Ya no era Antonio Nicolás Briceño hombre expuesto a los vaivenes de este mundo. Lo separaban, en cambio, de la seguridad eterna apenas brevísimos minutos; sin embargo, como silbo en la noche para espantar el miedo a las sombras cercanas, Briceño volvió momentáneamente a su antiguo espíritu festivo:

—¡Qué más da! Es justo que en mí sea castigada, también, la sangre presuntuosa de mi estirpe española.

* «Lección y sentido de Antonio Nicolás Briceño». Zaragoza, 1956.

BOLIVAR Y LOS BRICEÑO

LA ESTADA que el Libertador hizo en la ciudad de Trujillo el año 1820 se prolongó por algunas semanas. Como iba en plan de paz, las atenciones del Cuartel General le concedían tiempo vaco para hacer largas caminatas, ora por las calles de la ciudad, ora por los aledaños de la Mesa de Triana y el Pazguate, ora por las Araujas y San Jacinto. Ya no se apoyaba Bolívar sobre el refucil de la guerra, como en el fatigoso año 13. Traía ahora de báculo admirable un gajo de pacífico olivo, como compensación para Trujillo del trágico prestigio que otorgó-le la proclama de la guerra a muerte. En unión de Pedro Briceño Méndez caminaba Bolívar cierta mañana por la vía que conduce a las Araujas. Sobre el húmedo y blando verde de las vegas destacaban su fronda encendida los rojos bucares. El río de mansas y serenas aguas plateaba el contorno de los alegres sembrados. El aire traía de la vecina montaña pureza y frescura virginales. El espíritu de Bolívar se sintió dilatado al goce de la clara, apacible, festiva mañana trujillana, cuando no se sabe si es el río, o son los pájaros, o es el aire, o son las ramas de los árboles, quien da la nota más pura en el concierto que entona la Naturaleza. El buen humor de Bolívar, frecuente en chanzas con su fiel secretario, avanzó a dirigirse a un humilde labriego que conducía a la ciudad dos pacientes asnos, cargados de fresca hierba para el forraje de las bestias.

—Oiga, amigo Briceño, ¿a qué precio vende el pasto? —díjole Bolívar.

Luego, el campesino estuvo en presencia de los señores, y Briceño Méndez, al preguntarle el nombre, supo que en verdad el campesino se llamaba Marco Briceño. Cerró el trato Bolívar, con la consiguiente liberalidad en la paga, y mientras proseguía el paseo, al averiguarle

—Lo he llamado por el mismo apellido de usted, porque esta es la tierra de los Briceños, y a buen seguro que si me rasco el pellejo, también a mí me aparece el Briceño.*

—Lo he llamado por el mismo apellido de usted, porque esta es la tierra de los Briceños, y a buen seguro que si me rasco el pellejo, también a mí me aparece el Briceño.*

DOMINGO BRICEÑO Y BRICEÑO

CUANDO EL LIBERTADOR estuvo en Maracaybo el año 1821 visitó en su casa de habitación al Licenciado Domingo Briceño y Briceño, quien, por su extraordinario esfuerzo en pro de que la ciudad del Lago se sumase a la independencia, llegó a ser llamado el Libertador de Maracaybo. Don Domingo era hermano de Antonio Nicolás, de sobrenombre «el Diablo», y como éste, había nacido en la población de Mendoza a fines del siglo XVIII. Fue hombre de extraordinaria prestancia en la vida pública de Venezuela. En 1834, después de haber dirigido la «Gaceta de Venezuela», fundó en Caracas «El Nacional», periódico que intervino en acaloradas cuestiones políticas. Don Domingo figura como uno de los primeros publicistas del país y según críticos exigentes es el primer escritor que dio Trujillo en el siglo XIX. Su prosa es elegante, directa y acertada en el juicio.

Con don Domingo vivía en aquel tiempo su hermana Narcisana, mujer de corte varonil, que había ayudado al hermano con fuego y decisión en su empresa de llevar a Maracaibo la revolución. En la sala principal, donde era objeto el Libertador de los obsequios de los señores de la casa, lucía un retrato del hermano sacrificado por Tiscar en Barinas el año 1813. Sobre el óleo mantuvo largo tiempo la mirada atenta el glorioso Bolívar. Después, en voz un tanto lenta, dijo:

—Fue una lástima que los españoles hubieran fusilado a Antonio Nicolás. Con su valor y su arrojo nos hubiera ayudado mucho. Pero a veces, sin embargo, pienso que Tiscar me evitó acaso el haberme visto con Antonio en la misma dolorosa situación en que me puso Piar.

—¿Y no ha pensado Su Excelencia —le respondió rápidamente doña Narcisana— que él también hubiera podido fusilar al General Bolívar?...

CRISTOBAL MENDOZA

A CONSECUENCIA de los graves sucesos del año 1826, el Dr. Cristóbal Mendoza fue obligado a abandonar a Venezuela. Pese a la esencia violenta de los hechos, el austero repúblico se había compuesto con el régimen faccioso de Páez, en espera de que la situación provocada en Valencia llegase a tener una solución provechosa a la unidad de Colombia y a los planes de Bolívar. Sin embargo, el ilustre varón, a quien había correspondido en 1811 el primer turno de ejercicio del Poder ejecutivo nacional, se vio obligado a abandonar por la fuerza el territorio patrio. Hablar de Mendoza es caer una vez más en el elogio que de sus extraordinarias virtudes de repúblico hace permanentemente la historia nacional. Sin afán alguno, saltan las frases más encumbradas para la exaltación del egregio patricio que tanto lustre da a su región trujillana. Cuando se acercaba a la tumba, Bolívar adelantóse al elogio definitivo. «Usted retiene o se lleva el modelo de la virtud y de la bondad útil», escribióle con palabras impregnadas de justicia y tomadas del vaticinio el Libertador de América. ¿Adivinó, acaso, Bolívar el declinar doloroso de la bondad pública? ¿Intuyó de algún modo el grande hombre que para lo venidero sería horro el ejemplo de desprendimiento, de abnegación y de sacrificio que dio Mendoza a la causa de la República? ¿La herencia del grande magistrado no habría de ser inventariada, a juicio de Bolívar, en lo valioso de sus actos, para sólo tomar de su recuerdo el laurel llamado a marchitarse sin el riego de la acción imitativa?...

Mendoza, junto con Peñalver, encabezaron el dolor de la tragedia espantosa que esperaba a la ley en Venezuela. El principismo no los cegó hasta desconocer la dolorosa filosofía del hecho cumplido. Se empeñaron ambos en ganar a largo plazo la batalla del derecho sobre los hombres de la violencia. Prefirieron dar momentánea aquiescencia al error del caudillo, en espera de que las buenas razones ganasen la vic-

toria final. El caso fue al contrario. Peñalver huyó en septiembre hacia Trujillo, para librarse de los desmanes de Páez. Mendoza fue obligado a embarcarse hacia Santomas en noviembre siguiente. Mientras hacía el camino de La Guaira el precoz anciano, cuyo físico mostraba tanto el agravio de la agitada vida como la inmediatez de la muerte, dijo lleno de dolor a uno de los fieles amigos que le acompañaban:

—Primero fui echado de mi Patria en razón de los odios desatados por Monteverde y Boves. Era ley de la guerra. Al destierro fui con te para seguir luchando contra los feroces enemigos de Venezuela. Hoy, son los mismos patriotas quienes me privan del dulce alivio de vivir en ella. Es doloroso ver cómo hemos hecho Patria para que de ella nos arrojen los enemigos de la ley y la justicia. Por este despeñadero llegarán los violentos a echar de Venezuela al propio Libertador. No lo vean mis ojos, hechos a contemplar la contradicción de los hombres. . .

EL DEFENSOR DEL REO PEDRO CARUJO

EL DOCTOR RICARDO LABASTIDA, representante en el Congreso que instaló por tercera vez la República de Venezuela, fue grande orador, profundo jurista, pulcro escritor, inspirado poeta y probo ciudadano que supo dar lustre a la República. Poco es lo que se conserva de la cosecha literaria de este gran trujillano, mas ello no empece para que su nombre haya llegado entero a las nuevas generaciones, como testimonio de altivez, de decoro y de dedicación al servicio público.

Cuando en 1831 se organizó el gobierno autónomo de la Provincia de Trujillo, al doctor Labastida tocó asumirlo y reinstalar sus servicios. No hubo durante su larga existencia hecho alguno de nuestra vida pública en que no apareciera el nombre respetable de este inolvidable varón. En la Convención de Valencia, su verbo, junto con el de Fermín Toro y Eloy Paredes, tuvo misión ductora y a su pericia confió el cuerpo legislativo delicada misión cerca del agente inglés instalado en Santomas, para tratar acerca del enojoso caso del bloqueo provocado por el arbitrario cumplimiento pedido por Inglaterra para el famoso Protocolo Urrutia.

El fuerte del doctor Labastida fue la ciencia del derecho. En Trujillo y fuera del ámbito geográfico regional, su nombre era tomado como prenda de autoridad para el dictamen y de éxito feliz para el litigio. Como abogado defensor lo vemos aparecer al lado del reo Pedro Carujo, cuando vencida la Revolución de las Reformas se siguió juicio en Valencia al audaz cabecilla, quien, pese a su valor y cualidades personales, no ha tenido historiador que se atreva a revisarlo, por el desfavor que le hacen tanto la noche septembrina como el manotazo feroz contra el civilismo personificado en la egregia figura del doctor José Vargas.

No logró el doctor Labastida la absolución de quien, por la gravedad del hecho, tenía que recibir la máxima pena, que entonces llegaba

al extremo de la muerte. (Si es duro y controvertido el aplicarla en crímenes horrendos, más inhumano y absurdo es imponerla como castigo de hechos delictuosos que el éxito pudo, en cambio, revestir de gloria, si el fracaso no hubiera acompañado a los reos). Las pasiones políticas tomaron la coyuntura de la defensa para atacar al doctor Labastida como simpatizante de la causa de Carujo. Más hubiera acertado quien callase este comentario cuando el doctor Labastida regresó a la paz de su hogar de Valera. Decírselo y convocar una reunión de amigos en su casa, so pretexto de un ambigú, fueron cosas inmediatas. Los invitados no se hicieron esperar. Era tomado como verdadero honor alternar con persona de la calidad del doctor Labastida. Se iniciaron los saludos, se cruzaron las preguntas diligentes de la amistad, rieron amables las amigas, sirvieron los criados solícitos el gustoso refresco y los finos pastelillos. Todo era risa y amabilidad cuando el doctor Labastida pidió silencio para dirigir la palabra a los amigos.

Los presentes se hicieron todo oídos para no perder ninguna de las palabras que dijera el anfitrión ilustre. Este se insinuó con una amable sonrisa y más o menos díjoles:

—Mis queridos amigos: Apenas regresé a mi hogar tuve noticia de que se me moteja de simpatía con los reformistas por mi defensa del desgraciado Pedro Carujo. Creo que bien se me conoce en la Provincia y fuera de ella. Yo no he defendido a un amigo, sino a un reo. Las leyes aseguran al acusado el derecho de estar asistido de un defensor. En el caso de Pedro Carujo se excusaron de defenderlo abogados que eran sus amigos personales y, tal vez, sus cómplices. Yo he defendido a un rendido, sobre quien tenía que caer el peso inexorable de la ley. Yo he defendido a un ciudadano que tenía derecho a la asistencia de la justicia. Sin la presencia de un abogado, la sentencia de muerte, que no llegó a cumplirse por el fallecimiento natural del reo, hubiera sido un asesinato. Yo he servido a la justicia invocada por el reo y a la justicia invocada por la República. Sin la regularidad de estos juicios, no habría sanción, sino venganza. ¡Desgraciada la hora en que los gobiernos castiguen a los políticos sin antes oírles en estrados! Y por encima de esto, he servido a un caído, que a la hora definitiva no vio de sus viejos amigos sino las anchas espaldas. Ricardo Labastida no deshonra ni a la estirpe que le dio vida y nombre, ni a la Universidad que le dio letras y le marcó una conducta...

Así hablaban entonces nuestros grandes varones.

EL ILUSTRE CORONEL SEBASTIAN OSSES

CON OCASIÓN de los sucesos políticos que ensangrentaron a la Nueva Granada después de la disolución de Colombia, fue a residir en la ciudad de Trujillo el Coronel de Ingenieros Sebastián de Osses, persona de gran cultura, que ayudó mucho al General Cruz Carrillo en la ingente labor de progreso que llevó a cabo el ilustre prócer durante el tiempo que ejerció el cargo de Gobernador de la Provincia. Amante de las letras, el Coronel Osses se empeñó en comunicar sus conocimientos a los trujillanos, y de su pasión por las lenguas vivas y muertas derivó las bases de su cultura políglota al famoso sabio don Rafael María Urrecheaga.

La biblioteca del Coronel Osses estaba llena de libros en extrañas lenguas, cuya constante lectura constituía para él su más cara diversión, en medio del tedio y del aislamiento en que discurría la vida del viejo Trujillo. No dejó familia legal, mas hijos suyos fueron el Ilmo. Sr. Antonio María Durán, Obispo de Guayana, y el valiente General Manuel Durán, de brioso recuerdo en la historia de nuestras constantes guerras.

Cuentan que ya muy metido en años porfiaba el Coronel Osses en declinar en alta voz el *der, die, das* de la gramática alemana y que a un amigo extrañado del empeño que ponía el anciano en aprender aquella nueva lengua, le respondió con voz autorizada:

—La estudio para hablar con Federico el Grande en el Valle de Josafat.

EL SANTO PADRE ROSARIO

CUANDO EN 1947 se cumplía el centenario de la muerte del Padre Francisco Antonio Rosario, fue celebrado en Mendoza un Cabildo abierto, con asistencia del Gobernador del Estado y del Arzobispo de la Provincia, en el cual se acordó iniciar la causa canónica para la beatificación del extraordinario levita. En aquella reunión se me encomendó armar la historia del varón insigne, cuyos méritos fue primero en divulgar el conocido Padre Enrique Castro.

En el largo recuento de próceres que dio Trujillo a la causa de la Independencia nacional, el Padre Rosario tiene lugar prestante. Sirvió de Capellán al ejército libertador y ofreció gruesas contribuciones para los gastos de la guerra. En las inmediaciones de la pacífica Mendoza, tenía su hacienda «Carmania» el apuesto levita. Rico en cañas, en añil y en café era el espléndido fundo, en cuya severa mansión hizo noche Bolívar, cuando desde los ventisqueros andinos descendió sobre Trujillo con las sienes ardorosas por el fuego de la gestante proclama de la guerra a muerte. En aquel tiempo el Padre Rosario era, también, hombre de holgorios y licencias, que contradecían la severidad obligada de la vida sacerdotal. Lejos de enseñar con el ejemplo la doctrina cristiana, dañaba a sus feligreses de Mendoza y de La Puerta con el cuadro disipado de sus costumbres.

Los años corrían y el Padre Rosario insistía en su vida libertina. Por 1827 y 28 visitaba a una barragana cerca de La Puerta, con la naturalidad de quien toma reposo en honesta posada. Cierta noche venía de regreso hacia Mendoza el liviano levita, cuando al llegar a un sitio, desde entonces llamado «Zanjón del Diablo», la fina mula lo echó a tierra, por el susto que al bruto también ocasionó la presencia relampagueante y terrífica del propio Demonio. En el suelo, rendido por el golpe fugaz del Engañador, el Padre Rosario, como Saulo, escuchó el

reclamo amoroso del Altísimo, que prometióle la salvación del alma a trueco de vida penitente y reglada. Recobrado del asombro, voló la piedad a la mula fiel y siguió espantado el camino hacia Mendoza.* En lo sucesivo, lágrimas ardientes sustituyen la alegría malsana de los vicios. Libertó a los numerosos esclavos. Recogió los suntuosos manteles donde banqueteara la gula. Repartió entre los pobres su fastuosa fortuna. La mesa suya sería en lo sucesivo una simple tabla, sobre la cual ponía su nota de monorrítmica alegría el rojo tiesto donde refrescaba el agua penitente. No hubo más cama muelle, con finas sábanas de Holanda. Su lecho de dormir fue el suelo duro y su almohada de descanso una piedra aspérrida. De todos sus esclavos, dejó, sin embargo, uno el Padre Rosario. No para que le ayudase cuando calzaba las hermosas espuelas de plata, ni para que le escanciara, como antes, en fina copa el vino capitoso. Este esclavo sólo tuvo la misión de azotarle las espaldas con agresivo rebenque. Cuando el Padre quería aumentar la penitencia, echaba sobre sus hombros cruz igual en tamaño a la que llevó al Calvario el Divino Redentor, y con ella a cuestas ganaba en la noche el camino hacia Escuche, con cuyo Vicario iba a confesar los pecados antiguos.

De esta maravillosa vida penitente fue testigo la población sencilla de Mendoza, quien en el Padre Rosario miraba la presencia casi divina de los legendarios anacoretas. Más que un hombre, en el añoso levita, macerado por ayunos y penitencias, veía una huella humana del Crucificado. Tanto fue el deseo de humillarse que animó la vida penitente del Padre Rosario, que le ocurría algunos sábados salir junto con los pordioseros a suplicar un mendrugo. Tras los andrajosos mendigos entró el santo sacerdote en cierta ocasión a una rica casa de Mendoza, cuya señora salió llena de dicha a saludarle.

—Adelante, Padre; siéntese un momento, que en seguida vuelvo —díjole.

De inmediato regresó la dama y encontró al Padre parado en la mera puerta.

—Pase, Padre, y siéntese —le insinuó con halago y alegría la señora.

* La dramática versión de este encuentro del Padre Rosario con el Diablo, la escuché después de haber acogido la que dice que el tránsito espiritual del sacerdote ocurrió en la ocasión de una grave enfermedad.

—Yo no vengo a hacer visita, sino a pedir limosna —díjole mostrando la escudilla en que solía recibirla.

—Sí, Padre; aquí le traigo la limosna —agregó la dama, mientras ofrecía al Padre una onza de oro.

—No, señora. El oro que tuve, yo lo distribuí entre los pobres. Para mí sólo necesito hoy un pedazo de pan con qué saciar las necesidades del día. Esa moneda distribúyala entre los necesitados de Mendoza, a quien buena falta les hace la caridad de los poderosos.

EL GENERAL CRUZ CARRILLO

CUANDO FUÍ a Mérida, en 1918, a proseguir los estudios universitarios, di con una leyenda grotesca sobre la personalidad del ilustre prócer trujillano General Cruz Carrillo. ¿De dónde arrancaba? Pues de un frívolo entretenimiento de viejos estudiantes, a quienes incitara a la chota intrascendente el continuo recuerdo del «abuelo Cruz» que hacía el excelente director de la antigua y modesta imprenta universitaria, don Lisímaco Carrillo Monreal. Cuando hoy la Universidad de Mérida, gracias a la iniciativa de Miguel Angel Burelli Rivas, cuenta con uno de los mejores talleres tipográficos de Venezuela, suena a extraño la pobreza de aquella pequeña imprenta de tipos, que amorosamente dirigía don Lisímaco. La vieja «Gaceta Universitaria» y las conferencias y libros de Diego Carbonell —uno de los mejores rectores que han tenido en este siglo las Universidades venezolanas— eran compuestos con benedictina paciencia por el experto tipógrafo, enmarcado aún en la tradición de los viejos maestros que, con pupila complutense, ayudaban a corregir las pruebas a los propios autores. Cristiano varón, algunas veces el bueno de don Lisímaco acudía en consulta cerca del grande Obispo Silva, para borrar escrúpulos levantados de la composición de algún texto herético del travieso Carbonell. Para molestar a don Lisímaco, un grupo de escritores de Mérida formaron un truculento memorial sobre las extrañas andanzas, usos, costumbres y maneras del General Cruz Carrillo. La pluma brillante y el ingenio fácil de Humberto Tejera, de Juan Antonio Gonzalo Salas, de Pedro José Godoy, de Roberto y de Eduardo Picón Lares, de Raúl Chuecos Picón, de Ulises Picón Rivas aprovecharon aquella coyuntura para hacer versos festivos y urdir fantásticas relaciones, en las cuales era presentado nuestro héroe como una manera de Goliat analfabeto, que a golpes de su espada descomunal había destrozado el propio puente de Boyacá. Ganó espacio y consistencia la festiva leyenda, cimentada sobre la justa fama

de forzado y de audaz que prestigiaba a nuestro prócer, por donde en el propio Trujillo llegó a ser repetida incautamente la travesura de los alegres escritores que en Mérida se empeñaban en molestar a don Lisímaco.

Fornido y sin miedo había sido, en realidad, el ilustre prócer que durante las largas veladas familiares recordaba con orgullo las cargas de Boyacá y de Carabobo, y para quien en sus últimos años no había deleite más subido que evocar la memoria solemne de Bolívar. Bravo y atrevido se le imagina sólo por saberlo General de la guerra emancipadora. Eran tiempos aquellos en que el más modesto de los grados militares se tomaba por prenda de auténtico valor personal. En cambio, no se recuerda cuanto es debido la labor desarrollada por el ilustre prócer en el orden civil y en el campo de la educación del pueblo. Se olvidan los grillos que soportó por haberse puesto en armas para defender al Congreso ultrajado por Monagas y se olvida, también, la ceguera con que de la cárcel regresó a su vieja ciudad natal. A nuestras abuelas, los trujillanos maduros recordamos haber oído alabar la memoria de la honorable matrona doña Josefa Grajales de Dupuy, invitada por el General Carrillo para ir desde Maracaibo a Trujillo a regentar la primera escuela de niñas, donde, con las letras, se enseñaba música clásica y se educaba el gusto literario por medio de finas representaciones de sainetes y entremeses.

Se esmeró el General Carrillo en la organización de las rentas públicas. Era celoso de su recaudación y vigilante como Argos de la inversión que de ellas se hiciera. En Trujillo es recordada comúnmente su actitud con motivo de la construcción del puente que a la entrada de la ciudad salva el molesto paso de la quebrada de los Cedros. Pero el General Carrillo tenía por los términos de la Otra Banda —también llamada en aquellos tiempos Mesa de Triana— una casa de recreo, adonde iba con bastante frecuencia. Los enemigos del Gobernador la dieron en decir que el puente tenía por objeto facilitar los alegres paseos del General Carrillo. La cruda especie llegó a oídos del celoso y pulcro gobernante, quien al día siguiente enteró en las cajas provinciales la cantidad de trescientos cincuenta pesos que había costado la obra.

—Por ahí dice la gente que yo mandé hacer el puente llevado de la mera utilidad personal. Pues quede el puente por mío y úselo el pueblo en mi nombre —dijo el administrador.

La furia de cambiar denominaciones que ha hecho presa en las nuevas autoridades ha respetado el ilustre apellido Carrillo, que aún ostenta el puente centenario. Falta en Trujillo digno monumento que recuerde al ínclito varón. El puente, en cambio, guarda, como noble pieza heráldica, junto con la memoria del prócer aguerrido, un testimonio parlante de su rectitud personal y del nunca exagerado distingo que a toda hora supo hacer entre el Erario y su peculio privado...

EL DOCTOR JOSE EMIGDIO GONZALEZ

UNO DE LOS más inquietantes personajes trujillanos del siglo XIX, fue, sin duda alguna, el doctor José Emigdio González, quien al aceptar en 1863 el hecho cumplido del triunfo federal en Venezuela, aconsejó a sus correligionarios oligarcas —Araujos y Baptistas—, arriar el pabellón godo y sumar la provincia al movimiento universalmente victorioso. Una concepción muy personal de la lealtad, hizo que Baptistas y Araujos resistiesen la insinuación del doctor González, mientras éste daba pasos hacia la pacífica proclamación del federalismo. La iniciativa de González libró a nuestra región de una guerra feroz, que hubiera destruído su saneada economía. Mirando a buenas luces la realidad histórica, la riqueza antigua y la abundancia que hicieron de Trujillo y de la Cordillera, en general, un verdadero emporio, arranca de esta medida altamente previsora del doctor José Emigdio González, para quien el ágil historiador R. A. Rondón Márquez pidió, por dicha causa, un homenaje de la Cordillera.

La alianza del avisado político con los liberales vencedores, presentados, por cierto aspecto anticlerical, como hombres endemoniados, ayudó a formar la leyenda satánica que rodeó la vida del doctor González. Los godos llegaron a imputarle tratos directos con el Diablo, y como para abonar imputaciones, el doctor González era hombre valiente y agresivo, su figura, más que respetada, llegó a ser temida, tanto cuando ejercía el mando como cuando pleiteaba en los tribunales. En cambio, los alumnos del Colegio de 1ª Categoría, donde profesaba Cátedra de Derecho Público, tenían muy a menudo motivos de fiesta con las hirientes y atinadas interpretaciones que el brioso y marrullero político doblado en catedrático, ofrecía a sus discípulos.

A sus ideas liberales, les dio siempre respaldo con su conducta llana y tolerante, que solía llegar a puntos como el de la ocurrencia

que anoto, por mí escuchada de labios del venerable doctor Juan Nepomuceno Urdaneta, deudo del doctor González.

Por 1859 era Gobernador de Trujillo nuestro célebre personaje. Cierta mañana amaneció la ciudad casi empapelada con una hoja en que se denunciaban tropelías y robos imputados al doctor González. Los que madrugaron con la noticia, esperaron durante el día la violenta reacción del gobernante, puesto que en la ciudad se sospechaba quiénes fueran los hombres del ataque. En el día no salió de su casa de la Calle Abajo el temido gobernante. A la tarde se hizo enjaezar su fina mula y, como era costumbre en Trujillo, salió solo a dar su habitual paseo por la ciudad. Pero, mientras el doctor González subía y bajaba las tediosas calles de Trujillo, varios agentes de policía se ocupaban en repartir un Boletín Oficial, que reproducía la hoja mañanera, ahora con agudo estrambote, que decía: «Reprodúzcase de orden del señor Gobernador de la Provincia, El Secretario de Gobierno».

Así el doctor González destruía por la tarde el ataque de sus enemigos y daba a la vez ejemplo extraordinario del respeto que los magistrados deben a los ciudadanos que avanzan a criticar sus actos públicos.

* * *

Hombre verdaderamente temido por sus singulares condiciones de carácter, influencia y sagacidad, y rodeado, al mismo tiempo, por el halo satánico que le fabricaron los godos, sin embargo, por donde pasaba, algún ahijado saltaba a pedirle la bendición. En cierta oportunidad alguien aludió en su presencia a la gran cantidad de ahijados que contaba, y con gesto reído respondióle:

—Los que me temen y no pueden acabar conmigo, me hacen compadre.

Fina lección, que muchos debieran poner en práctica como buen sistema para crear saludables compromisos, que sirvan de prenda a la paz y a la concordia.

UN CABALLERO DOBLADO EN CAPITAN

DON FABRICIO GABALDÓN era nieto del célebre don José de Gabaldón, recio caballero peninsular, establecido en Venezuela a fines del siglo XVIII y quien casado con la honorable dama trujillana doña Nicolasa Llavaneras dio origen a la distinguida estirpe de los Gabaldones, de limpia y gallarda actuación en la política, en la guerra, en las letras, en el comercio, en las ciencias y en la sociedad venezolana. Hombres severos e inflexibles, los Gabaldones han ganado fama de hidalguía y de bravura, que les ha asegurado la consideración pública. Don Fabricio, como sus padres y sus hermanos, era fundamentalmente agricultor, mas en aquellos tiempos Cincinato se veía precisado a ceñir la espada del guerrero. Cuando se inició la lucha federal, don Fabricio formaba parte de la colectividad política que, encabezada por Araujos y Baptistas en unión del doctor José Emigdio González, mantenía en la provincia los intereses de la oligarquía. En Trujillo se guerreó poco; sin embargo, los federalistas buscaban penetrar en la Provincia para ganar las vastas posibilidades que ofrecía la riqueza de la región, por donde algunas veces lograron traspasar los límites provinciales. En una de estas ocasiones, a don Fabricio fue dado el mando de un cuerpo de ejército destinado a detener la columna del Comandante Pablo Chirinos, que había penetrado por los lados de Guanare sobre la población de Boconó. Cuando Gabaldón llegó con sus hombres cansados hubo de enfrentarse con gente fresca y bien atrincherada, cuya derrota logró después de encarnizada lucha, en la cual quedó prisionero y mal herido el Comandante Chirinos. Don Fabricio, a la ley de caballero, ordenó el inmediato traslado del jefe rendido a una casa de familia, donde le fueron prestados los cuidados que requería su grave estado. La atención del enfermo fue vigilada personalmente por el propio Comandante Gabaldón, quien al pronto advirtió el desagradable efecto que hacía al moribundo la vista de la roja divisa oligarca que aquél

ostentaba. Inmediatamente don Fabricio se desvistió sus agresivos adornos y ordenó a uno de los ayudantes que saliese a buscar algún retrato de Zamora o de Falcón, para que su vista reconfortase al moribundo.

—Una cosa —dijo a sus compañeros— es la enemistad política, que desgraciadamente nos lleva a matarnos en el campo de la guerra, otra cosa es el respeto y la atención que debemos al enemigo rendido.

Así procedían aquellos caballeros doblados en capitanes.

MANUEL MARIA CARRASQUERO

«NADIE ESCRIBE mejor que Carrasquero, y muy pocos lo igualan. El tiene un sol, la libertad; un Dios, Bolívar; un amor venerable, eterno y puro, sus hijas; una pasión divina, las letras». Son palabras del gran Cecilio Acosta para exaltar la personalidad del insigne trujillano don Manuel María Carrasquero.*

No era poca cosa este hombre magro y altivo, que con dignidad espartana ejerció la Gobernación de la Provincia de Trujillo el año 1858. Antes de la República, sus mayores firmaban Fernández Carrasquero. Para acomodarse con la llaneza de las nuevas costumbres cívicas, eliminaron el Fernández, del mismo modo como los Hurtados de Mendoza se llamaron Mendoza simplemente, los Rodríguez Picón sólo fueron Picón, los Valcárcel Pimentel sólo Pimentel y los Rodríguez del Toro firmaron Toro apenas. Su educación la hizo en el Seminario caraqueño de Santa Rosa de Santa María, donde latines y buena gramática le dieron un estilo directo, claro y elegante. Era hermano uterino del egregio repúblico doctor Ricardo Labastida, y como éste, fue orador elocuente y consumado polemista. Si sabía gobernar pensamientos y estilo, también sabía gobernar hombres, hasta ganar solo metido en su austera casaca de magistrado civil, arrogancia que puede parearse —para superarla por la pureza de la intención— con la bélica postura que distinguió al montañés antiguo. Los cuerpos políticos oyeron su vibrante palabra admonitoria. La polémica altiva y decorosa supo de la reciedumbre de sus argumentos y del veneno de sus dardos. La amistad lucró siempre con su consejo certero y desinteresado.

El recuerdo de don Manuel María Carrasquero quedó fuertemente vinculado a la historia del institucionalismo trujillano, por medio de

* Amílcar Fonseca: «Orígenes Trujillanos», pág. 737.

un acto que pinta tanto su carácter férreo como el sentido de respeto que los hombres de cuartel tenían en aquel tiempo para los principios del derecho público. El General Ramón Soto, que actuaba como jefe de operaciones de Occidente, destacó hacia Trujillo un cuerpo militar al mando del Comandante Juan Vejarano. En Trujillo reinaba la quietud social y la razón del envío de la tropa tenía mucho que hacer con la práctica de echar empréstitos sobre comerciantes y agricultores, a que eran muy aficionados los militares. Para que legalmente entrase en la región el cuerpo de marras, era requerida la autorización del Gobernador de la Provincia, quien no sólo la negó, sino que avanzó a resistir la pretensión del General Soto. Don Manuel María era hombre inmovible ante el cumplimiento del deber. Al penetrar en territorio de su jurisdicción el Comandante Vejarano, el Gobernador le dirigió un oficio con la orden siguiente: «Como magistrado de esta provincia, a quien está subordinada toda fuerza armada que en ella exista, prevengo a usted que inmediatamente y sin pérdida de un instante se ponga usted en marcha con las fuerzas de su mando a la provincia de Barquisimeto».

Suena a luminosa epopeya civil el recuerdo de estos gestos altivos, con que la Historia nos prueba cómo un valioso fermento adobó en lo antiguo los caldos de la dignidad republicana. Hombre de letras como don Manuel María, era el ilustre patricio merideño don Juan de Dios Picón, quien sin enfado alguno ganó en el Congreso de 1830 la ley que suprimió el fuero de los militares. Digno de subida loa es el espectáculo del Diputado Picón, abogando por los derechos de la civilidad en medio de un coro altivo de leones cargados de bélicos laureles. Propicios eran los tiempos para estos admirables ejemplos. Nutrida en ellos, la altivez basáltica del magistrado trujillano avanzó en nombre sólo de la ley, no ya a obligar al Comandante Vejarano a que se retirase de la Provincia, sino a enseñarle cómo «lo que importa es respetar los derechos del pueblo, porque su causa es la nuestra; lo que importa es que no lo ultrajemos con la fuerza armada, que es para protegerlo; lo que importa es que no llevemos torpemente con nuestras propias manos al poder personal a un individuo, con mengua y escarnio de los santos principios que hemos proclamado».

Más que un ejército aguerrido vale la actitud solitaria y ejemplar de este terrible guardián de las instituciones republicanas. Suya es la gloria del lauro ganado con sólo la palabra al agresivo portador del arma destructora; también, en estricta justicia precisa reconocer

el mérito de la obediencia que decoró a los fieros administradores del recurso violento de la fuerza. Sabían éstos, como última instancia de sus actos, que sobre el empuje de las bayonetas estaba la fuerza de las instituciones civiles, seguro de la República y prenda de la paz y de la justicia.

Quien conozca la energía del prócer frente a los hombres armados, ya tiene medida para calcular a dónde llegaba la rigidez y el empuje de su carácter. En Trujillo su pluma era temida por la fina manera de herir y por el respaldo de su moral inquebrantable. Alerta siempre sobre cualquier terreno donde se le pretendiera ofender, su palabra estaba presta a desnudar y a devolver intenciones. Aun cuando estuvo bien entrado en años, no faltó causa noble que estimulara su vena polémica. En determinada ocasión mantenía disputa don Manuel María con cierto periodista maracaibero, que avanzó a estampar un agresivo artículo, cuya lectura ocasionó justa repulsa en Valera, donde vivía el anciano. Madrugó cerca de éste, para comunicarle la llegada del libelo, uno de esos viscosos amigos que a nadie falta y de quien don Manuel María sabía que acostumbraba criticarle a distancia. Tras las frases de pena por la agresión, expresadas con fingido calor por el falso amigo, don Manuel María le devolvió el periódico, diciéndole:

—Evítame buscar los espejuelos. Léeme tú el artículo y así lo saborearás una vez más.

EN TRUJILLO HASTA EL SANTISIMO ES "PONCHO"

EL 24 DE NOVIEMBRE de 1871 doblegó las resistencias de los defensores de la ciudad de Trujillo el aguerrido ejército del valiente General Rafael Pulgar, destinado desde Maracaibo para ir a castigar a los caudillos trujillanos, opuestos a reconocer el triunfo de la Regeneración guzmancista. Hacia los páramos ganó con las reliquias de su ejército el General Juan Bautista Araujo, mientras los invasores se entregaban al pillaje de la ciudad y a la destrucción de los emblemas nobiliarios que aún lucían en los antiguos portales. (Sólo se salvó de ser borrado el escudo de la antigua casa del Alférez don Feliciano Cegarra de Guzmán, que entonces formaba parte del Monasterio dominicano de las Reginas y la cual ocupa hoy las oficinas de la Sanidad Nacional). A la gente vencedora servíale de Capellán un sacerdote de apellido Román, de despreocupado y alegre genio. Estos Capellanes acompañaban a las tropas en campaña con el propósito de prestar auxilios religiosos a los moribundos de uno y otro bando. Muchas veces, desoído el mandato piadoso que circunscribía su función al orden de la asistencia religiosa, los Capellanes sumaron la acción de su brazo a la lucha fratricida. Hecho inexplicable, en medio del vértigo bélico que fogueaba a la bestia durmiente tras el hombre educado. El Padre Román quiso celebrar en tono cristiano el triunfo de las huestes liberales y pensó en cantar un *Te Deum* en la Iglesia Matriz. Hizo al efecto buscar al Padre Miguel Ignacio Urdaneta, y se le informó que el Vicario había salido de bautizos y matrimonios a los campos cercanos; intentó ponerse al habla con el Sacristán, y le dijeron que era tonto y se había escondido al oír los primeros disparos; fuese entonces el Capellán donde una beata a quien el Vicario dizque daba a guardar la gran llave de oro del Jueves Santo, y la beata se negó a recibirlo, porque

* Lagartijos eran llamados en Trujillo los liberales, y ponchos, los conservadores.

venía con gente «lagartija».* Indignado el sacerdote, a quien sus compañeros de armas habían convidado con algunas copas de aguardiente, hizo abrir en cualquier forma la puerta de la Iglesia y ordenó que la tropa formase para adorar al Santísimo Sacramento, mientras se cantaba el *Te Deum Laudamus*, y puñal en mano se acercó al altar y forzó la cerradura del Sagrario.

—Tuve que hacerlo así —dijo— porque en Trujillo hasta el Santísimo es «poncho» y hay que hacerle entender que las cosas están cambiando.

EL SENADOR EUSEBIO BAPTISTA

DE ALTIVA montaña trasladada al corazón endurecido y mezquino de la política capitalina, fue sin hipérbole forzado el papel que jugó la recia figura del doctor Eusebio Baptista en los abigarrados, sumisos, presuntuosos Congresos del guzmancismo. Nacido en Trujillo alrededor de 1825, se trasladó en temprana edad con su familia a la provincia de Mérida, cuya representación ostentó repetidas veces en el Parlamento. Los propios enemigos políticos de Baptista estuvieron a toda hora en actitud de reconocer las singulares virtudes de patriotismo y desprendimiento que caracterizaban al egregio Senador. Con ingenuidad que pide por pueril la excusa, González Guinán le pone tilde en razón de carecer de la flexibilidad que distinguía a Vicente Amengual. Eran, en realidad, los polos opuestos de la política. Amengual fue el hábil y oportuno componedor de situaciones. Baptista fue el violento repúblico empeñado en desbaratar las componendas. De estructura espartana, no tuvo otra meta que la moralidad de la acción pública. Sus adversarios lo llamaron sistemático opositor, sin pensar que era el Gobierno el que tenía por sistema atropellar los fueros de la República. La pulcritud de su conducta cívica le daba autoridad para asumir la enérgica postura que tuvo frente al ímpetu incontenido de Guzmán Blanco. Para enfrentarse al poderoso y altivo dictador, se necesitaba poseer las condiciones extraordinarias que hicieron de Eusebio Baptista una voz de tremebunda ejemplaridad. Implacable en la liza, durante su primera actuación parlamentaria de 1865, fue sancionado por el Senado en razón del acorralamiento a que sometió a sus colegas, cuando éstos vieron la incompatibilidad de su laxa conducta con la austeridad proclamada por Baptista. ¿Había razón para sancionar al varón integérrimo que acusaba la debilidad de su adversario? Si la mayoría tenía razón, ¿por qué no silenciaba con la elocuencia las falsas imputaciones del contendor? Pero el caso era muy diverso. Baptista no fue un obceca-

do cualquiera, a quien moviese vano afán de exhibir su caudal oratorio y su recia contextura de hombre. Baptista fue una conciencia en marcha. Baptista fue la personificación austera y sacrificada de un deber. Para los que miden la política por el éxito de la combinación personalista y por la monta secreta de las cuentas bancarias, Eusebio Baptista sólo fue un fracasado, a quien el ejercicio de la función pública apenas dio ocasión de continuas molestias. Hubiera él bajado la cerviz ante Guzmán Blanco y habría participado en pingües negociaciones y habría escalado en el orden ejecutivo posiciones rectoras. Baptista, en cambio, no usaba la aritmética en sus planes de político. No buscaba, tampoco, halagos ni complacencias personales. En tal forma le animaba el leal propósito de ser útil a la República, que el brillo de su figura de político hace olvidadizo cualquier error de ámbito privado.

Cuando hablaba en la tribuna del Senado, las barras gritaban tomadas del entusiasmo patriótico. Sin ser un demagogo a la husma de las palmas del pueblo, los gritos y los aplausos de las barras eran su sola recompensa. Al escucharlos, comprendía cómo su voz estaba expresando una angustia y un anhelo fuertemente enraizados en la conciencia traicionada del pueblo. Se sabía solitario, pero sentía que su soledad era la soledad altiva de la Patria burlada por quienes se llaman pomposamente sus servidores. En medio de la feria de las conciencias, él comprendía el valor de su entereza personal. No tuvo éxito inmediato el ejemplo de su lucha ciclópea contra el mandatario ensoberbecido. Atado a la roca de la agresiva realidad, vio bajar sobre sí los mismos buitres feroces que se regalaron con las entrañas de Prometeo. En la historia de Venezuela vale, sin embargo, su memoria como ejemplo tónico para quienes no miden el valor de la política por la gordura del hartazgo, y vale también, como luz alentadora que indica la prosecución de una briosa actitud frente a la insolencia de la fuerza triunfadora. Eslabón áureo de la oculta cadena de voluntades altivas, nobles, abnegados que han sabido enfrentarse a los desmanes de los poderosos, Eusebio Baptista ocupa sitio de excelencia en el cuadro de los Vargas, los Toro, los Morales Marcano, los Juan de Dios Picón, los Cecilio Acosta, los Manuel María Carrasquero, los Caracciolo Parra, los Jáuregui Moreno, los Arévalo González, los Pedro María Parra y tantos otros callados varones que desecharon las jugosas lentejas para salvar el decoro de la primogenitura cívica.

La lucha de Baptista frente a Guzmán Blanco culminó en la célebre ocurrencia de abril de 1881. El mismo hombre de 1878, cuando

ejerció la Presidencia del Congreso, aparece en los estrados parlamentarios del 81. Si algún cambio podía advertirse en él, derivaba de la veteranía lograda en el recio combate por las libertades públicas y por el decoro de las instituciones. Enconada había sido la lucha del año anterior, cuando tomó la palabra, no para defender la causa del traidor Revollo, sino para censurar el ensañamiento puesto en infamar a quien —según palabras del Fiscal Pulido— estaba amparado por el derecho de gentes, a que se había acogido el rebelde cuando capituló frente al Gobierno. Ahora el Parlamento discutía uno de esos peliagudos contratos en que fue fecunda la administración del Ilustre Americano. Solían los pacíficos caraqueños de la época hacer tertulia en la esquina de San Francisco, donde ya lucía su esbeltez quinceañera la ceiba maravillosa. La vanidad del Ilustre ha debido, además, sentirse atraída por el sitio donde su estatua de saludante era testimonio de cómo la vergonzosa lisonja termina por envenenar el ánimo de los gobernantes, hasta hacerles caer en el pecado de considerarse cabeza de una nueva historia, sin prever, ¡oh, ilusos!, la hora en que la justicia del pueblo derrumba las estatuas y borra los nombres hinchados por el humo transitorio de los incensarios alquilados. Platicaba Guzmán Blanco con sus amigos el doctor Antonio Parejo y los generales Juan de Mata Guzmán, Joaquín Crespo, Federico Uslar y Rafael Quesada. Al ver que se acercaba por la acera de enfrente el Senador Baptista, el Ilustre levantó el tono de su imperiosa voz y habló en forma agresiva contra los parlamentarios que adversaban el contrato que daba la explotación de una mina de carbón a un señor Viale Rigo. El doctor Baptista acortó el paso y se detuvo con gesto altivo en la esquina. Si Guzmán Blanco tenía imponencia física, no le iba en zaga la que adornaba a nuestro ilustre conterráneo. Su rostro barbudo y enérgico, sus ojos relampagueantes y negros, su talante esbelto, dábanle un halo de imperio y de respeto. Guzmán Blanco no resistía siquiera el nombre de Eusebio Baptista. El repúblico insigne era por sí solo como la encarnación de todas las voces admonitorias de sus enemigos. Los tiranos dicen no temer a papeles ni a palabras. Sin embargo, nada es tan eficaz para sacar de quicio la serenidad de los déspotas como el mero nombre de quienes les adversan con el verbo o con la pluma. Guzmán Blanco aquel día estaba frente a frente con su odiado enemigo. Solo estaba Baptista, pero su soledad daba mayor volumen al reto que en él veía el autócrata. No pudo reprimir la voz el Presidente y avanzó a dirigir la palabra al Senador.

—¿Qué hace usted ahí? —le interrogó en tono insolente—. ¿Es una amenaza, acaso?

El doctor Eusebio Baptista conservó su genial aplomo y se limitó a responderle:

—Oigo simplemente lo que usted dice, para responderle en el Senado.

En la mecánica del autoritarismo, aquella actitud reposada, altiva, modesta del Senador opositor, fue tomada como un irrespeto al magistrado, por donde éste, perdiendo las casillas, ordenó a uno de sus edecanes que arrestase al doctor Baptista. Este no hizo resistencia alguna, mas de inmediato el doctor Parejo advirtió al Presidente encolerizado, que el Senador gozaba de inmunidad. Dada contraorden al edecán y puesto en libertad, el doctor Baptista regresó al mismo sitio, para seguir serenamente escuchando la perorata del Presidente enardecido.

Tal fue en síntesis el famoso incidente de San Francisco. Tranquilo en su altivez, sencillo en su energía, silencioso en el ataque, el doctor Eusebio Baptista incitó la ira del déspota hasta hacerle perder el sentido de la dimensión de sí mismo. Eran la verdad frente a la farsa, la honestidad frente a la licencia, el decoro cívico frente a la soberbia con-graciada en ofender la dignidad de los ciudadanos.*

* Este hecho ocasionó una de las más absurdas y violentas reacciones de Guzmán Blanco, a quien ocurrió dirigir al Senado una querrela contra Baptista, con la atribiliaria solicitud del allanamiento del Senador. Aun en el caso negado de una presunta ofensa al magistrado, la instancia carecía de proporciones lógicas. El allanamiento de los miembros del Parlamento no puede, en estricta lógica, tener relación con una mera conducta política, por cuanto la inmunidad tiene por fin evitar toda traba de ese tipo con que se pretenda impedir la debida libertad de los representantes. Si fue un verdadero desplante solicitar el allanamiento del Senador Baptista, su acuerdo por el Senado es un hecho tan vergonzoso como la reconstitución de las Cámaras el 25 de enero de 1848. Espanta pensar que así obrara un cuerpo donde figuraban políticos de innegables luces y de decorosas condiciones cívicas.

LA PRISION DE DON PEDRO POU

LA GENTE VIEJA de Trujillo —entre la cual lamentablemente figura yo—, suele hablar de la esquina del Padre Miguel. Los jóvenes preguntan cuál es ella y precisa explicarles que así se llamaba la que, yendo hacia arriba, por la calle de la Regularización, queda después de la esquina de los Mendoza o del Tutilimundi, en la Plaza Bolívar. (A lo mejor, como ocurre en la Mérida actual, estos saudosos nombres han sido sustituidos por una nueva numeración sin pies ni cabeza, pero cuya imposición ha debido reportar algún beneficio financiero al inventor de la idea).

La esquina del Padre Miguel tomó nombre del doctor Miguel Ignacio Urdaneta, virtuoso levita que ejerció la Vicaría y Cura de almas de Trujillo desde 1859 hasta 1885 y quien, por sus excepcionales dotes de caridad, de ilustración y de entereza, fue querido y respetado por el pueblo de Trujillo, que lo cuenta entre los mejores de sus hijos.

Hombre templado para la acción cívica, la cual jamás miró desarticulada de su deber espiritual de sacerdote, el Padre Miguel hizo acto de presencia en todo momento en que fue necesario defender la dignidad de Trujillo y de sus hombres.

En cierta oportunidad, el jefe de la policía de la ciudad puso mano violentamente en la respetable persona de don Pedro Pou, por haberse negado éste a vender cierta excesiva cantidad de veneno para matar perros. Don Pedro era natural de España y en Trujillo había fundado con doña Dominga Barroeta un apreciable hogar, que si bien careció de hijos, prohió a los huérfanos Carnevali Monreal. Don Pedro regentaba la vieja botica de Trujillo que, de dueño en dueño, ha llegado a ser hoy propiedad del excelente trujillano don Julio Carrillo Rojas. A don Pedro Pou se le estimó por sus dotes de cultura y

por su afán de progreso, tanto como por su espíritu de servicio y su fina caballerosidad. A los muchachos de mi tiempo nos era familiar el recuerdo del viejo boticario, por aquello de

—*Pelón, pelado,
¿quién te peló?*
—*Don Pedro Pou,
que ni orejas me dejó.*

con que se aludía a la calva de don Pedro, bien cubierta siempre de undosa peluca. Pues violentamente fue arrancado cierto día de su botica el venerable anciano por la fuerza arbitraria de la policía, justamente en momentos en que el Padre Miguel salía de la Iglesia. Averiguó el caso el enérgico sacerdote, habló de inmediato con el atrabiliario jefe y, ante su negativa, regresó al templo y ordenó al sacristán que tocara a rebato las campanas. En un santiamén la gente de Trujillo se reunió a las puertas de la Matriz, en pos de información sobre la causa de la alarma. Allí aguardaba el Padre Miguel a sus feligreses. A la voz de «¿qué pasa, Padre?», el activo sacerdote, respondióles:

—No se trata de ningún incendio. Se trata, simplemente, de un ultraje que la policía acaba de irrogar a nuestro respetado y querido amigo don Pedro Pou, y como a mí la policía no me ha hecho caso, he querido que vayamos todos juntos a pedir la inmediata libertad del ofendido y a protestar por la salvaje conducta de los agentes del orden público.

Entre las personas acudidas a la voz alarmada de las campanas estaba nada menos que el General Víctor de Jesús González, a la sazón Presidente del Estado y poco amigo con don Pedro y con el Padre. El Presidente se acercó al Vicario para decirle que hubiera sido más expedita la vía de hablarle a él directamente sobre el caso.

—Sí, señor General, tiene usted razón, pero a todos juntos se oye mejor que al Cura del pueblo.

Abunda decir que un rato después había buena tertulia en la botica y que el Padre Miguel y don Pedro Pou se complacían de la buena lección que habían recibido el Presidente y su arbitraria policía.*

* Este mancomunamiento de los trujillanos para defenderse de las arbitrariedades del gobierno fue puesto de resalto en forma casi semejante y también por

problemas de perros, cuando a fines del siglo XIX, siendo Comandante de Armas el Coronel Otero Vigas, se imputó al buenazo de don Pancho Romano, italiano que tenía una fragua por los lados del Callejón de las Trincheras, en la Cruz Verde, el envenenamiento de un hermoso perro del engreído militar. Sabido del público que el Coronel Otero Vigas se proponía vengar a don Pancho, el Padre Carrillo invitó a los señores principales de Trujillo para trasladarse a la fragua del honesto hombre de trabajo. Ante aquella cortina de amistad y de solidaridad, tuvo que deponer su empeño primitivo el bárbaro militar, quien, tomando el caso como testimonio colectivo del repudio que le ofrecía la población, armó bártulos y a poco dejó la ciudad de Trujillo. Se recuerda, además, otro caso semejante ocurrido en 1899, cuando un agente de Policía intentó vengar al entonces jovencito Martín José Márquez, padre del distinguido oficial de Estado Mayor Martín Márquez Añez. La casa del viejo Martín Márquez Bustillos, padre de Martín José, se vio colmada de amigos, prestos a resistir cualquier ataque de las autoridades hostiles. Había, en realidad, un sentido correcto del valor de la amistad y de la solidaridad. Hoy, este juntarse los amigos y aun los propios parientes, ha quedado confinado para la hora de ir a compartir la fiesta con quien convida a la cuchipanda o para la hora —a menudo en lo interior celebrada— de caminar tras el muerto al cementerio.

EL DOCTOR JUAN DE DIOS MONZON, PRESIDENTE, INTERINO, DE VENEZUELA

DEL MISMO MODO como su ilustre paisano el doctor José Emigdio González hizo el tránsito de oligarca a federal desde la Gobernación de la provincia de Trujillo, así, también, el doctor Juan de Dios Monzón lió los trastos de oligarca y reconoció el hecho cumplido del triunfo de la Federación, desde la severa curul de Gobernador de la Provincia de Coro, cuya capital resistió hasta 1863 los recios empujes de las huestes de Falcón.

Nacido en San Lázaro de Trujillo alrededor de 1824, el doctor Monzón se trasladó desde niño a la ciudad de Coro, de donde sus padres le enviaron a Caracas a seguir los estudios de Medicina. Hecho profesional, alternó sus labores de médico con el ejercicio de la política. Al frente de la Gobernación provincial de Coro se encontraba el año 1863, cuando era una realidad elocuyente el dominio que ejercían los ejércitos federales sobre casi toda la República. Honrosamente, el doctor Monzón resistió en su puesto de defensor de la ciudad, hasta rendirla por medio de una capitulación dignísima.

Sumado a la causa del liberalismo, el doctor Monzón llegó a ocupar en sus filas sitio prestante, para lo cual dábanle respaldo sus condiciones de probidad y el peso de sus conocimientos científicos y literarios. Desempeñó con brillo la presidencia del Estado Falcón y el Ministerio de Crédito Público, y a la hora de su muerte, ocurrida en 1884, ocupaba interinamente la Presidencia de la República, en razón de haberse ausentado Guzmán Blanco hacia el Interior, en una de sus brillantes y aparatosas giras políticas.

Después de presidir los actos disputados para el recibimiento del Ilustre Americano —a quien los organismos oficiales y las corporaciones caraqueñas ofrecían una clamorosa adhesión tanto por sus éxitos

políticos en el Interior como por su debatido triunfo sobre quienes contrariaron su discurso inaugural de la Academia Venezolana—, el doctor Monzón regresó a su casa de familia, aún decorado con los signos de la Magistratura. Todavía no se había quitado la casaca, cuando cayó fulminado por una angina de pecho.

La muerte del ilustre y correcto ciudadano fue motivo de solemnes manifestaciones de duelo y, también, para que los enemigos de Guzmán Blanco tejiesen anécdotas en relación con el carácter de una víctima más de la «adoración perpetua», como quisieron presentar al insigne desaparecido. Finos pudieron ser los apuntes que se hicieron con motivo de la fulminante muerte del Presidente interino, en cambio, en el cuadro general de la política guzmancista, ya de suyo era grande y sorpresiva anécdota poderse decir que el doctor Monzón, el día de su súbito fallecimiento, contaba por todo capital una simple, lustrosa, modesta onza de oro.

Pulcro en todos los actos de su vida, desprendido de sueldos oficiales y de honorarios profesionales, fue el ciudadano cabal, que supo ajustar la existencia a los más exigentes reclamos de la moral cívica. Si en el orden corriente de la política guzmancista aquella justiniana pobreza hacía contraste con las fortunas atropelladas que amanecían en las casas de los llamados hábiles políticos, en el cuadro general de la ética pública el inventario de bienes del doctor Monzón puede y debe exhibirse como ejemplo honroso de una conducta. Supo el venerable varón morir a lo Bolívar, sin camisa de repuesto. Con apoyo en su ejemplo austero se pueden edificar con éxito normas de genuino bolivarianismo. Si bien sobre su apacible existencia no se alcanza a dibujar la sonrisa y el ejemplo de un apunte oportuno, su muerte puede ser exhibida como la anécdota silenciosa de quien atravesó la administración pública sin afán alguno de apoderarse de los caudales de la nación. Desde su sitio de muerto, el doctor Juan de Dios Monzón ilumina la trayectoria de su vida. En el área acaudalada de la política guzmancista, su pobreza sonreía a manera de chiste ejemplar.

Para aconsejar buenas maneras de que aumenten las posturas de las aves, el refranero español cita la gallina de Monzón. Para enseñar a los hombres públicos decorosa conducta, bien vendría recordarles la onza de Monzón.

JUAN BAUTISTA ARAUJO, GIGANTE DE LAS BARBAS BELLIDAS

EN EL CUADRO caudillesco de la Cordillera, pocos personajes lograron la prestancia del General Juan Bautista Araujo, llamado por su bravura, su altivez y su prestigio, el León de los Andes. En los viejos negocios mercantiles de la región se veía junto con las de Bolívar, Cavour y Garibaldi, la hermosa litografía que representaba al temido patriarca de la barba bellida.

Cuando ocurrió el reconocimiento del triunfo federal, Araujo se retiró a sus páramos de Jajó a trabajar la tierra con la fiel peonada. Surgido el movimiento que en 1870 llevó a Guzmán Blanco al poder, Araujo se enfrentó una vez más a las huestes liberales y salió a pelear en Lara a los ejércitos triunfantes. Ocurría entretanto la invasión de Trujillo por el General Daboin y el establecimiento del Gobierno liberal del General Inocencio Carvallo. De regreso al Estado, Araujo derrotó al régimen liberal y se hizo fuerte en la capital, lo cual obligó a que Guzmán Blanco ordenase al General Venancio Pulgar el envío de una fuerza que peleara a los conservadores trujillanos y que castigase al Estado por su crimen conservador. Después de haber opuesto una feroz resistencia, Araujo se batió en retirada hasta la ciudad de Trujillo, a la cual puso sitio el ejército de Pulgar, quien entró en ella el 24 de noviembre de 1871, a tiempo que Araujo ganaba la vía de los páramos, desde donde buscó camino hacia Colombia.

En Chinácota vivía su destierro el vencido Caudillo, cuando ocurrió el tremendo terremoto de 18 de mayo de 1875, que redujo a ruinas la floreciente ciudad de San José de Cúcuta. En los días afflictivos que sufrió la aterrada población, Araujo observó una conducta ejemplar en colaboración con las autoridades, que buscaban auxilio y seguridad para las víctimas. La labor más difícil era contener la acción de los

bandoleros dedicados al pillaje, al saqueo y a la matanza. A punto estuvo Araujo de ser asesinado por uno de estos bandidos, cuyo sometimiento, en cambio, le abrió los caminos del prestigio entre los propios bandidos sin jefe y las vías de la confianza del Gobierno colombiano quien le otorgó en seguida la jefatura de la campaña pacificadora de la región y le hizo incontinente General efectivo del ejército de Colombia.

Ni ciego ni tonto, Guzmán Blanco comprendió a cortos lances el peligro que el crecedero prestigio del flamante General colombiano entrañaba para el régimen, y a fin de evitar una posible invasión fronteriza, le envió de comisionado al General Santana Saavedra, para que le ofreciese una reconciliación y el gobierno del grande Estado de Los Andes, cuya creación entraba en los planes de «política suiza» del imponente caudillo liberal. (Lo suizo estaba representado por la nominal autonomía de las nueve grandes regiones federales en que fueron agrupados los viejos estados o provincias; mas, el respeto democrático que forma la esencia del sistema de la maravillosa república helvética, quedó como buen tema de conversación para los ideólogos).

A fin de halagar más aún a su viejo contendor, Guzmán Blanco pidió al Congreso el grado de General en Jefe para el prestigioso caudillo de la Cordillera. El partido araujista cubrió toda la región andina y entre sus tenientes más distinguidos de la Sección Táchira, figuraron el General Cipriano Castro y el doctor Carlos Rangel Garbiras. Esta influencia partidista de los Araujo-Baptista sobre toda la región andina duró hasta 1892, cuando ocurrió la desgraciada aventura continuista del Presidente Andueza Palacio.

Correcto era prolongar el famoso período presidencial de dos años, acomodado por Guzmán Blanco para que el Poder lo alternaran sus lugartenientes; mas Andueza Palacio optó también por alargar el período en su provecho personal. Para esta aventura, el Presidente de la República se había asegurado el apoyo del partido araujista, mas el club legitimista que en Caracas defendía la alternabilidad del poder público, ganó para sí al doctor Leopoldo Baptista, quien, a fuer de repúblico, convencióse del error de su partido montañés. Baptista se trasladó a Trujillo y a Mérida, y logró convencer a su padre, el General José Manuel Baptista, y al doctor Victorino Márquez Bustillos, Presidente de los Andes y primo del propio Presidente Andueza. En cambio, la palabra fácil y ardorosa del doctor Baptista tropezó con los oídos

cerrados del viejo León de la Cordillera. Lo mismo que en 1863, frente a las razones que llevaron al doctor José Emigdio González a aceptar el hecho cumplido de la Federación, también ahora invocó el carácter sagrado de su compromiso con Andueza. La lógica personalista no desbarató, en cambio, las fuertes razones de los defensores del institucionalismo, por donde el viejo Caudillo acorralado por los doctores, concluyó diciendo: «Pues como las cosas son de leyes, que hagan Leopoldo y Victorino lo que quieran. Yo no les puedo cambiar el juicio. Los dejo libres con sus artículos constitucionales, su razón tendrán ellos; a mí déjenme solo con mi compromiso sin cumplir». Giró en seguida instrucciones a los caudillos subalternos, en las cuales les comunicaba el heroico remedio tomado: la renuncia de la jefatura del partido y la libertad para que sus tenientes siguieran el camino que creyesen más prudente. Rompió la espada de pomo de oro que le había obsequiado Andueza y se retiró a sus páramos de Tuñame, a rugir como los leones heridos. Fue así como se dismanteló el poderoso partido araujista de los Andes, pese a que en Trujillo se continuara mirando hasta la hora de la muerte en el viejo patriarca la cabeza moral de la colectividad por él formada. Desaparecido el Caudillo el año 1898, se celebró una gran Asamblea del partido en la casa de don Enrique García Yanes, en la ciudad de Trujillo. Fue mi padre el Secretario de aquel cuerpo, y en notas que al respecto dejó escritas, apuntaba la necesidad de que las colectividades políticas se estructurasen en torno a principios que le dieran continuidad y no alrededor de personajes prestigiosos.

Imponente y majestuoso, tanto por fuerza de su fama como en gracia del talante singular que le daba aspecto de Carlomagno rústico, empero, el viejo Araujo era sencillo, bueno, afable. El gigante de las barbas bellidas sentía placer singular en alternar con los niños, para quienes era la realidad de un San Nicolás de carne y hueso, que regalábales confites y monedas. Era muy niña entonces la hoy venerable y sufrida matrona doña Adela Rivas de Burelli, cuando al acercarse al recio patriarca trujillano tuvo la ingenuidad de preguntarle si para dormir colocaba las barbas debajo o encima del cobertor. Pocos meses después volvió a hacer posada en Mendoza el prócer de las barbas fluviales y al ver a la niña, le dijo con ingenuidad infantil:

—Sabes muchacha, que me has hecho trasnochar para averiguar cómo coloco las barbas mientras duermo...

EL DOCTOR DIEGO BUSTILLOS

DURANTE LOS AÑOS de 1887 a 1889 la ciudad de Trujillo fue azotada por una nueva epidemia de fiebre amarilla que, como en 1853, obligó a emigrar a gran parte de la población. Heroicamente quedó al frente de la defensa de la ciudad el doctor Diego Bustillos, secundado por Monseñor Estanislao Carrillo, Cura y Vicario de la ciudad.

Ya tenía Trujillo larga experiencia del espíritu filantrópico que adornaba al ilustre facultativo, unido a la ciudad con raíces tan firmes como si fuera hijo de ella. Para honrar su memoria, inicié por 1915, con Claudio Llavaneras Carrillo, José Félix Fonseca, José Rafael Almarza, José Ramón Sanz Febres, Carlos Briceño Altuve y Manuel María Vargas una junta encargada de recoger fondos para levantar en la ciudad un busto al egregio benefactor. Esa junta encomendó al ilustre historiador Américo Briceño Valero la redacción de una biografía del doctor Bustillos. Ambas cosas fueron llevadas a término y el busto del generoso y sabio médico se halla en el Hospicio mal llamado Reverend, puesto que al ser colocado en él (el busto del doctor Bustillos) fue propósito de los gobernantes y del pueblo que dicho establecimiento benéfico se llamase Bustillos.

Dura, en cambio, en él el busto y en la memoria de Trujillo el recuerdo venerando del eximio benefactor, no sólo grato a quienes de él recibimos directamente el favor de su ciencia o el socorro de su caridad, pero también a aquellos que se han levantado escuchando la debida alabanza del sabio, a quien el insigne Vargas tuvo por su mejor discípulo.

Era el doctor Bustillos hombre agudo y cortante en el discurso. Más fino en la ironía que su hermano el famoso don Juan Pablo, la usaba de manera tan hábil que hacía la réplica difícil, a lo cual se agregaba la inmunidad de que hallábase revestido, en gracia del respeto extraordinario y del afecto enorme que le rendía la gente de Trujillo.

Dominada el año 89 la peste amarilla, regresaron a la ciudad las numerosas familias que se habían trasladado a Boconó, a Carache, a San Lázaro y a los páramos apartados. La nueva presencia de los amigos en Trujillo fue ocasión de júbilo general y hasta de olvido de rencores antiguos y de vanas diferencias sociales. Hoy suena a falso el relato de los agresivos distinguos que dividieron a Trujillo hasta años aún cercanos. Familias honorabilísimas, caballeros de limpia conducta y aún de lustre intelectual, eran repudiados hasta época reciente por la que se llamó «gente de primera».

La primacía era muchas veces de una arbitrariedad absurda, que ora se fundaba en ridiculeces genealógicas, ora en la fuerza de influencias económicas o políticas. En el cuadro de los primeros cacaos* de Trujillo figuraba la familia Bustillos, emparentada con las más floridas y excluyentes estirpes de la vieja Guanare. Parienta cercana suya era doña Nicolasa Márquez Febres de González, esposa del distinguidísimo caballero don Sinforiano González, quien por aquel tiempo acababa de reconstruir en la esquina de Las Monjas parte del edificio del viejo convento de las Reginas. Si don Sinforiano era hombre muy atildado, más lo era su esposa, quien al ilustre apellido Márquez agregaba el muy sonado de Febres, por sus campanillas y distinción casi sinónimo de mantuano** en toda Venezuela y de modo especial en Occidente.

Para agasajar al doctor Diego Bustillos organizó la gente de Trujillo un gran baile en la magnífica casa de los esposos González-Márquez Febres. El dolor y la angustia de la peste habían limado no poco las agrias asperezas sociales y en el cuadro de los invitados entraban muchas distinguidas personas que no «figuraban» antes en los cerrados círculos de la alcuña trujillana. A la hora de ofrecer el festejo, lo hizo con verbo fácil el gran tribuno Angel Carnevali Monreal, figura ya con justo prestigio entre la valiosa intelectualidad trujillana. El doctor Bustillos agradeció el agasajo con palabras emocionadas, que eran interrumpidas con aplausos cariñosos, los cuales no tuvieron cómo acabar, cuando al final del discurso, en tono mesurado, el homenajeado dijo más o menos lo siguiente:

* Cacao se llamó por el pueblo a los criollos que ganaron títulos venales por ser el cacao el mayor soporte de la riqueza del país.

** Mantuano vale por aristócrata u oligarca.

—Yo agradezco por lo que a mí y a mi familia toca el generoso obsequio que nos hacéis. Nada heroico realicé para que la fiebre se acabase. Como médico me limité a asistir a los enfermos que requerían mis consejos. Mas comprendo vuestra alegría al veros de nuevo juntos en la querida ciudad que nos cobija bajo sus mansos aleros. La mía es doble, al mirar el conjunto que muestra la inteligencia que ahora reina como prenda de concordia en la sociedad trujillana. Festejemos, pues, señoras y señores, que en Trujillo hayan terminado juntamente la fiebre y los *febres*.

Es de suponer que los parientes Márquez-Febres del doctor Bustillos no aplaudieran la salida oportuna del gran médico, para quien el contacto con el dolor y la miseria había sido excelente cátedra de igualdad humana.

EL DOCTOR GABRIEL BRICEÑO PICON

EN LA CIUDAD DE MÉRIDA casó el trujillano don Gabriel Briceño con la distinguida dama doña Berenice Picón Grillet, quien, a su celebrada belleza unía el cultivo intelectual que en su espíritu había dirigido su ilustre padre, el Maestro don Juan de Dios Picón, decoro del procerato civil venezolano. Doña Berenice, por su ensayo dramático «La Flor del Cabriolé», tiene derecho a figurar entre las primeras mujeres que en Venezuela cultivaron las letras. Del matrimonio de don Gabriel y doña Berenice vino al mundo, entre otros insignes varones, el doctor Gabriel Briceño Picón, de grata memoria en los anales de Trujillo.

Cuando estaba en pleno curso de Medicina el fogoso estudiante, se sumó al movimiento liberal guzmancista y salió al campo de batalla, donde luego prestó valiosos servicios en los hospitales de sangre. Graduado ya, regresó a la Cordillera, para pronto hacer famoso su nombre de médico tinoso y abnegado.

Algunos profesores explican el llamado «ojo clínico» como una aguzada memoria. Así ha de ser, por cuanto el diagnóstico de una enfermedad sólo puede hacerlo quien lleve en el recuerdo la imagen clara de cuadros sintomáticos correspondientes al del caso presente. Sin embargo, el ojo del doctor Briceño Picón, o del doctor Gabriel, como se le llamaba en el Estado Trujillo, rebasaba esta explicación. Su pupila tenía la intuición certera de la vida o de la muerte. Paciente a quien él diese prenda de salud, podía estar seguro de no cargar dentro del cuerpo ningún peligro de fallecimiento; por el contrario, cuando desahuciaba un caso, no había medicina ni temperamento que desautorizase la sentencia. Era yo muchacho cuando oí referir lo ocurrido al doctor Gabriel con un rico comerciante de Trujillo, de quien solicitó en préstamo cierta suma a principios de un diciembre. El comerciante le negó

el favor y, enfadado el doctor Briceño, comentó el caso con unos amigos, a quienes dijo: «Muchos hombres enajenan buenas amistades porque el amor desmedido al dinero les hace ver riesgo en facilitar alguna suma a los amigos. El infeliz de Fulano, creyendo cuidar el dinero que dentro de poco le sobrar , se ha negado a prestarme diez morocotas, sin saber el pobre que no se comer  las hallacas de la Nochebuena». El 16 del propio mes mor  repentinamente el señor esclavo de sus dineros.

Este don maravilloso de ver por anticipado la muerte llegó a constituir una manera de rémora para la clientela del doctor Briceño. Gente tonta y aprensiva, prefería ignorar las enfermedades graves antes de que le fuese anunciada la necesidad de redoblar el cuidado de la salud. A esto se sumaba el modo franco y brusco con que el famoso médico anunciaba la inminencia de la muerte, ya aconsejando la fábrica de la urna, ya insinuando al paciente la necesidad de hacer testamento o de acercarse al tribunal de la Penitencia. Era él espontáneamente Briceño en eso de no usar rodeos ni disimulos para expresar ideas y sentimientos que pudieran molestar aún a aquellas personas a quien quería servir. Mas, como el doctor Briceño no cobraba a los pobres, el zaguán de su casa era una especie de antesala de hospital, donde los enfermos esperaban la hora de recibir su consejo.

Cuéntase que en cierta oportunidad llegó a su casa de Valera un rico hacendado, que ya había consultado sin éxito a los otros médicos de la ciudad. El enfermo tem a que el doctor Gabriel le anunciara la muerte y, al efecto, se acoraz  ante el riesgo, de una manera que creyó práctica.

—Mira Gabriel —le dijo—, yo me siento enfermo y vengo a pagarte dobles tus honorarios, pero a condición de que si me voy a morir no me lo digas a mí, sino a mi mujer.

Al sibilino prestigio de asegurar la muerte o la salud, el doctor Briceño Picón agregaba una rica gracia de las gentes y una simpatía natural, en parte sostenida sobre su gallarda figura humana. Lo conocí cuando ya estaba bien entrado en años. Alegre, nervioso, conversador, donde él estaba era figura central del grupo. Las damas, ahora encajecidas como él, ponderaban con un poco de nostalgia el atractivo que lo distinguió en la juventud. Viejo aún, no se había apagado la luminosidad de los hermosos ojos que supieron heredarle hijas, nietas y bisnietas...

MANUEL FERNANDO MENDOZA

POR 1906 OCURRIÓ en la ciudad de Trujillo un sangriento alzamiento de presos, que fue rápidamente sometido con sólo la presencia del Presidente del Estado, General Pedro Araujo Briceño, quien, con la impavidez que le hizo uno de los más valientes y audaces generales de la época, se presentó, pistola en mano, a las puertas de la cárcel con voces de rendición a los alzados.

Pero entre el comienzo de la insubordinación y la presencia arrolladora del enérgico gobernante, medió un buen espacio, dentro del cual los disparos de fusilería alarmaron a los habitantes de la ciudad, entregados plácidamente a la siesta de mediodía.

Una calle más arriba de la cárcel, es decir, en la esquina de los Carrillos, estaba situada la casa de la honorabilísima matrona doña Alcira Maya de Urdaneta, madre de los doctores Enrique y Jesús Urdaneta Maya, abogados y políticos de larga actuación en Venezuela, recordados en Trujillo con respeto y con cariño; del doctor Octaviano Urdaneta Maya, médico de luces extraordinarias, y de don Ezequiel Urdaneta Maya, quien, por haber tenido que asumir la administración familiar a la muerte del padre, dejó trunca la carrera, mas, por sus luces, su juicio y su don de consejo, mirado en Trujillo como una de las mejores cabezas de la ciudad. Era doña Alcira dama distinguidísima, de inteligencia vivaz y de recio carácter, de modales cultos y severos, de talante imponente y de fina y graciosa palabra. Al oír los disparos, doña Alcira voló a la celosía de la ventana que miraba a la calle de la Independencia, en momentos en que atinaba a pasar con paso menudo y rápido el bachiller Manuel Fernando Mendoza.

Grato en extremo me es evocar la memoria de este abnegado cultor de las letras. Lleno de amor por Trujillo, y así sintiera el orgullo de su preclara estirpe, se mantuvo siempre en un plano de sencillez y de

humildad que le hacía aún más apreciable. Hombre de pluma, manejaba periódicos, escribía crónicas históricas, arrancaba notas a la lira poética. Por aquel tiempo se había enfrascado desde las columnas de «Industria y Letras» en una agria disputa con los poetas de Mérida, Juan Antonio Gonzalo Salas y José Domingo Tejera (este último nativo de Valera), la cual terminó en desafío fantástico para vaciarse los revólveres en el alto del Páramo de Timotes. Manuel Fernando Mendoza ejerció, también, el Magisterio y al frente de él estuvo hasta avanzados años en escuelas rurales del Distrito Federal.

Detuvo doña Alcira a Mendoza y, al saber de éste la causa de los disparos, fué a la habitación donde dormía el hijo Octaviano.

—Octaviano, Octaviano, despierta, que en la cárcel hay heridos y te pueden necesitar. Acaba de pasar el poeta, lívido, y me lo dijo.

El doctor Urdaneta se puso en pie medio dormido y preguntó a doña Alcira:

—¿Y quién es el poeta lívido, mamá?

—Pues quién va a ser sino Manuel Fernando —respondió con naturalidad la gran dama.

Era, en realidad, Mendoza el poeta por antonomasia. Así le llamaban cariñosamente los amigos. Así lo llamaba el pueblo todo. Mas, cuando el doctor Urdaneta refirió a los amigos el lance de la siesta interrumpida. Manuel Fernando Mendoza pasó a ser el poeta lívido.*

* Entre nosotros es corriente el uso de lívido por pálido. La palidez en hombre tan blanco como Mendoza debió de ser profunda.

CIPRIANO CASTRO Y LOS TRUJILLANOS

HIJOS DE VIEJOS AMIGOS, estuvieron permanentemente distanciados en política, pero siempre cultivaron la amistad personal los doctores y generales Leopoldo Baptista y Rafael González Pacheco. Antes de 1863, sus padres, el General José Manuel Baptista y el doctor José Emigdio González, militaron bajo las mismas banderas. El divorcio que creó las opuestas banderías ocurrió el año del triunfo del federalismo. Baptista y Araujo entraron a representar el conservadurismo, los González la tendencia liberal; pero en el fondo, los unos no eran más conservadores, ni eran más liberales los otros. Apenas un ligero tinte de anticlericalismo y quizá una leve llaneza popular acreditaba a la gente llamada liberal. Esto no impedía para que los jerarcas llamados conservadores tomaran muy en poco el propio contenido de los programas, puesto que por 1886 la gente de Araujo y de Baptista se llamaba "Partido liberal guzmancista araujista". Un galimatías para que lo entendiese el Diablo. No valía, tampoco, como elemento para el encuadramiento partidista, los orígenes familiares de los hombres. De haber sido así, hubieran tenido sitio puntero en la colectividad conservadora los valientes generales Paredes Pimentel, vinculados a las empingorotadas estirpes de los Paredes, Fernández Peña, Valcarse, Pimentel y Roth, Briceño. Aun cuando se realizó la invasión del Estado por las fuerzas continuistas, los Paredes Pimentel estuvieron contra el gran caudillo liberal Joaquín Crespo, en cambio, sostenido en Trujillo por los Baptistas. En el fondo, como he dicho, era más lucha de hombres y de intereses grupales que pugna principista lo que dividía a nuestros partidos locales. Sus hombres eran personalmente amigos y compartían la sal y el vino sobre los manteles de la cordialidad. Mi padre, anti-continuista, no fue hecho preso en la Mocotí, porque el General Pedro Paredes Pimentel le franqueó los medios de trasladarse a Valera. Ocu-

rrida la toma de Trujillo el 20 de septiembre de 1899, el doctor y General Rafael González Pacheco, jefe de la situación, se acercó a la casa del Padre Carrillo, donde estaba oculto don Benigno Araujo, para hacerle saber que huyera esa noche de la ciudad, pues lo podían buscar sus oficiales. Amigos eran todos, que luchaban a ley de gallardía.

Flor de ambos bandos fueron los doctores González Pacheco y Baptista. Hasta el porte garrido les ayudaba para ganar imponencia y simpatías. Hijos de la Universidad, no olvidaron las letras, cuando fueron a pelear sobre el campo de batalla, miraron la guerra, al igual que los *condottieri* del Renacimiento, como una verdadera obra de arte. Ambos representaban a fines del siglo XIX el verdadero caudillismo trujillano. Sus figuras prestantes se levantaban sobre el cuadro de oficiales aguerridos y de plumarios ilustres, como auténticos dueños de voluntades. En la fuerza de su espada y de su verbo estaba representada la fuerza de Trujillo. En la década del 890 al 900 alguien intentó hacer práctica la unión de ambos caudillos, en una concentración política que asegurase a Trujillo la prepotencia en Occidente. Hubo conversaciones, fracasadas ante la intransigencia personalista de exaltados de uno y otro bando.

Divididos estaban los dos grupos cuando ocurrió la invasión del General Cipriano Castro, el 23 de mayo de 1899. El flamante gobierno de Trujillo, separado en enero de dicho año de la unidad andina, lo presidía el progresista republicano don Juan Bautista Carrillo Guerra, quien, como agente del titubeante General Ignacio Andrade, desconfiaba de los jefes trujillanos. Primero dio encargo de levantar un cuerpo de ejército al General González Pacheco, el que, mal pertrechado, sufrió grave quebranto en Tovar, hasta donde fue a detener al ejército invasor. En seguida, el gobierno Carrillo Guerra encomendó al doctor Leopoldo Baptista rechazar a Castro a su llegada al Estado. La situación del ejército de Baptista no permitía atacar y se parapetó en el pie de la mesa de Carvajal para impedir el paso de Castro; mas, cuando Baptista aguardaba en sus trincheras a Castro, los espías le avisaron que éste había hecho una diversión en Motatán y que, lejos de subir a Pie de Sabana, había salido por el Turagual, para ganar por los lados de Pampán el camino nacional. Esta operación ha servido para que quienes no conocen el pormenor de los hechos, hayan dicho que Baptista «dejó» pasar a Castro, sin hacer cuenta de que sus efectivos sólo le permitían pelear en terreno propio y no avanzar a destruir al enemigo.

Pasó, pues, el General Castro por el Estado Trujillo sin que ninguno de los jefes locales hubiera podido hacer lo que era preciso para detener su marcha victoriosa. Luego, Castro llegó al Capitolio con la cabeza realmente llena de buenas ideas. No es del caso evocar el sistema de que se valió la permanente camarilla caraqueña para hacerse a la voluntad del recio caudillo, contra quien en breve pusieron en pie un fuerte ejército los representantes de los intereses golpeados por la revolución restauradora. Cuando ocurrió este gran movimiento, llamado por su fuerza a destruir al gobierno, ambos generales —González Pacheco y Baptista— tenían compromisos con Castro. Podría extrañar esta actitud, mas es congruente con el tipo de política general que existió en Venezuela hasta fecha reciente. Los caudillos y los dirigentes tenían por norte «estar con el gobierno», sin distinguir la diferencia que existe entre esta situación semipasiva y la correcta finalidad de «estar en funciones de gobierno».*

La supervivencia de tal concepto gozoso de la política, explica tanto la situación abarrancada de quienes subordinan al beneficio inmediato la razón de una conducta, como la alegre opinión de quienes miran por habilidad gozar a cualquier precio del favor de quienes abren a los «amigos» las posibilidades de medro.

A la hora de defender su gobierno, Castro llamó a González Pacheco y a Baptista. Cada cual en su respectivo cuerpo de ejército, supo estar a la altura de su prestigio y de su tradición guerrera. A Baptista cupo el mérito de la famosa operación Copey, que aseguró el triunfo de La Victoria y, con él, la victoria definitiva del castrismo.

Después de estos sucesos, atinaron ambos jefes en coincidir en Caracas en el recordado Hotel Saint Amand, posada obligada de los jefes políticos del interior. Al ir a tomar el desayuno, González invitó al doctor Baptista para que le acompañase a la mesa.

—Leopoldo, quién hubiera dicho el 99 que tú y yo íbamos algún día a ayudar a Castro, cuando juntos habríamos podido obligarlo a regresar a Capacho.

* También explica el mancomunamiento de los caudillos de la Cordillera en dicha ocasión, el carácter antinacional que tuvo la llamada revolución libertadora, gestada como una acción de repudio contra los hombres de los Andes más que contra el régimen castrista. Esta errónea actitud revanchista de los viejos caudillos desplazados, engendró como contravalor el pseudo mesianismo andinista o tachirensista, que tan funesto ha sido en la historia del País.

—También lo hubiese pensado yo y a la vez he recordado lo favorable que hubiera sido para el país la concentración de nuestras fuerzas, respondió Baptista.

—Si señor, nuestra desunión del 99 dio paso a Castro, nuestra unión de hoy contribuye poderosamente a sostenerlo, agregó el doctor González.

—Castro es un caudillo de verdad, no podemos avergonzarnos como militares de estar bajo sus órdenes; pero, después de Castro, convéncete, que el perrito más sarnoso aprovechará nuestras discordias, comentó Baptista.

Rieron ambos caudillos y al separarse, González dijo a Baptista con amarga sonrisa:

—Pues a cuidarnos del perrito, Leopoldo.

Y el perrito resultó nada menos ni nada más que el General Juan Vicente Gómez.

EL SABIO RAFAEL MARIA URRECHEAGA

PERDIDA SU OBRA, desconocido de las nuevas generaciones el extraordinario esfuerzo cultural realizado en silencio y soledad por el bachiller Rafael María Urrechega, su nombre, medio misterioso y secreto, es, sin embargo, evocado en Trujillo con orgullo y con veneración. Formado en el viejo Colegio Federal de Trujillo, sólo ganó el grado de Bachiller en Filosofía, cuando este título era prenda de serios conocimientos humanísticos. Su periplo se desarrolló entre la Mesa de Esnujaque, donde nació alrededor de 1826, y la ciudad de Trujillo, donde vivió hasta la muerte en 1907. Frente al propio Colegio tenía su casa de habitación, por donde se hacía fácil conducirlo a la parihuela hasta su cátedra, cuando ya la baldadura impedía caminar. Su cultura abarcó las letras, las matemáticas, las ciencias naturales, la filosofía, el derecho. Cuando yo estudiaba matemáticas con el doctor Luis Ugueto, mostré a este ilustre profesor un texto francés de Cálculo infinitesimal. El texto tenía varias fórmulas corregidas y mejoradas. Ugueto me preguntó el origen de las notas. Le dije que ese libro había pertenecido a la biblioteca de nuestro sabio, y al punto respondió: «Urrechega podía hacer eso y mucho más». A la muerte de don Rafael María sus libros fueron vendidos por las calles de Trujillo, en las mismas espuertas en que se suele vender el amasijo. Mi padre adquirió algunos volúmenes. De éstos llegaron a mis manos las obras de don Gaspar Melchor de Jovellanos. Al margen de varios trabajos, tropecé con notas en que don Rafael corregía al gran polígrafo español. Las matemáticas y las lenguas fueron el fuerte de Urrechega. Sin conocer el mar, estudió las mareas y calculó la posibilidad de utilizar la fuerza de las olas como potencia industrial. Los planos que al efecto levantó, fueron enviados al Ministerio de Fomento para su protección. Del Ministerio desaparecieron y es fama que alguien los patentó en Estados Unidos. Su mayor placer eran las traducciones. En el Colegio profesaba griego y latín. El

alemán lo aprendió solo y avanzó a traducciones de mérito, que en gran parte se guardan entre los papeles de don Arístides Rojas, conservados por la Academia Nacional de la Historia. Cuando el gran polígrafo caraqueño residió en el Estado Trujillo, anudó amistad con Urrecheaga, también devoto, como él, de las investigaciones etnográficas. En el archivo de Rojas se halla el primer vocabulario de lengua timoto-cuycas, recogido por don Rafael María, y en el cual apoyaron sus estudios sobre la lengua de nuestros naturales, los ilustres investigadores Amílcar Fonseca, Alfredo Jahn y Américo Briceño Valero.

Cuando la escuela donde aprendí primeras letras fue llevada provisionalmente al amplio local del Colegio Federal, admiré de cerca la venerable y casi mitológica figura del anciano sabio, de quien me queda en la memoria el recuerdo de la bola de nieve que formaban sus cabellos y su barba victorhuguiana. A su muerte, oí hablar de él a la gente mayor como de un ser extraordinario, en cuyos labios había respuesta para las más difíciles preguntas. Sin embargo, las personas que lo admiraban y que influían en la sociedad y en el gobierno, nada hicieron por salvar la unidad de su riquísima biblioteca y de sus valiosísimos trabajos literarios. Nada queda hoy de Urrecheaga, fuera de su memoria estimulante y del recuerdo de su dedicación a la cultura. También se le memora por la rectitud de su conducta y por la aspereza de su genio, muy bien heredado de sus antecesores vascos. Indomable, como el mejor acero bilbaíno, lo presenta la anécdota que escuché en Caracas de labios del doctor Antonio Febres Cordero.

Finalizaba el siglo XIX. La planta del Colegio Federal no sólo comprendía lo que hoy ocupa el edificio escolar allí levantado durante el gobierno del General Isaias Medina Angarita. Se extendía el Colegio fuera de las viejas bardas, hasta dar frontera al Hospital de Caridad y a la Iglesia Parroquial de la Chiquinquirá. La extensión no cubierta, y que había sido la huerta del antiguo Convento franciscano de San Antonio de Padua, estaba rodeada de paredes terrosas y en ella solían jugar los estudiantes. Una mañana se hizo gran alboroto porque éstos, armados de barras, resolvieron echar abajo las tapias, para dejar al público el solar del Colegio. Intervino la autoridad, cesó el derrumbe y los estudiantes fueron hechos presos. En seguida, Urrecheaga habló con el Gobernador del Estado y le reclamó de la prisión de los alumnos, en tono altivo que no se ajustó a la sensibilidad del gobernante, por donde don Rafael fue detenido y llevado a la Policía.

Corrida la voz de la prisión del bachiller Urrecheaga, se reunieron el Padre Carrillo, don Juan Bautista Carrillo Guerra, el doctor Diego Bustillos, don Juancho Briceño, don Sinforiano González, don Juan Pablo Bustillos, el doctor Juan Nepomuceno Urdaneta, el doctor Enrique Urdaneta Maya y demás autorizados personajes de Trujillo, y fueron en cuerpo a pedir al Magistrado la libertad del irrespetado maestro.

Para corresponder con gentileza a la demanda de libertad, el gobernante pidió a su propio Secretario que se trasladase a la Policía para dar por libre a don Rafael. Tal vez por creer hacerlo mejor, el Secretario dijo al brioso anciano que el Gobernador había dispuesto concederle la libertad.

¡Mal haya la hora en que tuvo tal ocurrencia el Secretario! Don Rafael se levantó airado, como si le hubiese picado una serpiente.

—¡Conque el bárbaro me concede la libertad! —exclamó don Rafael—. ¿Sabe usted lo que está diciendo? ¿Ha medido usted acaso el alcance de sus palabras? No, mi amigo. No hay ser humano que pueda concederme lo que me peternece por don divino. Yo soy libre, porque Dios me dio la libertad, no porque me la conceda ningún hombre. Diga a su jefe que se declare en falta y que ordene a los gendarmes que me dejen libre como corresponde a mi dignidad de hombre.

Mas, con el Secretario habían ido a recibir al anciano los preocupados amigos, quienes después de reconocer la justeza de sus argumentos, lo persuadieron a que abandonase el local donde estaba detenido.
¡O tempora, o mores!

ALGO SOBRE TEMPLOS Y COLEGIOS DE TRUJILLO

EL AÑO 1834 se instaló el Colegio Federal de Varones, en el antiguo convento de la Recolectión franciscana de San Antonio de Padua, ubicado en la parte alta de la ciudad. El convento fue fundado alrededor de 1575 por Fray Francisco de Fuenlabrada y tuvo vida religiosa hasta la clausura decretada por la legislación colombiana, en razón de haber quedado materialmente despoblado a causa de la guerra. El colegio llegó a tener categoría de Universidad y después de haber formado brillantes generaciones de profesionales, tuvo un largo eclipse, del cual ha convalecido en parte durante los últimos veinticinco años.

Al lado del Convento, hacia la esquina aun llamada de San Francisco, se levantaba el hermoso templo, adornado de primorosos altares estofados y de óleos y esculturas de gran calidad. En la Iglesia Matriz se conserva aun una primorosa talla de poco tamaño, que representa al Serafín de Asís, y la cual, sobre ser de Montañés o de Cano, es a juicio de autorizados críticos, la más preciada joya imaginera que se conserva en Venezuela.

El año 1894 la ciudad de Trujillo y sus alrededores sufrieron continuos y fuertes temblores, que obligaron a las familias a hacer vida de beduinos, en toldos de palma, improvisados en la Otra Banda y las Araujas. En esta ocasión el templo franciscano sufrió graves averías, que lo pusieron fuera de culto y que obligaron a trasladar a sitio seguro las imágenes. Conforme con el espíritu de abandono que fue típico del trujillano en esto de reconstruir templos —ejemplo, el desmantelamiento, por temor a ruina, de la Iglesia de Nuestra Señora de la Candelaria en la parte baja de la ciudad— no se puso empeño por acondicionar el sagrado sitio y solo por 1908, año en que comencé el Curso Preparatorio en el viejo Colegio, se reanudaron los trabajos de reconstrucción. Las obras fueron encomendadas al experto Maestro de obras don Lucas

Simón Montani, nativo de Italia y hábil y entendido constructor, aun recordado con grande cariño en la ciudad de Trujillo. Sobre la cúpula del presbiterio, don Lucas montó una pequeña estatua de San Francisco, que daba airoso aspecto a la construcción. Mas, se pensó que la Iglesia podría servir ahora para la propia Parroquia, pues la Ermita de la Chiquinquirá era más pequeña y estaba también amenazando ruina. Resuelto en principio el traslado de la Parroquia a la capilla en reconstrucción, alguien aconsejó que en lugar de San Francisco fuera colocada la imagen de la Virgen de Chiquinquirá, titular de la Parroquia. Así se le dijo al Maestro Montani. Pocos días después, los estudiantes que seguíamos los pormenores de la obra, advertimos cómo don Lucas afeitaba a San Francisco y le ponía corona para simular a la Reina de los Angeles, al mismo tiempo que un divertido poeta hacía la siguiente estrofa:

*Don Lucas Montani con boja barbera
a San Francisco apeó la chivita
y del Santo Patriarca, de buena manera, .
hízonos una muy linda «Chiquita».**

* De suerte estaban la Virgen y San Francisco, puesto que las obras de reconstrucción no prosiguieron, y por 1925, cuando llegó a Trujillo de Presidente el General Vincencio Pérez Soto —entonces en el apogeo de su fervor masónico— obtuvo que le fueran cedidas las ruinas para levantar sobre ellas un teatro. Las autoridades eclesiásticas intervinieron en defensa de su derecho sobre las ruinas de la antigua iglesia, mas una arbitraria disposición del Gobierno federal accedió a los deseos de Pérez Soto. Se levantó el teatro, contra el querer de los buenos trujillanos, y en pie permaneció hasta que en 1943 se logró sacar del viejo edificio del Convento a la tropa de línea, que había desalojado en 1913 el Colegio de Varones, y en todo lo que fue templo y convento se construyó un edificio escolar. A estas alturas, el Colegio no tiene aún local propio, pese a haber gozado por 1870 de un capital de más de cien mil venezolanos. Aquí, desgraciadamente, hubiera tenido que decir Quintiliano: *Cedan las togas a las armas y sea el laurel trofeo de la violencia.*

JUANCHITO MARQUEZ

JUAN JOSÉ MÁRQUEZ BUSTILLOS, cariñosamente llamado en Trujillo Juanchito Márquez, fue persona generalmente querida en la ciudad. Muerto en diciembre de 1907, le aguló las Pascuas a todos los trujillanos. Comerciante, agricultor e industrial inteligente, llegó a amasar una buena fortuna. En la finca de «El Molino», rebautizada «Miraflores», por la diversidad de flores en ella cultivadas, funcionaban la destilación, la molienda de harina, el horno, el trapiche y el ordeño. En Trujillo tenía comercio de víveres y telas. En diversos y distantes sitios, estaban las haciendas de café y las vegas de pastos. Voz potente entre el cuadro de comerciantes, Juanchito Márquez hablaba más alto a virtud del aprecio y del cariño que le profesaba la población. Su negocio era banco para quien tenía pequeñas sumas y su caja era una especie de monte de piedad para los necesitados. Daba y recibía dinero a premio, como cualquier mesa de banquero, mas con lo que daba mirando al rédito, iba lo que daba sin esperanza de recobro. Mientras en Trujillo vivió Juanchito Márquez, las viudas y los huérfanos tuvieron seguro el pan. Proverbial era su espíritu de caridad y su blandura para ceder al reclamo de quien solicitábale una ayuda.

Hombre amable, obsequioso y alegre, a las puertas de su establecimiento comercial, próximo a la esquina de «Los Muñecos», se reunía una selecta peña, a la cual asistían los señores principales de la ciudad. Era yo muy niño y recuerdo en la tertulia de Juanchito Márquez a la gente más conspicua de aquellos felices tiempos. Cuando Leopoldo Baptista era Presidente, por 1903, le vi llegar allí, montado en alegre caballería y luciendo un rojo sombrero de velludo, que de él recibí en suerte, al rendirse a la burla de quienes le hicieron destocarse el atuendo partidista. Habituales tertulianos eran el doctor Inocente Quevedo, por lo regular siempre montando finísimos caballos; don Francisco María

Casas, don Diego Ignacio Rodríguez y don Francisco María Araujo, comerciantes, también como Juanchito, y caballeros de ejecutorias nobilísimas; Manuel Ceballos Delgado, correcto farmacéutico, que entonces regentaba la vieja botica de don Pedro Pou; don Rafael Ruedas, rico propietario y hombre de grandes negocios agrícolas; Nicolás Márquez, bueno y generoso como el hermano Juanchito; el viejo Antonio Briceño, mirado como el patriarca de la familia Briceño Pimentel, alto y gallardo, a quien daba respetable aspecto la larga barba en flor. Concurrían a la tertulia Melquíades Parra, altivo y caballeroso, y los chispeantes y agudos hermanos Anzola Añez: Enrique, Edmundo, Eloy, Carlos, Pío, Froilán y Heraclio. Era muy niño yo para que pueda recordar a los hombres de Trujillo que se reunían en aquella constante y alegre tertulia vespertina, a la cual acostumbraban también acercarse los señores que vivían más allá de la Plaza Bolívar, como don Ezequiel Urdaneta Maya, el doctor Antonio Araujo, el tío Andrés Iragorry.

La anécdota que aquí recojo la escuché de labios de don Pancho Araujo, el año 1921, cuando yo, hecho ya abogado, tomé parte en la misma vieja peña, ahora sostenida por el doctor Inocente Quevedo y don Diego Ignacio Rodríguez, en quienes vivía la tradición de aquellos martes por Paulo Briceño Iturrieta, Carlos de Lima Sierralta, Augusto Dubuc Arias, Julio Carrillo Rojas, Joaquín Gabaldón, Rafael Antonio Pernaleté, Ismael Barreto y algunos jóvenes que de niños allí estuvimos, llevados de la mano de nuestros padres. Refería don Pancho cómo cierta tarde Juanchito Márquez vio venir por los lados del Matacho a una persona de quien sospechaba «un cuero de tigre».* Rápidamente fué al interior del establecimiento y pidió que dijeran al visitante que él había salido. Pero no pudiendo resistir el deseo de charlar, resolvió al rato reaparecer en la tertulia.

—Don Juanchito, yo vine a hablar un asuntico con usted, le dijo el presunto sablista.

—Pase, pase no más, le respondió el ya resignado señor.

Luego regresaron ambos a la peña. El visitante se despidió con alegre cara y Juanchito, frotándose nerviosamente las manos, dijo a los amigos:

—Me fregué en él. Venía por cincuenta pesos y sólo le di veinte.

Echar un cuero de tigre vale por pegar un petardo.

Huelga decir que los presentes rieron hasta desternillarse de la manera de «fregar» a la gente que se gastaba Juanchito Márquez.

* * *

Juanchito Márquez echó, como buen trujillano, su cuarto a espadas en la política, y en cierta ocasión atinó a ofenderlo por la prensa un quidam a quien él había favorecido multitud de veces con dádivas menores, para atender gastos de la vida cotidiana. Airada más que él la esposa de Juanchito, preguntóle si no guardaba los papelitos suplicatorios del desvergonzado libelista.

—De nada valen para el caso —respondió el generoso caballero—. Si yo publicara aquellos viejos favores, me bajaría al mismo nivel del malagradecido que ha creído ofenderme con su baba.

Esto explica que a la hora de la muerte, su fortuna sólo fueran acreencias sin mano oportuna que las recogiese en beneficio de los huérfanos, sacrificados, en cambio, a la voracidad de las personas a quienes debía Juanchito Márquez.

EL RECTOR MAGNIFICO: CARACCILO PARRA

NUMEROSOS SON los trujillanos que abandonaron los lares nativos para ir a sembrar semilla de saberes en otras regiones del país. En el Táchira se recuerda la memoria del doctor José Abel Montilla, educador insigne, y la egregia y ductora de Monseñor José Manuel Jáuregui Moreno; en Lara, dejó brillante recuerdo el ilustre doctor Ramón Briceño, olvidado trujillano que está pidiendo la justa valoración de su obra; en Monagas se recuerda aun al doctor Gabriel Matheus, abnegado formador de juventudes. Francisco Pimentel Roth, el doctor José Gregorio Hernández, el doctor Carlos León, el doctor Antonio Justo Silva, el Bachiller Rafael Rangel, ocuparon la cátedra y el laboratorio en Mérida y Caracas para dar lustre al gentilicio provinciano. Entre todos se destaca, sin embargo, de modo singular el doctor Caracciolo Parra, por haberle tocado desempeñar el magisterio en la Universidad de Mérida desde 1844, a través de una época azarosa y erizada de dificultades para el egregio instituto andino, en lucha con las propias autoridades centrales y con la indiferencia del ambiente. Parece mentira, pero los sueldos que la Universidad, desprovista de rentas por el erróneo sistema fiscal guzmancista, quedó a deberle, alcanzaron a la suma enorme de ochenta mil bolívares. Si la renuncia de esta fortuna sirve de baremo finísimo para medir el sacrificio exterior, puede con él medirse el esfuerzo moral que representó mantener en pie al venerable instituto. Su dedicación a la Universidad, sus esfuerzos por evitar su ruina, su empeño por el acrecentamiento de su lustre, parean la acción en Mérida del doctor Caracciolo Parra con la realizada en la Universidad de Caracas por el gran Vargas. Son, en realidad, los rectores más meritorios que han tenido las Universidades venezolanas. Pero el infatigable trujillano era hombre nacido para las grandes empresas de la cultura. La energía que otros varones pusieron en la brega política y guerrera, él la consagró a la ciencia y a las letras. Sabía que la Universidad es fragua donde

se forman los hombres y donde se ilumina la inteligencia. Por un momento no descansó en su empeño de luces. A la palabra ágil del Profesor que explica en la cátedra, quiso sumar la permanente y muda lección de los libros. Era hombre de ideas progresistas. Así una leyenda negra lo pinte como cerrado oligarca, tenía al contrario, el pensamiento aireado por la constante renovación promovida por la cultura. Muchos le imaginaron un mohoso caballero de apetencia feudal, por ignorar cómo él, por medida principalísima para mejorar la economía rural, solicitaba libertad para la tierra, sometida a un sistema de explotación que aun hace del labriego un esclavo del propietario. Su discurso en la Junta de Fomento Agrícola de Mérida, sería leído hoy con asombro por esos pacatos de la justicia del pueblo, que miran como reflejo comunista toda idea que beneficie a los desheredados. Para que ese progreso no se detuviera en su obra benéfica, el doctor Parra quiso poner al día la biblioteca universitaria, cuyos fondos más valiosos eran los libros forrados en pergamino y cordobán, que a fines del siglo XVIII llevó a Mérida el grande obispo Torrijos. Dio arreglo material a los volúmenes y abrió la librería universitaria en los salones situados a la izquierda del zaguán del viejo instituto. ¡Ah, cuán grata y reconfortante impresión recibíamos los estudiantes al tropezar a la entrada de la venerable casona con aquel hermoso, sencillo, profundo letrado de «Farmacia del alma», que coronaba la puerta de la biblioteca universitaria! Todo un mundo de imágenes afluía a la mente ante el tinoso aviso. ¡Farmacia para los enfermos del alma! Ningún diagnóstico más preciso del mal de los hombres. Enfermos del espíritu son, en realidad, quienes viven entre las sombras de la ignorancia. Desbastar estas sombras es misión de la cultura. Carecía de fondos el instituto merideño para renovar su biblioteca. El doctor Parra tuvo una idea singular. El miraba en la Universidad la universalidad de una idea. Como centro emanador de cultura, la Universidad era para él un superorganismo colocado más allá del particularismo nacional. Su visión ecuménica de la Universidad lo hacía pensar en la hora espléndida de Bolonia, de París, de Oxford, de Salamanca, de Coimbra, de Lovaina. No olvidaba que el claustro de Salamanca gozaba el extraño privilegio de jurar al Rey como corporación autónoma y de comunicar libremente con el Papa de Roma. Para el doctor Parra, la Universidad era una república autónoma en el mundo libre de la cultura universal. Llevado de este noble pensamiento, se dirigió a los Jefes de Estado extranjeros en demanda de libros para su biblioteca. Rompió las líneas del protocolo oficial, y se acogió —*sub specie universalitatis*—

a las franquicias de la inteligencia. Mal andaban por aquel tiempo nuestras cosas con la Gran Bretaña, empeñada en tomarse nuestra rica Guayana. La prensa caraqueña descalificó el acto de dirigirse el doctor Parra a la Reina Victoria y el Ministro de Instrucción le llamó la atención en forma pública. El doctor Parra explicó su propósito y aceptó con dignidad la reprimenda ministerial, tras la cual se movían intereses anti-regionalistas. Pero la aceptación de su falta, implicaba la renuncia del cargo, que fue al Ministro junto con la respuesta del Rector.

La Universidad de Mérida tenía entonces en su seno un brillante grupo de estudiantes, que no sólo expresaron en noble escrito sus sentimientos de adhesión al venerable Rector, sino que en el momento de resignar el alto cargo, formáronle hermosa guardia de honor que lo llevó solemnemente entre vítores a su casa solariega. Conmovido y con los ojos húmedos por la emoción, el anciano ilustre dijo más o menos a los nobles muchachos:

—Me habéis hecho sentir que no he dejado de ser vuestro Rector. Ante la adhesión de quienes sois el futuro de la Patria, nada vale el desacuerdo con los hombres que la gobiernan. Mi función de Rector ha mirado al futuro. En vosotros seguirán creciendo mis anhelos por una hora mejor de la República.

Más tarde, el heroico Rector regresó a los viejos claustros de San Buenaventura, para seguir la intensa campaña librada, como sangrienta batalla, contra un opresivo espíritu que quiso destruir en su raíz el brasero de la cultura de Occidente. ¿No suenan a leyenda las palabras que en 1900 dirigió al Ministro, para decirle que al separarse definitivamente de la Universidad, después de servirla durante cincuenta largos años, el instituto quedaba a deberle cuantiosa suma, ya que él había desempeñado Rectorado y Cátedras sin sueldo, y aún con el sacrificio de su propio peculio? ¿El testamento moral del doctor Parra no recuerda el testamento, pecaminosamente olvidado, del benemérito General Rafael Urdaneta? ¿Estos hombres no piden, acaso, que se les presente al pueblo como ejemplos tónicos y como estímulo eficaz para actos semejantes?...

CIPRIANO CASTRO Y VALERA

EN SU MARCHA hacia el Centro, el General Cipriano Castro hizo escala en Valera, donde organizó su ejército y estudió los medios de evadir el encuentro con el doctor y General Leopoldo Baptista, quien, con gente fresca y bien preparada para la resistencia, lo aguardaba en Pie de Sabana.

La población de Valera recibió con simpatía al General Castro y algunos viejos oficiales liberales le prestaron eficaz ayuda. Entre éstos figuraba el General Ignacio Paredes, quien, como su hermano el bizarro General Pedro Paredes Pimentel, había ganado lauros en las filas del liberalismo. Gente de Paredes ayudó a Castro a hacer camino por la la pica del Turagual, diversión por medio de la cual desviaba el paso donde Baptista seguramente habría destrozado al ejército restaurador.

Castro guardó simpatías por Valera, y al reorganizar los Estados, trasladó la capital de Trujillo a la floreciente ciudad del Motatán, cosa que entonces y en años posteriores, fue perseguida con entusiasmo por los valeranos, quienes creyeron durante algún tiempo que Valera, para llegar a ser lo que es y lo que le espera en el orden del progreso regional, necesitaba por asiento de los poderes públicos regionales, los cuales, por gravedad de Historia y por la propia estructura económica que la une con el burocratismo, han de permanecer en la vieja ciudad de García de Paredes. A principios de siglo el General Juan Ignacio Montilla, como Gobernador de Distrito, daba remate al gracioso Palacio de Gobierno de Valera, en cuyo salón principal habría de funcionar el Concejo distrital. En la pared cabecera del salón fue colocada una artística lápida de mármol, con la proclama dictada por el General Castro a su paso por Valera. Las palabras encendidas del Invicto, tuvieron allí carácter de *palladium* de la ciudad. Valera, en realidad, fue una ciudad sinceramente castrista, que, con la transitoria capitalidad, recibió favores directos del Gobierno nacional.

Desaparecido de la escena pública el General Castro, la gente comenzó la obra provechosa de «descastrizarse». Los retratos del Caudillo

que lucían de cuerpo entero, sobre recio cartón, en las oficinas públicas, pasaron a ser juguete de los muchachos y los señores que se habían esforzado en probar al Cabito férvida adhesión hasta la víspera de su partida del país, mudaron de parecer y ofrecían al General Juan Vicente Gómez la ofrenda de su afecto. En alguna parte he escrito que entre nosotros, en la concepción primitiva de la relación de los ciudadanos con el Poder funciona un poco cierta supervivencia de viejos valores coloniales, cuando el eje de la vida pública lo constituía la gracia del Rey. Nosotros, en nuestra lucha contra el pasado, hemos puesto empeño en destruir lo que pudo ayudarnos para el día de hoy, mientras hemos permanecido colectivamente fieles a ciertas formas disvaliosas, entre éstas el vergonzoso sentido personalista que hemos dado al Poder. La convicción se sustituyó corrientemente por el provecho que asegure una mejor situación. Al rey muerto el rey puesto que garantiza lo mismo. Valdría tal vez la pena hacer un estudio a fondo de lo que el pueblo ha llamado «situación». La manera corriente de definir la actitud política de un sujeto no mira a la atribución de amistad o de enemiga del gobierno, ni tampoco a calificar el grupo de ideas que lo encuadren dentro de la lucha partidista. Se dice simplemente que una persona está o no está con la «situación». El que es enemigo del régimen imperante no está en la «situación», es decir, no está situado, tanto como imputarle una posición fuera de sitio, desgravitada desorbitada. La órbita, la gravedad, el *situs* lo determina la gracia del poderoso. Las palabras, como reflejo de actitudes psicológicas, guardan el secreto de la vida de los pueblos. En la interpretación de la política venezolana, la palabra situación tiene una extraña jerarquía ontológica, que merece un escudriñamiento cabal.

Me excusará el lector paciente esta digresión del tema, aunque, en realidad, no me he salido del campo de mi historia. En 1911, cuando llegaba al centenario la República, Valera preparó con gran entusiasmo los actos conmemorativos de la declaración de Independencia. Se pensó en una sesión solemne del Concejo, entonces presidido por el correcto, fino, amable caballero y entusiasta valerano, don Ernesto Spinetti. Alguien, después de hablar de lo peligroso de un acto en el mero sitio donde se exhibía la proclama del abandonado y renegado Caudillo, aconsejó la destrucción de la lápida. Don Ernesto, sin mayor esfuerzo y luciendo su permanente y bondadosa sonrisa, se limitó a agregar:

—Con la misma pica que se rompa la lápida precisaría ir a destruir la caja del acueducto que Castro dio a Valera.

VÍCTOR ROSA Y WENCESLAO MARTÍNEZ

EL PRIMER LANCE personal lo tuvo Víctor Rosa Martínez para cobrar la falsificación que alguien hizo de su firma en una hoja de adhesión pública a un gobernante. Desde entonces firmó con la mano izquierda, para hacer más difícil cualquier nueva tentativa de abuso. Hombre de armas tomar, Víctor Rosa se hizo temido por el robusto soporte que en su brazo tuvo siempre su palabra agresiva y cortante.

De raza le venía la devoción por las letras. Los Martínez de Trujillo cuentan con nombres prestigiosos de humanistas, de profesores, de letrados y de educadores. Ilustran la estirpe el célebre Licenciado don Francisco de Paula Martínez, el doctor Pedro Martínez, el bachiller Luis Martínez Salas, el doctor Trino Baptista Martínez, el profesor don Tobías Valera Martínez, el bachiller Juan Agustín Martínez. Hombres todos devotos del estudio y de chispeante y ágil inteligencia.

Víctor Rosa Martínez —como su hermano Wenceslao—, cultivó el derecho y las musas. Don Wenceslao era más latino; Víctor Rosa más moderno. Un tanto atormentado, en su espíritu hallaba buen eco el dolor de los «poetas malditos». Hombre raro, los muchachos curioseábamos en la Valera de 1911 sus frecuentes excentricidades y admirábamos el dardo certero de sus apuntes. Por sus ideas libres y conducta llana, estuvo agrupado en las filas políticas que antiguamente comandó el doctor y General Rafael González Pacheco. Mas, así estuviese afiliado a dicha colectividad política, Víctor Rosa era ácrata indomable. Ferozmente individualista, prefería a todo trance el señorío de sí mismo y la libertad de criticar a los demás. Alguien le motejaba en cierta oportunidad de enemigo sistemático contra todos los gobiernos. El no rechazó la tilde, por el contrario, adelantó a explicarla:

—Como enemigo del gobierno corro el riesgo de pasar un poco de hambre y de que me lleven a la cárcel; en cambio, en el gobierno, aun-

que no se prevarique, de todos modos se corre el riesgo de servir de comparsa a ladrones y a asesinos.

* * *

En cierta oportunidad tropezó Víctor Rosa con un amigo, que, como Gobernador del Distrito, había tenido quehacer en una multa a aquél impuesta. El funcionario avanzó a querer explicar en tono amistoso las causas de la sanción, y al dirigirle la palabra en tuteo, el quisquilloso Víctor Rosa lo detuvo en los siguientes términos:

—El tú es para lo privado de los amigos. Las cosas de gobierno y de política reclaman otro tipo de interlocutor. Entre nosotros el tú ha servido siempre para relajar las cosas serias. Hábleme de usted si quiere que le atienda. Si no, quédese con su tú para otra ocasión.

A cortos atisbos se adivina por qué Víctor Rosa Martínez era hombre de pocos amigos.

JUAN PABLO BUSTILLOS

LA FIGURA AMABLE de don Juan Pablo Bustillos es aun recordada con cariño en la ciudad de Trujillo. Baja la estatura, abultado el vientre, anchas las espaldas y enmarcado el risueño rostro en la blanca barba victorhuguesa, la gente se descubría con respeto a su paso. Al comienzo del siglo XIX asentó casa en Trujillo, donde terminó por mirársele como como genuino hijo de la ciudad. Alternó en la política y en la administración pública, ocupó encumbrados sitios como la Gobernación del Estado y la Secretaría General, pero su principal campo de acción fueron las letras. Don Juan Pablo Bustillos era un humanista de la vieja escuela. La historia, la filosofía y las lenguas eran su deleite. Polemista fogoso y mordaz, terció en acaloradas disputas. Enamorado del bien decir, consagró largos estudios a la preceptiva literaria y a las disciplinas gramaticales. En aquellos buenos y apacibles tiempos, don Juan Pablo mantenía asidua correspondencia con don Antonio Ignacio Picón, quien en Mérida se preocupaba igualmente por los problemas de la gramática. A la vista tengo una carta del año 1898, dirigida por don Juan Pablo al viejo Picón, en la cual le decía: «respecto a la opción de *lo* para el acusativo masculino singular y *la* para el femenino, yo he sido y soy de su propio parecer, en modo de creer que si la Academia y los señores Salvá, Bello, Cuervo, etc., etc., no han fijado ese uso dogmáticamente, ha sido por miramientos a clásicos recomendables, que indistintamente han empleado el *le* y el *lo*». Nadie negará el saudoso sabor de estas viejas misivas, escritas posiblemente a la luz parpadeante de una pobre candela esteárica, en el recato de una silenciosa alcoba de trabajo, en medio de la quietud maravillosa del manso Trujillo finisecular. A los amigos distantes les preocupaban los problemas del correcto decir, con mayor interés aun que el hoy puesto por los problemas de la técnica. En don Juan Pablo la gramática y la preceptiva llegaron a convertirse en una verdadera obcecación. No conforme con cuidarlas en su forma personal,

se empeñaba por transmitir las a los jóvenes. Frisaba con los ochenta años, cuando un grupo de muchachos la dimos en 1912 por ser literatos desde las columnas de diversas hojitas, aparecidas como órganos de los estudiantes del Colegio de Trujillo y del Colegio Santo Tomás, de Valera. Nuestras prosas buscaban imitar el estilo de Vargas Vila y nuestras poesías intentaban falsos moldes rubendarianos. El viejo Juan Pablo miraba todo aquello como una petulante herejía, de la cual, en cambio, se sentía orgullosa nuestra ignorancia juvenil. Mal día para su humor era el de la salida del periodiquín plagado de extravagancias modernistas, que tanto ofendían su buen gusto. Al releer aquellos escarceos, he medido la reacción que con justicia tenían que provocar en el ánimo del celoso gramático, a quien ofendía el desenfado con que nos dábamos a la publicación de tales esperpentos. «Estudie primero, me dijo un día que tropezó conmigo en la casa de la abuela, y después de haber estudiado, escriba. Le voy a enviar unos libros que bastante falta le hacen. Y no olvide usted que sin gramática no llegaremos jamás a distinguir las cosas, las cualidades y las acciones y sus correspondientes modos, tiempos y circunstancias de ser y de obrar». Yo tragué gordo y en la tarde recibí una «Gramática», de Bello, los «Diálogos», de Coll y Vehí y los «Anales», de Tácito. En mis manos el anciano generoso ponía buenos maestros y con ellos las llaves, también, de las que serían mis disciplinas preferidas, en las cuales, tal vez habría logrado buen éxito si hubiese oído a tiempo sus tinosos consejos.

Pero don Juan Pablo tenía, junto con las letras, pasión por el estudio de los astros. De él se guarda en algunas bibliotecas trujillanas una «Cartilla Astronómica», que llegó a darle fama de conocedor de los misterios del cielo.

A la gente común admiraban más las noticias de los astros que el viejo Juan Pablo perseguía, que sus profundos conocimientos de letras. Sobre la «Cartilla» cayó la conversación en la peña que solía reunirse en la esquina del Sol y a la cual acostumbraba acercarse don Juan Pablo. Cierta tarde a un conocido comprador de café, de quien se decía que usaba báscula infiel en sus tratos con los campesinos, ocurrió preguntar con sorna al viejo Bustillos, si era cierto que él, por trasnochar para mirar las estrellas, había descuidado y perdido su hacienda de «El Pazguate». El quidam olvidó hasta dónde sabía morder el atildado gramático doblado en astrónomo, cuando se trataba de agredir.

—Puede ser así, si así se lo contaron, pero sepa usted que siempre he de preferir perder mi café, por contemplar las estrellas, que engordar mi hacienda a costa del café que sudan los campesinos engañados...

* * *

Hablaban en cierta oportunidad cerca de don Juan Pablo Bustillos de un libelista que en esos días había recurrido a la hoja suelta para injuriar en forma descomedida a cierto distinguido personaje de Trujillo. El tono vulgar del escrito hizo que éste hubiese tenido que ir a imprimirse en Barquisimeto, puesto que no hubo tipos de imprenta en el Estado para que el libelo fuese compuesto. Don Juan Pablo al oír calificar de escritor y de periodista al autor de la hoja malhadada, se volvió hacia quienes llevaban la palabra y díjoles:

—¿Qué mal les han hecho a ustedes los periodistas para que así los ofendan? ¿Cómo se atreven a calificar de periodista a un miserable que alquila su pluma para insultar a un hombre honesto? Lláménle agudo o desvergonzado libelista o como quieran, pero reserven el nombre de periodista para quien toma la pluma con dignidad y respeto. El periodismo es un sacerdocio en el cual, por desgracia, se dan casos de sacristanes viles que se atreven a revestirse con los sagrados ornamentos. Esos son, en realidad, los falsos periodistas: sacristanes disfrazados de ministros, gente del hampa vestida con traje ajeno

Dura era, en verdad, desafiar la lengua acerada del anciano festivo, que a la sonrisa del rostro venerable, agregaba en sus últimos años la alegría del ramo de flores, cortadas en su propio jardín, con que solía en las tardes regalar a las damas que asomaban el milagro de su belleza tras las rejas de los ventanales trujillanos.

MONSEÑOR JAUREGUI MORENO

DEL DESTIERRO REGRESABA apoteóticamente Monseñor José Manuel Jáuregui Moreno. Valera le daba un respetuoso y solemne recibimiento. Entre la muchedumbre agolpada para rendirle homenaje silencioso, yo tenía mi puesto, más de muchacho curioso, que de entendido ciudadano. No llegaba a la ciudad sobre gruesa mula, según solían hacerlo en aquel tiempo los señores. Venía el levita calmosamente conducido sobre devotos hombros.

Por Valera pasaba el sacerdote insigne, camino de Mucuchíes. Su verticalidad antigua había sido rendida por la muerte y en la severa caja dormía su sueño verdadero. Entre las voces que hacían el panegírico del sacerdote extraordinario, unas hablaban de su celo parroquial en la encumbrada ciudad de las heladas ventiscas, otras de la recia labor educativa cumplida frente a su Colegio de La Grita, otras de la crueldad del dictador Cipriano Castro, a cuyos odios fue sacrificada la seguridad de quien en el Táchira había sido una efectiva columna de luz. Me sonaba a extraño el relato de que la maldad de los gobernantes pudiera arrojar de la Patria a sus mejores servidores, en razón de discrepar en las ideas.

A mis doce o trece años no había aún estado frente al cadáver de un gran personaje. Me tocaba iniciar la vista de los caídos ante el odio feroz de la política, con la grave presencia de la caja donde descansaba definitivamente el sacerdote ejemplar, a quien para hacer digno paralelo con la leonina bravura del General Juan Bautista Araujo, podría llamársele el Aguila de la cordillera andina.

Monseñor Jáuregui Moreno es, en realidad, el personaje que con mayores títulos podría ser mirado como el signo de la unión de la Cordillera, que ni pudo hacer la espada de Araujo, ni menos pudieron realizar los planes políticos de Guzmán Blanco, ni aún la hegemonía del poder nacional ejercido por hombres del Táchira. Una disparidad histórico-social, con sólo la continuidad que le transfiere, dentro del

orden poderoso y unitivo de lo venezolano, el marco particular de las altivas montañas —campo ayer donde se desarrolló una economía uniforme—, ha tenido, en cambio, su sola gravedad para el enlace regional en la Universidad de Mérida y en la aportación de luces que han encendido en una y otra región los nativos de las diversas porciones. El Estado Trujillo singularmente ha sido favorecido con el mérito de poder memorar la misión magnífica que en el Táchira cumplieron el insigne Vicario de Rubio, don Justo Pastor Arias; el doctor José Abel Montilla, educador ilustre; don Rafael Quintero, abnegado propulsor de la imprenta en la ciudad de San Cristóbal; mientras en Mérida, los doctores Caracciolo Parra, José Domingo Hernández Bello y Antonio Justo Silva, dejaban grabados hechos singulares en su proceso educativo. Creadores de cultura, compensan con sobra de merecimientos el recuerdo desagradable de las guerrillas trujillanas que pudieron haber entrado a saco, según era ley de la guerra, en pueblos de Mérida y del Táchira, al igual, también, de cómo gentes del Táchira pillaban e incendiaban poblaciones trujillanas y merideñas. Jáuregui Moreno une en forma profundamente significativa los sentimientos más nobles y constructivos de los hombres de la Cordillera. Nació en Niquitao de Trujillo, dio su fruto magistral en La Grita del Táchira, reposan sus despojos en el altivo Mucuchíes de sus desvelos parroquiales. Andino integral, Monseñor Jáuregui Moreno es la síntesis del servicio que da benevolencia a los hombres. A la hora del mando nacional de los andinos, fue, sin embargo, paradójicamente encarcelado y echado del país el varón insigne. Había él desaconsejado a Cipriano Castro la campaña del Centro, por creerla condenada al fracaso y causa, en cambio, de un inútil derramamiento de sangre fraternal. El engreído vencedor no perdonó al levita la duda de su éxito y en 1900 ordenó su apresamiento en el sombrío castillo de San Carlos y, luego, su extrañamiento de la Patria.

Fuera del país creció aún más la figura de aquel recio forjador de hombres, vinculado de manera perdurable a la historia cultural de Occidente. El discipulazgo de Jáuregui pasó a ser título de orgullo entre los numerosos tachirenses favorecidos por las luces que en ellos sembrara el educador ejemplar, sacrificado a la implacable pasión política. Nada importaron sus méritos, nada pesó el valor de su acción educadora. Amarrado salió del Táchira para la ciudad de Maracaibo. Sobre flaca mula, custodiado por un piquete de esbirros, hizo el camino que lo llevó a la estación ferroviaria. Entre policías fue desembarcado

en la ilustre ciudad de Baralt y de Yepes, para de allí ser trasladado al islote inhóspito, donde el viejo castillo que servía de seguro a la barra del Lago, levantaba sus muros para recibir a los ciudadanos que resistían con dignidad los desmanes del déspota. Como paliativo al furor vengativo de Castro, los amigos del levita obtuvieron que el calabozo hermético se convirtiese en abierto y duro destierro.

Jáuregui Moreno fue perseguido por su amor a la paz y a la concordia nacional. En 1899 a él no le interesaba sino la tranquilidad de Venezuela. La aventura de Castro la miró como una nueva ocasión de ser ensangrentado el suelo de la Patria. El sosiego que destrozaba la guerra, disminuía fatalmente la posibilidad de que el pueblo recibiese el riego cultural que era su empeño. El dictador, sin mirar a la suerte del país, confundió a Monseñor Jáuregui Moreno con un vulgar político y vuelto contra él, cobróle el consejo probo, mirado como activo servicio a los intereses del bando contrario.

Si Castro pudo originalmente haber tenido miras favorables a la República, su conducta frente al egregio educador andino fue signo elo-cuente de su primitiva concepción del Poder. Como un vulgar malhechor fue tratado el abnegado levita. En él se ofendía a la Iglesia y a la ciudadanía. Apoyados en la manida muletilla de aceptar el mal menor para evitar una persecución en forma, la Jerarquía terminó por avenirse con el crimen cometido contra el sacerdote que tantos beneficios prestaba a la Iglesia y a la comunidad. ¿Los ciudadanos? ¿Cuándo ha existido en Venezuela verdadero espíritu de solidaridad cívica? ¿Y cuándo solidaridad con un hombre de sotana? De esos viejos polvos se formó el lodo espeso que ha trabado la marcha del carro de la República. La indiferencia con que se vio echar del suelo patrio a uno de sus varones más esclarecidos, indica con sombríos colores la falta de sentido comunitario que permite al engreído gobernante hacer lo que le viene en gana, mientras humilladamente los demás esperan el precio de su silencioso conformismo. Para así entenderlo y para juzgarlo y condenarlo así, no se requiere gozar la gracia de sentirse cada quien inmune de responsabilidad en la tragedia permanente del país. En nuestro caso no habría boca autorizada para criticar el error inventerado que detiene el progreso de las instituciones. La indiferencia colectiva hace colectiva, a la vez, la responsabilidad ante el crimen cometido contra la República. Sin embargo, precisa romper el círculo vicioso, con cuyo fruto lucran tanto los vivos, que con sus pésimas artes consideran ganada la

partida, cuanto los tímidos, que escurren entre la niebla de vagas teorías la desgana de actos positivos, con que creen evadir el peso que les toca como grises mentores de los hombres de gobierno.

* * *

En 1878 asistió el Padre Jáuregui a las sesiones del Congreso, cuando se trató de la demolición de las estatuas de Guzmán Blanco. Un parlamentario guzmancista imprudentemente avanzó a insinuarle que no sumara su voto a los de los iconoclastas, con lo cual podría ganar la Mitra de Mérida, entonces vacante. El recio levita irguió su talla moral y respondió en el acto:

—¡Sí, yo estoy también por la demolición, y sepa usted que no vine aquí para aspirar Mitras, lo que en todo tiempo me fuera indigno, sino para cumplir mis obligaciones con la Patria.

Cuando el Padre Jáuregui regentaba su Colegio del Sagrado Corazón de Jesús, en La Grita, castigó fuertemente, sobre falsos informes, al futuro Padre José Escolástico Duque, apóstol en ciernes de la caridad y de las buenas obras a través de toda la Arquidiócesis emeritense. ¿Dónde no se recuerda la bondad pedigüeña del abnegado levita, que supo dejar su nombre fuertemente grabado en el muro de los templos y de los hospitales erigidos por su ahincado empeño de servir a Cristo? Horas más tarde del castigo impuesto a Duque, el Rector descubrió el error de las informaciones que sirvieron para condenar al colegial y mandó llamar éste al rectorado. Cuando Duque entró, el doctor Jáuregui se puso ante él de rodillas y le dijo:

—Ahijado, perdóneme, porque he sido injusto con usted.

Ante la inesperada escena, Duque sólo atinó a ponerse también de rodillas, mientras rompía a llorar de la emoción.

Estos hechos pintan al propio la monolítica entereza de quien sabía arrodillarse a la voz de la justicia quebrantada por su culpa. Dulce, tierno, tímido, en su mundo interior de cristiano sabía negarse a sí mismo para afirmarse en Cristo. Recio, basáltico, dominador, en cambio, para todo aquello que minaba a la dignidad exterior del ciudadano que se sentía obligado a servir también, en la fábrica de la ciudad terrena. Cuando el vacío inmediato hace más grande y más angustiosa su memoria, precisa evocarlos como sombra tutelar...

JUAN BAUTISTA CARRILLO GUERRA

NO A FUER de acaudalado propietario ni de entusiasta propulsor del progreso regional, tampoco por el peso de su influencia en el orden social del Estado, impuso su nombre el benemérito trujillano don Juan Bautista Carrillo Guerra. Su arma principal fue la cultura. Cultura de sí mismo y cultura que se empeñó en regar por todo el ámbito regional. El caso de don Juan Bautista Carrillo Guerra pareciera digno de singular atención. No fue él educado en centros superiores, ni creció en hogares de estiradas ínfulas. Las letras iniciales fueron escasas, sus recursos originales por demás modestos. Sin embargo, don Juan se hizo a sí mismo para triunfar en culto. Sus maneras, sus hábitos, sus modales acusaban al gran señor. Quien lo veía lucir el extraordinario señorío, se sentía obligado a inquirir la razón que dio a Carrillo Guerra el disfrute de tan subida gracia social. Un examen cabal del caso conduce a invertir el razonamiento. ¿Cómo pudo lograr el cumplido señor hacer que los suyos, no sólo heredaran sus caudales materiales, sino la distinción y el tono que les han dado sitio prestante en la sociedad? Don Juan Bautista Carrillo Guerra se esforzó en alumbrar su mente por medio de abundosa y útil lectura. Sus modales, en cambio, eran los modales comunes de Trujillo. Pareciera exótico el estilo social de Carrillo Guerra, por cuanto en él lucía más a causa de la expectación de su figura pública y por cuanto perduró en él hasta una época en que ya declinaban las buenas maneras. Pero, ¿no fueron tan atildados como él el doctor Mateo Troconis, don Pedro Pau, don Antonio Braschi, don Sinforiano González, el doctor Diego Bustillos? ¿No admiramos ayer no más el señorío del doctor Victorino Márquez Bustillos, del doctor Juan Nepomuceno Urdaneta, del doctor Pedro Martínez, del doctor Alfredo Carrillo? Parezca extraño, mas ese comportamiento era norma social en una época en que los modales formaban parte de la personalidad del hombre. No se afincaba la hombradía en «escupir por el colmillo» y en «jugar vara o cabeza». La cultura, así se nos haya tratado de bárbaros

pegados a la selva por ombligo de bejuco, buscaba, muy al contrario, injertarse por medio de signos exteriores en el orden social. No bastaban las ciencias y el bien decir. Precisaba que las reglas convencionales de la caballeridad estuvieran siempre presentes.

Que Carrillo Guerra hubiese adquirido delicadas maneras sociales, no es de extrañar cuando se piensa que formaban ellas parte del pan diario de la vieja sociedad trujillana, educada en el gran estilo de don Cristóbal Hurtado de Mendoza, del viejo Antonio Nicolás Briceño, de don Antonio Valcarse Pimentel, de don Jacobo Antonio Roth, del doctor Ricardo Labastida, del viejo prócer Juan Nepomuceno Urdaneta. El mérito de don Juan estuvo en el empeño que puso por hacer de su hogar un testimonio de permanente señorío. En lograr que sus hijos, junto con la fortuna material, heredasen las maneras y las costumbres que hacen a los señores. ¿Frivolidad? Muchos, tal vez, así piensan respecto al valor de la urbanidad. Por 1942 escribí acerca de la crisis profunda de las buenas maneras en Venezuela. Juan Vicente González declaró que matar a los congresantes, como ocurrió en 1848, era una falta de educación. Exhibirse como hábil ladrón, oportuno traidor o áulico refinado, es, en realidad, una muestra efectiva de pésima educación. El político, como el sacerdote, como el profesor, necesitan la muletilla de la urbanidad para no irse por caminos desbarrancados. Don Juan Bautista Carrillo Guerra en todo momento procuró ceñir su conducta pública a las buenas maneras. Sabía él que las virtudes sociales son el mejor adorno de los políticos.

Su conducta de ciudadano buscaba ajustarla don Juan al digno cumplimiento de los deberes sociales. Así, en cierta ocasión en que era perseguido el General Juan Bautista Araujo, don Juan ofreció el seguro de su hogar. Al pronto se presentó a las puertas de la casa el comandante de un piquete de fuerza nacional, quien avanzó hacia Carrillo Guerra en los términos siguientes:

—Si usted me entrega al General Araujo no le allano el hogar.

—Y si usted fuera mi huésped —preguntó Carrillo Guerra—, ¿qué concepto se formaría de mí si lo entregase a la tropa?

La hidalguía de don Juan, a quien se conminó prisión inmediata, fue correspondida con igual moneda por el León de la Cordillera, quien al oír la voz de arresto dada a su hospedante, salió al portal y, dirigiéndose al agresivo militar, le dijo en tono imperioso:

—Suelte usted a don Juan, y fusíleme si quiere.

EL DOCTOR LEOPOLDO BAPTISTA

EN MAYO DE 1913 se vió obligado a abandonar a Venezuela el egregio doctor Leopoldo Baptista, quien en 1908, con su prestigio y su inteligencia, ayudó al General Juan Vicente Gómez, a realizar la evolución política que le aseguró la presidencia de la República. Habían sido amigos íntimos y eran hasta compadres ambos políticos. Durante el régimen del General Cipriano Castro iniciaron en Aragua negocios comunes de tierras y ganados. Al ocurrir la ausencia de Castro, el doctor Baptista asumió la Secretaría General de Gómez y dirigió la política de armonía y rectificación, que hizo de los primeros años del gomecismo una época de paz, de seguridad y de justicia. Baptista tenía condiciones superiores a las de los políticos «de gallinero» que rodearon de inmediato al General Gómez y que, mirando a solo su problema personal, se aliaron sucesivamente con el Jefe del Estado, para ir acabando con los otros políticos, hasta dejar a Gómez por único Jefe y Caudillo de la República. (Al General Gómez complacía referirse a este hábil proceso de eliminación de émulos).

La primera víctima de la política de barrida de cabezas fue el propio doctor Baptista, quien burlando espías y celadas logró trasladarse a Curazao en el mentado año. Cuéntase que la vigilancia sobre el doctor Baptista llegó a tal estado de publicidad, que cierta tarde en que el perseguido político iba a tomar en la estación de Santa Inés el tren que lo dejaba en su quinta de Carapita, al advertir a su lado la presencia de uno de los espías de costumbre, pidió dos billetes en la taquilla y dirigiéndose al agente, díjole con gran naturalidad:

—Ya compré su pase, mi amigo. Tómelo y sígame.

* * *

Desde la isla, que en un tiempo fue amable abrigo para los venezolanos perseguidos, el doctor Baptista escribió al General Gómez una digna carta, en la cual le hablaba de que no eran revolucionarios sino de pacífica espera sus propósitos. «Desde que entré en la vida pública —escribía— jamás he puesto en la balanza de mi conducta política las cuentas que a mí o a los míos hayan abierto amigos o enemigos». De simple expectativa ante el próximo período eleccionario era, en realidad, la conducta del último gran caudillo trujillano. Creyó él que ocurriera una salida cívica en el orden de la sucesión presidencial y esperó confiado los acontecimientos, que, en seguida, precipitaron los hábiles «artistas», a quienes se confió la ruptura de la constitucionalidad, por donde quedaba sin efecto la norma que impedía la reelección.

Ocurridos los hechos que trajeron por consecuencia la suspensión de las garantías y el cambio del orden institucional, se produjo, como era natural, la definitiva ruptura entre el doctor Baptista y el General Gómez. Pero, si de un plumazo pudo destruir el íntegro político trujillano sus vínculos políticos con el viejo amigo, en cambio, la liquidación de sus negocios personales reclamaba una vía inteligente. Para hablar con Gómez, Baptista comisionó a su anciano padre.

Don José Manuel Baptista andaba ya por los ochenta años, o muy cerca de ellos. Era superviviente del cuadro de caudillos que dieron cuerpo a la vieja agrupación conservadora de Trujillo, encabezada por su padre, el prócer Juan Baptista, e integrado su primer comando por sus hermanos los comandantes Francisco Baptista y Juan Bautista Araujo, y por el célebre político doctor José Emigdio González, quien se separó del grupo cuando fue necesario virar la política con el triunfo de la Federación. Don Manuel, como los caudillos antiguos de Venezuela, tenía más amor por el campo agrícola que por los campos de batalla. En sus fundos «San José» y «La Esperanza», de Valera, hacía verdadera vida patriarcal: de todos atendido y respetado por todos visto como legítimo testimonio de la entereza antigua de la tierra. La sola presencia del venerable anciano infundía un respeto amable. Austero, sencillo, de sobrias palabras, fácilmente se le rendían las voluntades. En Maracay fue recibido el patriarca trujillano por el severo dictador. El General Gómez era hombre de amables palabras y frente al anciano inició una plática sencilla y precisa sobre los problemas económicos que iba a tratarle el viejo Baptista. La conversación fue real-

mente corta y de resultados definitivos. Para terminar la charla, el General Gómez dijo a don Manuel:

—Ajá, ya ve cómo nos hemos entendido. Siempre tuve gran aprecio al compadre Leopoldo y mucho sentí que no me hubiera sido leal.

El viejo Baptista, ya de pies y con la diestra de Gómez entre la suya, le replicó con energía:

—Se equivoca, General. Si en el negocio de la política, entre usted y Leopoldo hubo traición, fue usted quien faltó a sus compromisos con mi hijo.

Se dieron ambos mutuamente la espalda y el General Gómez, dirigiéndose a Ezequiel Vivas, que presenciaba la conversación, le dijo sin enfado:

—Hay que respetar las «malacrianzas» de los viejos.

Si don José Manuel Baptista probó entereza de carácter, el General Gómez mostró que su rigor tenía límites y que en su rudeza de primitivo alumbraba el señorío transmitido por el valor, el carácter y el dominio propio que hace la personalidad de los caudillos.

1913, AÑO DE DESINTEGRACION POLITICA

EL GENERAL JOSÉ MARÍA GARCÍA fue enviado por el General Gómez al Estado de Trujillo el año 1913, con el fin de desarmar a los Generales Víctor Baptista y Juan Bautista Araujo, quienes, puestos en plan bélico, desencadenaron la infeliz aventura que dio fin a la fuerza de los viejos partidos regionales. García era hombre enérgico y valiente. Menudo, alegre, culto, se hacía apreciar con facilidad. Apretaba con mano enguantada y, hasta donde érale posible, detenía la acción punitiva. Pese a haber llevado a Trujillo una misión funesta contra los hombres del Estado, supo hacerse agradable y conquistar amigos. En sus manos puede decirse que quedó destrozada, como fina espada, la antigua hegemonía caudillesca de Trujillo. Los jefes que no pudieron salir al Exterior se remontaron a sus predios rústicos, como el General Juan Araujo, y otros, como Federico, se fueron al quilombo de los páramos solitarios e inaccesibles.* Muchos fueron hechos presos y remitidos a San Carlos.

Entre el grupo de trujillanos fieles al baptistismo, se produjo un estado mortal de desaliento, el cual curaba en parte con la noticia, siempre falsa, de la inminente invasión de los caudillos, que en el Exterior comenzaban a planear el derrocamiento del General Gómez, mantenido en el mando, tanto por la fortaleza del régimen y la saneada economía de la República, cuanto por la desavenencia que reinó entre el valioso grupo de sus opositores, quienes, cuando lograron unirse en 1935 para una acción seria que comandaría el General Régulo Olivares, tuvieron la sorpresa de la «prematura» muerte del viejo Caudillo de Diciembre, según se escribió en alguna crónica por 1936.

Amigo entusiasta de los Baptista era el periodista y poeta Víctor Castillo Rocha, alegre y travieso hacedor de chistes, a quien miraba

* Quilombo es palabra negra, que significa sitio oculto. Queda en la región como recuerdo de los escondites de los negros cimarrones.

con simpatía toda la gente de Trujillo. No sé en realidad el móvil que le empujó a la arriesgada jugarreta, pero es lo cierto que un día el General García recibió un telegrama del General Gómez, en que el Caudillo transcribía, junto con la orden de prisión, un mensaje de Castillo Rocha concebido en estos términos:

«General Juan Vicente Gómez.—Maracay.—Mane. Tecel. Fares. Víctor Castillo Rocha».

Cuando el General García citó a Castillo, éste le explicó el sentido del aviso fatídico dado a Baltasar, con el cual, a la vez, él quería anunciar a Gómez su ruina inminente. García rió del apunte y dijo al General Gómez que no creía de ninguna utilidad castigar al festivo arúspice. En libertad quedó Castillo y García con la satisfacción de tempear el rigor del régimen. Era él hombre valiente que, lejos de hacer mérito con la persecución de los enemigos del gobierno, entendía que servía mejor al Jefe restándole enemigos.

EL DOCTOR JOSE GREGORIO HERNANDEZ

UNA DE LAS MÁS claras presencias trujillanas en el orden de la cultura nacional la representa el doctor José Gregorio Hernández, de fugaz actuación en el Estado Trujillo. Sabio eminente, su nombre quedó unido a la historia médica de Venezuela, por haber sido quien primero explicara en la Universidad de Caracas Histología normal y Bacteriología. Escritor atildado y profundo cristiano, dejó un texto de Filosofía ajustado a las normas de la «filosofía perenne». Un día se sintió más de Dios que del mundo y abandonó a Caracas para venirse al Viejo Mundo, ya no en pos de ciencia humana, sino del silencio de la Cartuja. Sin embargo, no era su vocación, a prueba dos veces, para religioso de hábito sino para religioso seglar, y a poco Caracas lo tuvo de nuevo a la cabeza de su numerosa clientela y la Universidad al frente de su vieja Cátedra. Los pobres, sobre todo, debieron de celebrar el regreso de Hernández, pues éste para ellos fue, más que médico, un verdadero padre, que les dejaba, junto con el récipe, las monedas para adquirir la medicina. Hombre verdaderamente cristiano, ejerció la religión del amor al prójimo en forma absoluta y el menosprecio a sí mismo hasta promover la burla de su persona, por medio del uso de trajes de colores un tanto ridículos. Su ciencia le valió el elevado respeto de sus colegas y su virtud la admiración del pueblo entero. Cuando murió en 1919, el pueblo le ofreció un homenaje que anunciaba la suerte futura de su nombre. Las candelas que la gente humilde prendió para acompañar al féretro, eran anticipo de las velas litúrgicas que iluminarían su imagen en el altar cristiano, a donde lo lleva la causa de beatificación ya introducida canónicamente.

Cultivaba el doctor Hernández el trato social. Su presencia era recibida en los severos hogares de su tiempo como timbre de honor. Había todavía en la vieja Caracas la costumbre de hacer visitas. Se hacía aún vida de hogar, en aquellos buenos tiempos en que las familias

no habían trasladado a la mesa verde y a la cantina del club o a la alegre piscina pública o privada, el eje de la vida hogareña. En cierta oportunidad visitaba el doctor Hernández el hogar de una distinguida familia caraqueña, donde era malquerido el régimen gubernamental, y el ataque al General Gómez avanzó hasta convertirse en ataque para los hombres de la región andina. Cuando se habían dicho ya cosas tremendas contra la gente de la Cordillera, una de las señoras cayó en la cuenta de la oriundez trujillana del doctor Hernández y le pidió, muy avergonzada, excusas por el ataque irrogado a los andinos. El doctor Hernández le respondió:

—Puede seguir usted libremente, señora. Ya yo me dejé de eso.

* * *

Cuentan que un mal estudiante aplazado en los exámenes de fin de año, se atrevió a amenazar al doctor Hernández con darle de palos. El ilustre profesor se limitó a decirle:

—Me haré el cargo de que pasó por encima de mis huesos un carro de basura.

* * *

Sin embargo, entre las anécdotas atribuidas a nuestro sabio y santo conterráneo, corre una que me refirió en 1925 el doctor José Vicente López Rodríguez, médico ilustre y caballero correcto, quien recibió lecciones del profesor inolvidable. Esta anécdota se aleja aparentemente de la sencillez y de la humildad que le eran geniales, mas apunta a un plano educativo que le da relieve singular. En función profesoral él estaba obligado a mostrar hasta dónde poseía recursos de ciencia y de letras. Es el caso de que mientras explicaba su lección de Bacteriología, un muchacho atrasado y de modales poco correctos, lo interrumpió para preguntarle por qué pronuncia Pasteur con fonética española, debiendo decirse *Paster*. No le respondió Hernández y pronto volvió a decir Pasteur con la más clara dicción castellana. Tornó el impertinente a hacer la misma pregunta; entonces el doctor Hernández, después de mirarle con profunda atención, dirigió la vista hacia el grupo curioso de estudiantes y prosiguió la lección en el más claro, fluente, sonoro francés...

BACHILLER RAFAEL RANGEL

DISCÍPULO APROVECHADO y predilecto del doctor José Gregorio Hernández, su conterráneo el betijoqueño Bachiller Rafael Rangel superó con creces en el mundo secreto de los microbios la mirada rapaz del Maestro. Sin haber concluido la facultad médica, los experimentos científicos de Rangel diéronle fama extraordinaria. En el silencio del laboratorio perseguía el sabio precoz los microorganismos que disminuían el potencial vital de los hombres y de los animales en Venezuela. Para él eran problemas igualmente graves la «himbombero», que atacaba a los seres humanos, como la «derrengadera», que enfermaba a los bovinos. Con la misma devoción científica investigaba la peste bubónica que el «grito» de los chivos. Su preocupación fundamental era servir a la ciencia universal y a la sanidad de Venezuela. Mas, a medida que crecía la fama del sabio, se ponía en resalto la enemiga de sus émulos: El campo técnico de Caracas era estrecho para las ansias de investigación que animaban a Rangel. Poco le importaba el doctorado. Mas le interesaba atesorar ciencia. Hernández andaba por Europa, a causa de su aventura mística. Entre sus colegas aumentaba la inquina y la envidia, opuestas a que creciera la figura del humilde sabio. Se le destinaba a cargos subalternos y se le negaban medios para salir a centros mejores, donde la experiencia científica le permitiera ampliar el campo de su investigación. Su anhelo no era París ni Londres. Su meta fija era Calcuta, donde funcionaban acreditadísimos laboratorios dedicados al estudio de las enfermedades tropicales. Todas sus gestiones estaban encaminadas a ganar una beca que le permitiese trasladarse a la lejana India.

Era de origen pobre el Bachiller Rangel, y, a más de pobre era de color. En Venezuela ha ocurrido un caso esperanzado y alegre de superación racial. Buen descendiente de españoles, el criollo venezolano no se ha desdeñado de alternar ni de mezclarse con el negro. Nuestra llaneza ha llegado a producir un fenómeno psicológico cargado de optimismo: los negros se sienten blancos. Nuestra trama histórica está

formada por las acciones entrelazadas de los criollos, de los mestizos y de los pardos. Quien pacientemente estudie el enredo genealógico de muchas de nuestras más grandes figuras políticas e intelectuales, encontrará raíces hundidas en el obscuro dolor de los viejos esclavos. Sin embargo, no han faltado momentos en que la lucha personal ha puesto a flor de ataque los orígenes negros de muchos hombres. Cuando se ha tratado de zaherir a personas de recia estructura psíquica y de superado juicio social, el denuesto se ha deshecho como vana burbuja contra roqueño muro. El caso de Rangel fue muy diverso. A su pobreza económica, agregaba pobreza física. La vida se le hacía difícil, tanto por carecer de los debidos recursos como por sentirse agobiado por la tuberculosis, para soportar las exigencias del trabajo. Este nivel de insuficiencia material se reflejó en su espíritu en forma de complejo que lo agotó para la lucha. La hostilidad de sus enemigos lo puso en condiciones de aplanamiento. Las desviaciones interiores al ganar constancia e intensidad, terminaron por destruirle las resistencias morales. El se sentía ya moralmente perseguido y menospreciado, cuando un grupo de amigos pidió al Congreso de 1909 que le fuera concedida una beca para seguir estudios en Universidades extranjeras. La enemiga contra el gran sabio se hizo sentir en el seno del Parlamento. Una voz sombría, egoísta, inhumana comentó que no era airoso para el país estar representado en el Exterior por un negro. La inhumana, egoísta, sombría voz del parlamentario llegó hasta el ánimo decrepito de Rangel. Ya no pudo resistir más, y en el silencio del laboratorio una inyección concentrada de sublimado de mercurio puso fin a su vida extraordinaria.

La tragedia de Rangel sirvió de tema para el fino y olvidado drama «La sombra», del también olvidado y fino escritor Salustio González Ríñones. Nombre, en verdad, simbólico de la tragedia tenebrosa que se ha cernido sobre numerosos valores venezolanos, en quienes ha hecho presa el encono agresivo de los que sienten tristeza del bien ajeno.

Cuando el sabio Hernández —padre científico de Rangel— comentaba el fin doloroso del discípulo, anunció la hora de la reparación inútil.

—Me duele por su alma y por lo que pudo dar —decía el Maestro—; pero, a pesar de que lo persiguieron por negro, día llegará en que su figura en blanco mármol mantendrá entre las futuras generaciones el recuerdo de la luz que derramó sobre la ciencia patria...

EL DOCTOR JUAN NEPOMUCENO URDANETA Y EL GENERAL TIMOLEON OMAÑA

NO ES DE EXTRAÑAR que esta historieta salte entre dos caballeros con toda la barba. En el Centro aun se alude a los barbudos trujillanos. Epoca existió en que la barba fue una manera de rito entre la gente de Trujillo y pueblos hubo, también, donde jamás las personas se afeitaban. Así, cuéntase que al llegar en cierto tiempo antiguo un viajero alemán a algún lejano pueblo del distrito Boconó, cayó en la cuenta de haber dejado en la capital su magnífica navaja barbera. Pidió al posadero las señas de algún fígaro y luego encontróse frente al rústico barbero, quien para rasurarle le hizo echar boca arriba sobre una mesa. Al concluir la operación, el alemán preguntó al maestro la razón de aquel sistema de horizontal acomodamiento. Con la mayor sencillez, el barbero respondióle que en aquel pueblo sólo se afeitaba a los muertos y que, por consiguiente, no tenía práctica de rasurar gente sentada. El apunte cae bien cuando se trata de hablar de dos barbudos de la región, así uno de ellos no fuese trujillano, aunque tuviera sangre de Trujillo por sus ascendientes Briceños. El otro era trujillano físico, como allá suele expresarse la autenticidad, así el apellido Urdaneta indique la inmediata oriundez marabina. El doctor Juan Nepomuceno Urdaneta era hijo del prócer Juan N. Urdaneta y de doña Ignacia Valcarce Pimentel, hija del también prócer don Manuel Felipe Pimentel. Figura ilustre del Foro de Trujillo, el doctor Urdaneta alcanzó a ostentar, por sus altos años, el título de decano de los abogados de Venezuela. En 1886 ocupó la presidencia del grande estado Los Andes. En Trujillo profesó distintas cátedras en el extinguido Colegio de primera categoría y presidió frecuentemente el Poder Judicial. A principios del presente siglo, la figura del doctor Urdaneta ponía cuotidianamente una extraña nota en el paisaje urbano de Trujillo. Apegado a las antiguas modas, vestía media levita, se tocaba con el sombrero de copa recor-

tado, llamado «Reforma», y se ataviaba siempre con vistosos chalecos de velludo. Su figura enjuta y larga, con el rostro hecho más largo aún por la barba en punta, le daba un extraordinario parecido con don Quijote. Todas las mañanas bajaba desde su casa, situada en la calle Independencia, entre las esquinas de los Duranes y San Francisco, hasta su viejo establecimiento mercantil, ubicado en la calle del Matacho. Era ésta una vieja tienda de telas, ya sin movimiento alguno, fuera de la venta que a bien tuviera hacer el doctor Urdaneta, cuando le iba en gana interrumpir el trabajo de escritorio, pues esto más que todo era, en realidad, aquel penumbroso lugar, donde por consunción agonizaba un desatendido comercio. Al llegar a su antiguo fondo mercantil, el doctor Urdaneta cambiaba el levitón por una negra americana de alpaca y los lustrosos botines por cómodas pantuflas de velludo, bordados de hilo de oro, mientras se cubría con el viejo birrete de lo mismo, recamado de palmas doradas y con roja borla pendiente a un lado. Era aquél el atuendo íntimo de los doctores. La borla roja o amarilla fue signo de altísima distinción ante las miradas del pueblo, cuando merecía tanto el ser doctor. Muchacho de cortos años, tenía que pasar con frecuencia al lado del severo anciano. ¡Ah, cómo me tentaba la idea de poder ganarme el derecho de llevar sobre la cabeza un birrete igual al del viejo don Juan!

Por ahora memoro un pequeño episodio ocurrido alrededor de 1915, cuando presidía los destinos del Estado el recio General Timoleón Omaña, hombre fuerte, cuya actuación precisa varios ángulos para ser juzgada con equidad. Fue duro en la persecución de los viejos políticos del Estado, pues autorizó los desmanes de los cuerpos llamados «sagradas», que el Gobierno nacional destacó para apresar y castigar a los jefes y oficiales araujistas y baptisteros. En el campo del orden social, tuvo el mérito de haber impuesto el respeto debido a la autoridad y de haber acabado con el pavoroso sistema del «tiro de cachito»,* tan en boga pocos años antes. Durante el gobierno de Omaña, los muchachos transitábamos de noche los solitarios caminos del Estado. En el terreno del progreso material, si bien de valor subalterno para juzgar la eficacia de un régimen, inició Omaña los grandes avances de las carreteras, el alumbrado eléctrico, el acueducto, el arreglo de puentes y la liquidación tenaz de la plaga de langosta, que había invadido al

* Tiro de cachito vale por tiro a mansalva.

Estado desde 1912. Amigos entusiastas y enemigos feroces suscitó la conducta de Omaña. Algunos coinciden en reconocerle un saldo favorable en lo que dice a orden y progreso material; otros lo consideran duramente por su rigor contra el enemigo y su menosprecio por la dignidad humana.

Pese al severo talante, Omaña era hombre de trato ameno y un buen conversador, de quien se decía si era o no inclinado a lances de humor entre los íntimos. La distinción natural de su físico acrecía en gracia a una bien cuidada «boulanger» de tono castaño, en la que saltaba una que otra cana, y a las doradas gafas, tras las cuales apuntaba la mirada penetrante de los ojos azulencos. Conversador alegre, tuvo el buen gusto de hacer su tertulia habitual en la plaza Bolívar, frente al Palacio de Gobierno y a su casa de habitación, bajo la umbrosa fronda de las verdes guaduas, que entonces sombreaban en nuestra plaza principal. El doctor Urdaneta solía pasar frente a la tertulia de Omaña y a veces se detenía para saludar de mano al Presidente. Estaba tomado el patriarca de nuestro Foro de un asma cardíaca, que le impedía caminar libremente. Si lo hacía, era sólo en razón de la voluntad inquebrantable que le acompañaba. Lentamente se le veía subir o bajar las empinadas calles de la ciudad. En el silencio de Trujillo, desde el interior de las casas se percibía el jadeo angustioso del doctor Urdaneta.

Por el tiempo de este apunte, ejercía la Presidencia Provisional de la República el doctor Victorino Márquez Bustillos, con quien el doctor Urdaneta mantenía una vieja enemiga desde el siglo anterior. Al acercarse a la tertulia de Omaña el doctor Urdaneta, el Presidente dijo a los presentes: «Ya verán cómo hago que a don Juan se le calme el aceceo».

Presente ya el ilustre abogado y cruzados los saludos de rigor, el General Omaña le dijo:

—Aquí estamos, doctor Urdaneta, con la gran pena de la muerte repentina del doctor Márquez Bustillos.

—Bueno, y ¿cuándo vino la noticia? —preguntó con calma y tomando asiento el ya sosegado enfermo.

EL DOCTOR SANTIAGO FONTIVEROS

EL DOCTOR SANTIAGO FONTIVEROS vino desde el Táchira a Trujillo a fines del siglo XIX. Se arraigó en tal forma en tierra trujillana, que se le miró siempre como hijo de la región, al igual del doctor Victorino Márquez Bustillos, del doctor José Antonio Tagliaferro, de don Rafael Gallegos Celis. En las viejas contiendas bélicas del Estado intervino como aguerrido oficial de línea y, fuera de él, salió en compañía de los grandes caudillos trujillanos. En La Victoria, donde Leopoldo Baptista salvó al Gobierno con su audaz asalto al cerro del Copey, el doctor Fontiveros era Jefe del Estado Mayor.

De carácter ríspido, se temieron siempre sus contundentes respuestas. De conducta reservada, cultivaba poco la relación social. Su círculo era muy pequeño, pues entre su persona y el público se extendía una fría cortina de respeto y de temor. Su rectitud como funcionario fue proverbial en Venezuela. Durante el gobierno del General Cipriano Castro ejercía la administración de la Aduana de Maracaibo, cuando desembarcó en cierta ocasión con un gran equipaje, traído de Curazao, doña Nieves Castro de Parra, hermana del General Castro. Al anunciarle el Interventor la presencia de los bultos, el doctor Fontiveros ordenó que fuesen examinados escrupulosamente. La señora protestó y se quejó al hermano, a quien ya el doctor Fontiveros había anunciado el comiso del cuantioso contrabando. Castro respondió con la aprobación de la conducta del severo funcionario. Durante el gobierno del General Gómez desempeñó la cartera de Fomento, a la cual renunció por cuanto en la Cámara fue improbadado un contrato sobre una concesión de línea telefónica por él celebrado, esto a pesar de no tener carácter parlamentario nuestro sistema ministerial. De 1919 a 1924 ejerció la Presidencia del Estado Trujillo. Se esmeró por el funcionamiento del Poder judicial y porque los jueces aplicasen penas severas

a los criminales. No intervenía el doctor Fontiveros en el curso de los tribunales, así se atribuyese funciones patriarcales que excedían los propios alcances del Código de Policía. En busca de la prontitud de la justicia, él se abocaba al conocimiento de una serie de cuestiones que correspondían a las autoridades ejecutivas subalternas, a las cuales recomendaba el arreglo de las controversias, previo estudio y consulta que hacía con personas entendidas. Su casa se veía siempre vacía de áulicos, mas llena de infelices que iban hasta él en pos de solución para sus diferencias. El aspecto patriarcal que le daba la huguesa barba de espuma, la sencillez de su vestir, la pobreza del ajuar que le rodeaba, más hacían pensar al verle en un viejo y hosco dueño de hacienda que en un jefe político. Alumbrado de un rapaz sentido de la justicia y empujado por su vocación de implacable rectitud, las sentencias proferidas por el doctor Fontiveros eran inapelables, no en razón del poder discrecional que en aquel tiempo era reconocido a los gobernantes, sino por el acierto que las acompañaba.

Antes de haber sido Presidente del Estado, el doctor Fontiveros había ejercido la Secretaría General de Gobierno y la Tesorería General del Estado. Este cargo lo desempeñaba por 1906, cuando ejercía la Presidencia del Estado el General Pedro Araujo. Figuraba entonces en el Presupuesto de Gastos de la Administración un capítulo llamado «Imprevistos», contra el cual giraba libremente el Presidente, para el pago de las llamadas «comisiones del servicio público». En cierta oportunidad, el General Araujo, o el General Pedro, como cariñosamente le decían en Trujillo, urgido de fondos para avituallar una tropa que, de orden de Castro, enviaba a Barquisimeto, acordó un pago que sobrepasaba las disponibilidades del capítulo, y el doctor Fontiveros negó su efectividad. Volvió de nuevo el empleado de la Presidencia con la instancia del pago, a lo que el doctor Fontiveros dijo al recadero: «Diga usted al General Araujo que me señale el artículo de la ley por el cual estoy autorizado para hacer dicho pago». De nuevo se presentó el emisario del Presidente con el siguiente recado: «Le manda a decir el General Pedro que él necesita dinero para la tropa, y que si no paga el recibo, le envíe la renuncia de la Tesorería». Sin enfado alguno y más abultado el tropiezo de lengua que le era característico, respondió al enviado del Presidente: «Dígale al General Araujo que ni pago la orden ni renuncio la Tesorería; que si quiere tumbarme, que me tumbé de su cuenta».

Ese era el modo áspero y recto de obrar aquel singular personaje, recordado en nuestra historia política por su indesviable apego a la ley y al orden, en medio de un sistema que en general los contradecía. Político de sangre, prefirió, sin embargo, el trabajo de la tierra, que no dirigía gritando desde el lomo de las bestias, sino pareado sencillamente con el paciente conuquero o con el rudo cortador de cañas. De liquiliqui, sombrero de cogollo y humildes alpargatas, recibía a sus relaciones sociales, con la misma naturalidad y desenvoltura con que vestía el frac o la levita en la severa función pública.

DOÑA MARIA DOLORES MANNUCCI DE ARAUJO

INOLVIDABLE EN LA MEMORIA de la ciudad de Valera es el recuerdo de doña María Dolores Mannucci de Araujo. Consagró esta ilustre matrona los mejores años de su vida a la educación de la mujer valerana. Mujer de temple entero, a toda hora mostró el nexo de sangre que la unía con el prócer don Vicente de la Torre y con su corajuda hija, la guerrillera doña Bárbara. Esta probó su vocación de servir a la Patria asumiendo el mando de intrépidos soldados, aquélla sirvió en las filas de la educación pública. Con doña Carmela Sánchez de Jelambi y las Alvarez de Lugo forman el foco que marcó las buenas luces para la formación de la Valera de principios de siglo.

El colegio de doña María Dolores contaba, además, con la aportación valiosísima de sus hijas Ana y Pepita, hoy señoras de Abreu y de González Pacheco, respectivamente, ambas educadas en la fría Bogotá y poseedoras, con el fino adorno de las buenas letras, del mismo señorío de la gran madre.

Altiva e imperiosa, doña María Dolores se hacía respetar no sólo de sus jóvenes alumnas, pero además de todos quienes valoraban su meritísima labor en beneficio de la comunidad valerana. Servir los intereses del colegio por ella regentado era un deber que bien lo medían los valeranos, empeñados siempre en contribuir al mejoramiento de la localidad. Había, en realidad, un sentido cívico que llevaba a apreciar en su justa dimensión el mérito de los institutos educativos. Tenían los valeranos empeño porque lucieran el Colegio de Santo Tomás el Colegio de Niñas, las escuelas primarias, los periódicos y las demás empresas culturales que animaban sus hombres dirigentes, a cuya cabeza estaban Monseñor Miguel Antonio Mejía, Américo Briceño Valero, José Antonio Tagliaferro, don Federico Vetancourt, Pompeyo A. Oliva, Juan Ignacio Montilla, Wenceslao Martínez Aldana, José Aman-

do Mejía, Francisco Sánchez, Rafael Terán, Jesús Briceño Casas, Víctor Rosa Martínez, José Luis Faure.

Los exámenes que pasaban las niñas del Colegio de doña María Dolores eran por demás fuertes y con frecuencia se repetían los años. Al final de curso, fue suspendida en segunda ocasión una chica, cuyos padres estaban por demás interesados en que ganase buenas calificaciones. No haciendo el debido discernimiento del caso, el padre de la suspensa fue a reclamar a la directora en términos bruscos e irrespetuosos por lo ocurrido a la hija. Doña María Dolores no se inmutó ante la andanada de denuestos que le prodigaba el irritado pulpero de «El Bolo», y cuando éste hubo callado, se limitó a responderle:

—Mire, señor. Su hija no estudia ni tiene maneras. Yo quiero que ella vuelva durante uno o dos años más, para que pierda la brusquedad y los malos modales que usted le enseña en razón de su carencia de cultura. Yo le disimulo a usted sus palabras irrespetuosas, porque es usted un ignorante; en cambio, aspiro a que su hija no tenga mañana necesidad de que le disculpen la incultura.

Así doña María Dolores de Araujo, como Monseñor Mejía, como las Alvarez de Lugo, educaban a la par a jóvenes y viejos.

ALGUNOS ESCRITORES TRUJILLANOS Y EL DOCTOR INOCENTE DE J. QUEVEDO

SI VENEZUELA ES UN PAÍS de escritores inacabados, Trujillo es región donde se abulta esta dolorosa circunstancia. Sin mirar a las figuras semifrustráneas de mediados del siglo XIX, basta recordar a las que apuntaban con signos de madurez cuando comenzó el siglo XX, entre quienes, ya segada prematuramente la extraordinaria promesa de Pedro José Saavedra, se destacan Rafael García González, Angel Carnevali Monreal, Julio Helvecio Sánchez, Rafael Colina Montilla e Inocente de Jesús Quevedo. Saavedra, muerto en la flor de la juventud, ocupó precozmente el Ministerio de Relaciones Exteriores y recibió, cuando hizo colación del doctorado en la Universidad de Caracas, espléndido homenaje de Guzmán Blanco, siempre dispuesto a presidir los grados universitarios. Rafael García González, orador, abogado y escritor finísimo, es aún recordado como una de las más brillantes cabezas que ha producido el Estado. De él escuché a Gil Borges los más encumbrados elogios. «Entre mis compañeros de Universidad, no recuerdo ninguno que igualara en claridad y brillo a García González», me decía el Maestro en cierta ocasión. De Angel Carnevali Monreal tenía a boca de imprenta una dificultosamente lograda colección de sus trabajos cuando abandoné a Venezuela. Se le alaba, aún sin conocerse la plenitud de su obra, en razón de la fama que ganó como hablista y como orador, ayer exaltada por plumas de la autoridad literaria de César Zumeta y de Rufino Blanco Fombona. De corte cervantino, Carnevali labró estilo y tejió ideas. De la vieja escuela de Eduardo Calcaño, su verbo poseía el don incandescente del relámpago y el brillo sereno de los crepúsculos otoñales. Julio Helvecio Sánchez fue grande abogado, profundo pensador y orador admirable. Era feo de sobra, mas en la tribuna su rostro se iluminaba como si hubiera sido tocado de luces píticas. Rafael Colina Montilla dejó el recuerdo de una pluma fulgurante y de un talento extraordinario.

Inocente de Jesús Quevedo comenzó a mostrar la vocación literaria cuando cursaba estudios de leyes en la Universidad andina. La tribuna y la lira le ofrecieron ocasión y notas propicias para exhibir sus dotes singulares de orador y para derramar la alta inspiración de su numen. Preocupado por los problemas de la política, escribió artículos brillantes, que le destacaron como una de las plumas más vigorosas para el combate cívico. Eran tiempos en que la Cordillera se veía azotada por las fuerzas del Centro, a quienes, más que funciones de orden, parecía encomendado algún encargo punitivo. Venezuela vivía un momento ausente de gravedad nacional, por donde se hacía fácil destituir al brioso oficial que castigó en El Dorado a los invasores ingleses. La periferia de la nación necesitaba hacer sentir su fuerza desde la propia capital. Cuando Cipriano Castro iba hacia Caracas, Inocente Quevedo sintentizó la parte positiva de aquella jornada en frase memorable y cargada de un sentido de unidad nacional: «Al golpear con el pomo de su espada victoriosa las puertas de bronce del Capitolio Nacional, el General Cipriano Castro hará sentir que Caracas no es Venezuela». Como entusiasta de la Restauración, Quevedo fue en 1900 a Trujillo con el cargo de Jefe Civil y Militar, en seguida tornado en el de Presidente Provisional. Dejada la función pública, Quevedo ejerció la abogacía y cultivó la tierra. Más tarde, fue Secretario de Gobierno en Trujillo, Diputado a las Cámaras y Ministro de la Corte Federal, cargo en cuyo ejercicio murió el año 1926.

En alguna oportunidad evoqué al doctor Quevedo tal como lo veía cuando yo era niño y caracoleaba él por las calles de Trujillo su nervioso caballo plateado, pues fue justamente tenido por uno de los hombres de mejor montar de la región. Bridas y pluma eran en sus ágiles manos instrumentos dóciles. A caballo se sentía como en pedestal de mando. Era él hombre para las alturas. No se le recuerda fácilmente al ras de la tierra. Para bien imaginarlo hay que darle su tribuna de estupendo orador o ponerlo sobre el altivo lomo de las briosas bestias. Aun a pie, Quevedo estaba siempre en gesto de tribuna. La voz de módulos autorizados y sonoros, el talante imperioso, el impecable atuendo, el gallardo porte, el rostro noble, llamaban sobre él la atención de los presentes. Su aspecto imponía a la distancia, mas su trato íntimo era amable, generoso, insinuante. Gocé el privilegio de su amistad, y antes de morir me regabala con gratas pláticas nocturnas, ya en su casa de Candilito, ya en la mía de Castán. Heredaba la amistad que le unió

a mi padre y que al suyo unió con mis abuelos, y que en mí se ha prolongado hacia sus apreciables hijos.

Por 1915, el doctor Quevedo era Presidente de la Corte Suprema del Estado Trujillo. Su viejo amigo Ezequiel Vivas, Secretario del General Gómez, lo invitaba a Caracas, pero él prefería la vida de provincia. En cierta oportunidad en que Quevedo asistía a la tertulia que el Presidente Omaña mantenía bajo el bosque de guaduas de la Plaza Bolívar, el Presidente hizo que le leyeran la proclama de entrada de siglo, dirigida por Quevedo, como gobernante del Estado, a los habitantes de Trujillo. La proclama estaba escrita en la literatura rococó de fines del siglo XIX y cargada de epítetos laudatorios para el Caudillo de la Restauración. El propósito de Omaña era molestar al doctor Quevedo con el recuerdo de su castrismo, en una época en que era por demás peligroso decirse amigo del «Invicto», ora vencido. Pero Quevedo no era hombre de poco, y con el garbo que dábale carácter respondió a la sonrisa velada de los contertulios más o menos lo siguiente:

—Hoy, seguramente, la hubiera escrito en mejor prosa, pero la amistad que en ella expreso hacia el General Cipriano Castro, en nada me sonroja. Fui su amigo y su colaborador en Trujillo, justamente cuando iniciaba él una gran política, que frustraron los permanentes intereses de la oligarquía. Negar yo mi vieja amistad con Castro sería como sustraerme una vértebra de la espina dorsal. Para andar entero y poder con la cabeza alta pregonar mi hombría, necesito la integridad de la propia memoria, cuyo cultivo evaden los traidores.

—Esperaba yo que así hablase usted, doctor Quevedo —le dijo amablemente Timoleón Omaña.

EL PBRO. JOSE MARIA GRATEROL

LA PERSONALIDAD del Padre José María Graterol comenzó a hacerse historia el año 1917, cuando en su carácter de Cura Párroco de la población de Pampán consagró solemnes honras fúnebres al alma de Rubén Darío, en la oportunidad del aniversario de la muerte del gran poeta que, con escándalo de los pseudo-clásicos, había realizado una transformación profunda en la poética castellana. Para los ortodoxos a ultranza, Rubén Darío era un hereje, con categoría paralela en el orden de las letras a la que en el campo teológico distingue a los reformadores del siglo XVI. Nuestros oídos juveniles estaban fatigados de los denuestos contra la revolución rubendariana y contra las formas poéticas de Lugones, que en la cátedra de preceptiva literaria habíamos oído de nuestro gran Maestro, el futuro Monseñor Mejía. La forma literaria nueva se consideró reñida aún con la dignidad de las letras católicas. Un himno eucarístico en estilo rubendariano hubiera sido en aquel tiempo un exabrupto semejante a una misa actual con compases de mambo. Para cierta epidermis ultratradicionalista, las honras fúnebres ofrecidas a Rubén Darío por el Padre Graterol tuvieron la misma dimensión de escándalo que provocaría hoy el homenaje de una academia tomista a la memoria del filósofo liberal José Ortega y Gasset.

Graterol tenía por entonces pocos años de ordenado. Se le vio siempre como hombre inteligente, pero se le pusieron tildes relacionadas con cierta libertad en sus hábitos. Más tarde pasó a la Cura de almas de la Parroquia Chiquinquirá, donde se hizo al aprecio de Trujillo, en razón de su espíritu chispeante y de su extraordinario gracejo. Entre sus feligreses ganó fama de liberal y de endiablado, y a poco su confesionario se vio poco frecuentado de doncellas; en cambio, a él acudían hombres y mujeres caídos, con menor temor que a los sordos oídos del virtuosísimo Padre Carrillo, tan conocedor de la vida de sus

feligreses que, sin confesar los pecados, él recordaba a los penitentes las recientes caídas.

Pese a una fonética desaliñada, Graterol gozaba la auténtica gracia de las gentes; con un medio mejor y con mayores recursos, habría lucido como uno de esos finos abates renacentistas, que sabían jugar con las rosas y las espinas de la vida. Lentamente Graterol fue perdiendo a temprana edad la vista, pero a medida que le faltaba la luz de fuera, su palabra se fue haciendo más fina, más cortante, más alegre.

Alguien debe de haber recogido en Trujillo el largo anecdotario de este curioso personaje, denigrado por algunos, exaltado en su bondad por otros. Yo lo miré siempre como un doloroso caso de hombre inacabado y destruido en parte por el propio medio. Sobre cualquier desenfado censurable en su discurso, admiré el profundo sentido de humana, real, desgarrada filosofía que animaba sus apuntes y sus chistes. Murió lleno de dolor, en la absoluta ceguez. Jamás perdió la alegría, y como consuelo que compensara su tiniebla, decía con frecuencia: «Ahora, en la obscuridad, veo mejor. Ya ni percibo la sombra de mi sotana».

Alguien refirióme que en los buenos tiempos en que Graterol concurría a riñas de gallos, a las cuales era afecto a ley de trujillano, miraba atentamente la operación corriente de superponer espolones metálicos a las protuberancias bélicas de los briosos plumíferos, a fin de que los naturales instrumentos de agresión adquiriesen mayor eficacia. Graterol se dirigió al amigo del lado y en tono compasivo, le comentó:

—Llegó el momento de *humanizar* a los pobres gallos.

Mordaz, objetiva, discreta definición de lo que en realidad son los instrumentos inventados por el hombre civilizado para aumentar su natural capacidad de agredir y repeler.

MONSEÑOR DOCTOR ANTONIO JUSTO SILVA

BUENO, SENCILLO, GENEROSO, el doctor Antonio Justo Silva fue respetado y querido por todos los estudiantes que frecuentamos las viejas aulas de la Universidad de Mérida. Un poco bajo, dos pocos regordete, pausado en el andar, sonreído siempre, en la mano el grueso bastón, tocado del clásico bombín, la figura del viejo Silva era familiar en las calles de la Mérida olorosa a pino y vestida de niebla, que ha dado lentamente paso a la nueva Mérida, impregnada de los acres olores de la gasolina y diluída en una inútil, complicada y, ¿por qué no?, estúpida numeración urbana. Desde temprana edad había dejado la nativa tierra trujillana, para ir a establecer casa en Mérida y dedicarse a la enseñanza en sus ramas secundaria y mayor. Saludó con buen éxito diversas Facultades, y así lucía borlas de Medicina, de Derecho y de Cánones, que le permitían profesar asignaturas varias.

Hombre de fe basáltica, se preocupaba intensamente por los problemas eclesiásticos, y cuando en Mérida ocurrió el año 1913 la ardorosa guerra teológica que dividió a la población, el doctor Silva tomó partido en el bando que censuraba el apoyo que el grande obispo Silva daba a la causa del Padre Evaristo Ramírez. No se limitó Silva a opinar en conventículos, empero avanzó a calzar con su firma una enérgica protesta que hería la dignidad del Prelado. Se produjo la consiguiente excomunión, con aparato de cedulones y lúgubres tañidos de campanas. Era hombre de temor religioso, y para las prácticas devotas del doctor Silva, aquello repercutió como una catástrofe moral. El buen cristiano, no pudiendo resignarse a vivir fuera de los sacramentos de la Iglesia, se humilló en seguida y pidió la suspensión de la pena. La guerra eclesiástica quedó sin vencedores. Apenas tuvo la lección dolorosa de la humilde sujeción de Silva al peso de las sanciones eclesiásticas. Pasaron los años. El Obispo Silva —porque entre Silvas fue el pleito—

cumplió sus bodas de plata episcopales y entre quienes lo cumplieron estuvo su contrito tocayo. El prelado fue hecho Arzobispo más tarde. Creció su fama y también creció la carga de los años y aumentó la debilidad de la vejez. En julio de 1927, el gran Arzobispo sintió la cercanía de la muerte. De pies se preparó para recibir los últimos auxilios de la Religión. Se hizo revestir de pontifical para el Santo Viático. Entre las personas invitadas al acto figuraba el doctor Antonio Justo Silva, con ardorosa candela en la diestra. De rodillas estaban los presentes, cuando el moribundo, clavando sus ojos profundos y luminosos sobre la robusta humanidad de don Antonio Justo, le pidió perdón por la violencia con que lo tratara en 1913. Hasta la hora de morir mostró su extraordinario carácter el Obispo insigne. Otros creen probar dignidad por medio del insolente despotismo. Silva, cuando celebró los veinticinco años de Obispo, había confesado desde el púlpito su propensión a la soberbia; al morir, se inclinó humildemente ante el católico ejemplar que habíale criticado con escándalo un error de gobierno.

Terminado el acto extraordinario, alguien se acercó al doctor Silva con palabras congratulatorias. El noble, cristiano, piadoso viejo le respondió con humildad:

—Yo me felicito por la entereza del Obispo, no porque me haya pedido excusas en público. Si de algo pudiera sentirme feliz, sería de haber resistido la prueba antigua que me llevó a humillarme ante él, cuando fui excomulgado por haber querido servir los intereses vulnerados de la Iglesia.

EL DOCTOR AMILCAR FONSECA

LA GENTE JOVEN de la ciudad de Trujillo no atina en determinar la esquina de los Muñecos. Cuando yo era niño vi demoler la vieja casa, sobre cuyo portal dicen que estaban representados dos hombres en actitud de riña. Muñecos en pugna o viejas figuras heráldicas, lo cierto es que aquella representación dio nombre a la esquina, donde después don Diego Ignacio Rodríguez edificó la casa de dos plantas que hoy es hogar de la estimable familia Cols-Rodríguez. En 1813 la ocupaba el Regidor don José de Gabaldón. En la casa paredaña vivía don José Félix Fonseca.

Don José Félix era abuelo del ilustre historiador trujillano doctor Amílcar Fonseca, a cuya devoción tanto deben los anales de la ciudad. Ciudadano honesto, abogado sin tacha, caballero ejemplar, el doctor Amílcar Fonseca ganó puntos de excelencia en el afecto de la gente de Trujillo. Cultivó su espíritu para el ejercicio de las Letras y del Derecho, sin descuidar el aderezo indispensable de las virtudes personales. Buen amigo, no le hace sombra el recuerdo paradigmático de Melquíades Parra; juez probo, no lo empalidece la memoria austera de Nemesio Sáez; tinoso en el consejo, no se le adelanta la fama que aureola el nombre de don Ezequiel Urdaneta Maya; humilde y servicial, nada le gana Neptalí Valera Hurtado. De mediana estatura, grueso de vientre, rostro siempre rasurado y sonriente, cabello prematuramente blanco y tocado al plato, airoso y pausero en el andar, grave y fino de palabra, su figura, de cerca o de lejos, imponíase al respeto. En la ciudad de Trujillo fue de todos querido el pulcro caballero, para quien la mayor satisfacción era el cumplimiento del deber. En causas abarrancadas pudo haber tenido oportunidad de labrarse una fortuna. En cambio, miró la pobreza como veste honrosa, la cual no tomó empeño en desvestirse. Buen filósofo, sabía de la riña secreta que mantienen el decoro y la abundancia, y para no traicionar sus compromisos con la rectitud honesta, prefirió sacrificar a su libertad el falso provecho de una holgada hacienda.

El hogar del doctor Fonseca fue para mí una prolongación de mi propia casa. Por 1914 hacía vida de viudo con sus hijos José Félix, José María y José Amílcar. José Félix y yo estábamos metidos en empresas literarias. Con Saúl Moreno, Carlos Briceño Altuve, Manuel María Vargas López Méndez, Manases Capriles y Claudio Llanerías sacábamos el periodiquín «Ariel», que por 1916 convirtiéndose en revista de tiros largos. Nuestra mesa de redacción era el propio escritorio del viejo Fonseca, entusiasta consejero, a la par del doctor Julio Helvecio Sánchez, de nuestras primeras andanzas literarias.

Por aquel tiempo, el doctor Fonseca vivía en la calle de la Independencia, entre las esquinas de la Cárcel y los Carrillos. (¿Se llamarán aún así estas saudosas esquinas?). Al lado de la casa de Fonseca tenía su casa de familia el doctor Fabricio Gabaldón, por entonces Registrador Principal del Estado y depositario de los viejos archivos coloniales, de donde Fonseca extraía las ricas noticias en que abundan sus papeles. La tertulia de Fonseca y Gabaldón era en realidad una Academia de historia trujillana. Al dato de los viejos papeles, Gabaldón sumaba la noticia de su implacable memoria, y para cuando alguno fallara, quedaba el vecino recurso del Procurador Nicolás Monreal Paredes, quien hacía vida misteriosa y huraña en el Callejón de los Carrillos. Nicolás Monreal era por sí solo un archivo cargado de secretos trujillanos, y en conversaciones de entendidos se decía que guardaba sigilosamente el famoso Libro Becerro del Municipio, cuyo paradero se buscaba con Tomás Carrillo Márquez, en Caracas, y con el propio Leopoldo Baptista, en Nueva York.

Con el doctor Gabaldón vivía su tía doña Josefa Gabaldón de Bustillos, anciana venerable, que, sobre honrar la estirpe, daba lustre, también, al recuerdo de su esposo, el inolvidable doctor Diego Bustillos. Todavía a crecida edad, doña Pepa cultivaba el buen humor y la fina chispa, que hicieron de ella una de las más admiradas y brillantes matronas de Trujillo.

—Hace un siglo —decía doña Pepa, refiriéndose a Amílcar y a Fabricio— los bisabuelos vivieron vecinos y fueron muy amigos. Ahora, también los nietos son vecinos. «Dios los cría y el Diablo los junta». Un Gabaldón, fogoso y de malas pulgas, y un Fonseca, moderado y apacible.*

* Amílcar Fonseca: «Orígenes Trujillanos», pág. 829.

DOCTOR JUAN FRANCISCO BUSTILLOS

JUAN FRANCISCO BUSTILLOS, abogado ilustre y generoso amigo, llegó a ocupar en la magistratura judicial el alto sitio de Presidente de la Corte Federal y de Casación. Muy joven, desempeñó la Secretaría de su deudo el Presidente Andueza Palacio. Cultivó las letras con donosura y gracia. Más de un relato suyo recuerdo haber leído en la prensa con referencia a finas anécdotas de que fue testigo, por si no sujeto. De la ciudad de Trujillo se ausentó en 1914, cuando el sistema de las «sagradas» azotaba al Estado, y él, desde la Secretaría de Gobierno, se sentía inválido para atemperar el rigor de las persecuciones hechas a viejos amigos personales.

Familiarmente se le llamaba el «chingo Bustillos», por la prudencia con que Naturaleza le dotó de aquella parte tan importante del rostro. Lo sin gracia del aspecto, el doctor Bustillos suplíalo, en cambio, con sus finas maneras, su discreto humor y su trato brillante y agradado.

Solía referir hazañas, cuya parte peor recaía sobre su propia persona, por donde hacíaese fácil que los otros, llegado el caso, aceptasen sin protesta el estilete de su burla. Buen hijo del doctor Diego Bustillos, no se olvidaba de ser largo con los menesterosos.

Más de una vez oíle contar el caso que le ocurrió con una pordiosera, que frecuentemente acudía a su casa de la Candelaria en pos de la locha o del centavo. La viejecita, cuando recibía la moneda que en sus manos dejaba el doctor Bustillos, le decía invariablemente:

—Dios se lo pague, mi dotor, y le conserve la vista.

Un día el doctor Bustillos avanzó a preguntar la razón del voto permanente que la mendigante hacía por sus ojos, y la pobre, entre sonreída y tímida, le dijo:

—Andá, dotor, ¿y usted no se ha «dao» cuenta «entoavía» de que no tiene dónde ponerse anteojos?...

LA IMPRENTA EN TRUJILLO. POMPEYO A. OLIVA

LA IMPRENTA ENTRÓ en el Estado Trujillo el año 1864, por patriótica iniciativa de don Juan Bautista Carrillo Guerra, quien luego fundó el famoso semanario «El Trujillano», de gratísimo recuerdo en los anales de la cultura regional.* A principios del siglo xx la imprenta estaba hartó difundida en el Estado, y aun pueblos como Tostós tenían su pequeño taller, donde eran impresos programas y novenas. Clausurada la imprenta de don Juan Carrillo Guerra, en Trujillo funcionaban la Imprenta del Estado y la Imprenta Santana. Este taller hogareño lo manejaba el Bachiller José Rafael Almarza, con la amorosa colaboración de sus hermanas. La del Estado dependía del Ejecutivo, y la manejaban alternativamente Andrés Rosales, Aparicio Lugo, Manuel Fernando Mendoza, Joaquín Cegarra, José Eusebio Noveli, abnegados, pacientes, modestos maestros en el noble arte de componer tipos y de imprimir papeles, que de manera silenciosa ayudaron a la expansión del pensamiento trujillano. En Boconó, los talleres de «El Renacimiento» guardaban el recuerdo del brillante movimiento intelectual, dirigido por el doctor Benito Andueza, el doctor Rafael García González, el doctor Marcelino Perdomo Andrade, el doctor Alfredo Baptista Quevedo, el doctor Alejandro Villasmil, prestantes figuras entre el grupo de valiosos intelectuales que dieron vida de luces al antiguo Boconó, y que supieron mantener el entusiasmo sembrado por la vieja Sociedad «Recreativa y de Progreso», tan útil a los intereses culturales de la región. En Mendoza de abajo, el inquieto periodista Manuel María Matheus editaba su periódico «El Avance», rebelde y agresivo frente al propio Gobierno. En Betijoque y en Escuche modes-

* Antes de 1864 había en Trujillo las pequeñas imprentas llamadas de camino, hábiles apenas para moldear tarjetas e imprimir cedulones, avisos, programas y boletines de pequeño formato.

tas imprentas servían de órganos idóneos para la divulgación del pensamiento noble y la expresión de los anhelos locales. ¿Quién no recuerda con cariño la modesta imprenta que don Fernando Segnini regentaba en la población de Pampán? No había entonces en el pequeño burgo trujillano bombas de gasolina ni agencias de «Coca-Cola». El pueblo por donde pasó Trujillo durante su protohistoria andariega vivía de la industria pecuaria. Buenos quesos, sazónadas cecinas y bien curtidos cueros eran los renglones que enriquecían a los vecinos, pero, junto con estas rudas manifestaciones de plenitud económica, lucía, como encendida maceta, el brasero de la pequeña imprenta del viejo Segnini, de la cual se servían escritores de distintas partes del Estado.

Fue en Valera, en cambio, donde alcanzó su máximo desarrollo la imprenta. El espíritu de iniciativa y de progreso que siempre ha distinguido a esta floreciente población, tenía que hacerse sentir de manera notoria en el orden de la publicidad. Ya en el siglo pasado Valera había comenzado a experimentar los beneficios que derivaba de su situación intermedia entre el Estado Mérida y la estación ferroviaria de Sabana de Mendoza, primero, y de Motatán, después. Tuvo desde entonces imprenta y periódicos, como «La Voz de Valera», que reflejaba su crecedera inquietud. Mas estaba reservado al «Centro Industrial» marcar la culminación de la técnica tipográfica de la época. Revistas inolvidables como «Cosmos», órgano del «Ateneo de Valera»; «El Castillo», vocero del pensamiento ductor de Monseñor Miguel A. Mejía, y «Páginas», del inquieto y talentado periodista José Poggioli, tuvieron su hogar en los talleres de dicha Empresa. Pero el «Centro Industrial» no era una mera reunión de chibaletes, máquinas y mesas de imposición. Era, sobre todo, la voluntad de un hombre consagrado con extraordinaria dedicación al arte de la imprenta y a la misión de hacer luces en el ámbito social. Más que provecho material, Pompeyo A. Oliva buscaba la satisfacción de ser útil al progreso de la comunidad, por medio de obras de efectiva cultura. Valera lo recordará siempre por su tesonero empeño de servir. Los que le conocimos y lucramos con su generosa amistad, tendremos siempre de él, junto con la memoria de su vida bondadosa, el grato recuerdo de su modesta humanidad. Mediano de estatura; un poco enjuto, pese a su amplia complejión; de rostro un tanto asiático, por su vecina ascendencia indígena; de paso lento; con la cabeza siempre gacha y los espejuelos rodados sobre la punta de la discreta nariz, al caminar parecía que buscase algo

en el suelo. En Valera, grandes y pequeños rendían el debido homenaje de respeto al modesto, enérgico, abnegado servidor. Esto no empece, cierto día en que hacía el acostumbrado camino de la empresa a su casa de habitación, ambas esquineras con la Plaza Bolívar, en la calle del Comercio, un rapazuelo, movido por la voz del festivo apunte callejero, se le acercó diciéndole con grande ingenuidad:

—Don Pompeyo, ¿quiere que le ayude a buscarlo?

—¿A buscar qué?, interrogó con sencillez el cabizbajo caballero.

—Pues, el mediecito que se le perdió, agregó tranquilamente el chico.*

* Medio se llama la pequeña pieza de plata de veinticinco céntimos de bolívar.

EL DOCTOR VICTORINO MARQUEZ BUSTILLOS

EL DOCTOR VICTORINO MÁRQUEZ BUSTILLOS nació en Guanare alrededor de 1858 y en razón de la Guerra Federal su familia emigró a Boconó de Trujillo, donde pasó sus primeros años e inició su existencia de trujillano castizo. Cuando en Caracas se recibió de doctor en Ciencias Políticas por el año 1884, era ya diputado al Congreso. Su carrera política fue rápida y feliz. Durante el bienio de Rojas Paúl, fue Secretario General del Estado Los Andes; en el período siguiente, ejerció la Presidencia. Comprometido con el movimiento legalista, lanzó la proclama de la insurrección contra el Gobierno que, al vulnerar la consigna anticontinuista, iba contra un principio de que se mostraba celoso y preocupado el pueblo venezolano. Después del triunfo de Crespo, Márquez Bustillos fue nombrado Jefe Civil y Militar de Los Andes, cargo que dejó para asumir el Rectorado del Colegio de Primera Categoría del Estado, en el cual explicó Derecho Civil.

Cuando se trata de anécdotas, no está demás ensartar alguna cuyo sujeto no sea propiamente el personaje de mérito. En el caso que incluyo, el sujeto es el buenazo de Martín «Callao». Mucha gente de Trujillo recuerda aún la extraña figura del Bachiller Martín Briceño (apodado «Callao» por su poca palabra), caballero en flaco rocín, regularmente vestido de negro y siempre tocado de sombrero de bomba. Cierta día de clase, el doctor Márquez Bustillos interrogó al Bachiller Briceño sobre los derechos del feto. El interpelado manifestó no haber estudiado la materia, y ante el reclamo del profesor, el pobre estudiante, entre las risas de los compañeros, declaró: «Doctor, no estudié eso, porque me pareció inmoral». Demás está decir que hasta aquí llegó la aventura jurídica de Martín «Callao», para lo sucesivo concretado a regentar escuelas de primeras letras en los campos de Trujillo.

El doctor Márquez Bustillos alternaba la cátedra con el ejercicio profesional, cuando no ocupaba algún alto cargo público. En Trujillo

fue respetado y querido por la gracia de las gentes que le era peculiar, por su habilidad de pleitista, por el decoro de su vida privada. Pese a lo pequeño de su estatura, Márquez Bustillos tenía talante autorizado. El tono de la voz, la discreción y oportunidad de la palabra, el buen sentido que acompañaba a sus juicios, le daban en los hechos el tamaño que faltaba a sus huesos. En Trujillo fue figura prestante y puntera de la colectividad araujo-baptistera, y como tal acompañó en 1903 a Leopoldo y en 1908 a Trino en la Secretaría General de Gobierno. Ocurrido el tránsito de Castro a Gómez, con el ascenso del doctor Leopoldo Baptista a funciones, más que de Secretario, de verdadero cooperidente, Márquez Bustillos se consideró defraudado en las aspiraciones que comunicó a su compadre Leopoldo, y al concurrir al Congreso el año 1910 como Senador por Trujillo, reconoció al General Juan Vicente Gómez como «Jefe Unico» y, en unión del General Juan Bautista Araujo, formó una agrupación en Trujillo, que restó fuerza al viejo partido de Araujos y Baptistas. En seguida Márquez Bustillos fue nombrado Gobernador de Caracas y en 1913 Ministro de Guerra y Marina, despacho desde el cual colaboró en el proceso que rompió la constitucionalidad y autorizó una reforma de la Carta Fundamental, por donde fue posible la inmediata reelección del Presidente Gómez. Márquez Bustillos fue electo en el ínterin Presidente para sólo un año, mientras en seguida se eligió para un período de siete años al General Gómez. Hábilmente permaneció ocho años Márquez Bustillos al frente del gobierno civil, ya que las armas las comandaba, por nombramiento del Congreso, el propio General Gómez. Se atribuye a Gil Fortoul la frase que dice cómo en Venezuela lo único que dura es lo provisional. Desde 1922 hasta 1935 Márquez Bustillos estuvo separado de la administración. A la muerte del Caudillo, el General Eleazar López Contreras lo designó Secretario de la Presidencia, mas, ante las reservas y objeciones que opuso el público en el primer momento, por ver en Márquez Bustillos el más genuino representante del pasado gomecista, el viejo político declinó el encargo y se fue a pasar algún tiempo en Europa.

La extraordinaria habilidad personal para granjearse voluntades, la puso en resalto Márquez Bustillos en los últimos años de su vida. Había sido denostado por gomecista y luego su casa fue tertulia animada, a la cual concurrían sus viejos amigos políticos, los antiguos desafectos de su actuación personal y los que le denigraron cuando ejerció la Presidencia Provisional. Hombres de acción como Elbano Mibeli, Félix Galavis y León Jurado, que habían estado distanciados

de él, lo rodearon en forma tan decidida y entusiasta, que a la hora de su muerte —enero de 1941— se le veía en Caracas como centro de un presunto movimiento dirigido a imponerlo como candidato para el período 1941-46.

En el cuadro de nuestra vieja política personalista, en la cual des-collaron Angel Quintero, Diego Bautista Urbaneja, Vicente Amengual, José Antonio Velutini, la figura de Márquez Bustillos ocupa sitio principalísimo. Era hombre fino, prudente, de reacción lenta, de palabra comedida, de mirada rapaz, a quien caía de perlas la definición del agudo Roberto Vargas: «El viejo Márquez —decía— muerde con la boca cerrada». Hombre formado en los pasos de la antigua política, en un cuadro semiprimitivo como el nuestro, ganaba mucho con la palabra oportuna y con la oportuna paciencia. En cierta ocasión, cuando aún ejercía la Presidencia de la República, le vi escuchar silenciosamente de tres personas distintas el mismo relato. «Tiene usted sobra de paciencia para oír», díjele. «Es necesario hacerlo, me respondió; en primer lugar, para saber dónde está lo cierto; después, para no dejar con las cajas destempladas al que cree ganar albricias con la noticias. En cambio, cuando apenas barrunto algo que pueda estar ocurriendo, manifiesto estar en el secreto, para que me refieran lo que deseo saber».

Más que hombre de humor, Márquez Bustillos era hombre de fina ironía. Sobrino del doctor Diego Bustillos y del célebre polemista y gramático don Juan Pablo, era acertado en las respuestas. No sé si Eduardo Carreño llegó a recoger las siguientes anécdotas, que a él comuniqué.

Cuando ardía la famosa campaña desatada alrededor de 1937 contra los antigomecistas que habían retornado al país, se imputaron veleidades comunistas al doctor Carlos León, brillante político y tratadista trujillano y compañero de juventud de Márquez Bustillos. Hombre ampliamente apreciado por su formación universitaria y por las enseñanzas de su texto y cátedra de Sociología, el doctor León se había mantenido en el Exterior en contacto con gente de extrema izquierda, lo cual se invocó como expediente para obstruir un supuesto nombramiento para Plenipotenciario en el Brasil. Acosado por los ataques que a diario se le hacían, Carlos León dijo un día a Márquez Bustillos:

—Ve, Victorino, qué puedes hacer cerca de López contra esta infamia de llamárseme comunista.

—No te preocupes, Carlos, le respondió Márquez Bustillos. La gente es muy desconsiderada. Mira cómo a mí me llaman gomecista.

* * *

Uno de los viejos enemigos que llegó a estrechar mayor amistad con el doctor Márquez, fue el grande escritor y polemista Rufino Blanco Fombona, quien en libros y panfletos había denostado la persona de Márquez Bustillos. Rufino era asiduo asistente a las tertulias de la casa del hábil político. En cierta ocasión, Blanco Fombona dijo al viejo Márquez:

—Los hombres vivimos de rectificaciones. Me appena recordar los ataques que sin conocerle personalmente hice a usted en mis libros.

—Olvídese de eso, Rufino. Yo nunca leí ninguno de sus libros —fue la respuesta mordaz y consoladora del astuto político.

DOCTOR JOSE TOMAS CARRILLO MARQUEZ

MUCHOS, AL VERLO TAN SERIO y tan gravemente decorado por la lustrosa calva, no atinaban a adivinar el fino espíritu burlón que adornaba al doctor José Tomás Carrillo Márquez, digno hijo del famoso repúblico don Juan Bautista Carrillo Guerra. Abogado de vasta cultura, el doctor Carrillo Márquez ejerció con brillo su profesión y desempeñó uno que otro cargo público. Hombre enchapado a la antigua, el doctor Carrillo Márquez vivía en Caracas por 1930 del mismo modo como vivía en Trujillo el año 900. El tiempo, con las modas y las costumbres, no hacían mella en su recia personalidad de provinciano. Como tipo humano, el doctor Tomás, según solían llamarle cariñosamente en su tierra natal, era de una macisez extraordinaria. Carácter de una sola pieza, siempre se mantuvo leal a sí mismo. En los estrados, en el salón diplomático, en el bufete abogadil, en la antesala bancaria, en el recibo familiar, se le veía siempre fino, reído, discreto en el decir, agudo en la frase que certeramente caía sin ofensa sobre el tema que quería atacar, amable tanto con el grande como con el pequeño.

Sus modales, más que aprendidos, veníanle como esencia del propio hogar donde pontificaba el señorío del viejo don Juan y donde brillaba la gracia austera de doña Rosario. Si en él era más recia la gravedad y estaba en él más marcado el apego a las viejas costumbres, en todos los suyos —damas y caballeros— apunta el mismo tono de singular distinción, que ha hecho de la familia Carrillo Márquez una de las más apreciadas stirpes trujillanas.

No empece, como he dicho, a su seriedad, el doctor Tomás era dado a la fina ironía y a la burla ligera. Así, refiérese que en cierta ocasión en que se celebraba en Trujillo un Consejo de Guerra, integrado por tres generales ayunos de letras, uno de éstos fuese donde el doctor Carrillo Márquez para que le ilustrase algunos lugares dudosos

del Código Militar. Instruyó al efecto el asesorar al indocto consultante, mas al tropezar con el artículo donde se ordenaba que los jueces debían estar cubiertos durante la audiencia, explicóles Carrillo Márquez la necesidad de envolverse en alguna cobija mientras estuvieran en funciones. Al día siguiente, bajo un sol canicular, el doctor Carrillo Márquez reía a mandíbula batiente ante el espectáculo de los generales cubiertos con tupidas «burreras».*

* Burrera es nombre dado en Trujillo a una manta de lana, fabricada en primitivos telares por la gente de la tierra fría.

MONSEÑOR DOCTOR MIGUEL ANTONIO MEJÍA

ENTRE LAS MÁS DENSAS figuras trujillanas del siglo xx figura la de Monseñor Miguel A. Mejía, insigne Vicario de Valera e ilustre Obispo de Guayana. Bastante se ha escrito acerca de la fecunda obra educadora por él realizada en la ciudad de Valera, orgullosa siempre de hijo tan preclaro. Mucho se han ponderado las virtudes de su carácter, resuelto y valiente para todo lo que significase justicia y dignidad cívica, suave y dócil en lo que decía a súplicas de necesitados o a insinuaciones pontificias. Nunca prelado más atento a lo que fuese recomendado como mandato del Pontífice, jamás voluntad tan rendida cuando se trataba de servir a alguien que llamase a las puertas de su corazón. En cambio, se le juzgaba de carácter inflexible por el modo de su voz y por lo imponente de su talante. En el fondo realizaba la contradicción de la nuez: un áspero exterior ocultando un secreto de mieles. Cargó Monseñor Mejía con el desapropiado remoquete de General Mejía, por cuanto el público, que sólo veía la fachada de su imperiosa humanidad, no adivinaba la mansedumbre interior, ni midió, tampoco, el sentido y el origen de la atribución. Él realizaba la inversa de la figura usada para pintar a quienes, tras apariencias de bondad, saben ocultar un natural malévolos. Era la oveja vestida con la piel medrosa del lobo.

Jamás a Monseñor Mejía arredró el peligro cuando fue necesario cumplir con su deber de hombre y con su obligación de sacerdote. Valera fue testigo permanente de sus querellas con la autoridad civil cuando ésta torcía el rumbo de la justicia. Escudo del pueblo frente a la arbitrariedad gubernamental, se le vio intervenir en todo caso en que fuera solicitado el apoyo de su extraordinaria autoridad moral. Cuando se le creó Obispo en 1924, al ser trasladado a la Silla de Cumaná Monseñor Sixto Sosa, Monseñor Mejía fue a presentar sus saludos al Jefe del Estado. El General Gómez lo recibió con las buenas mane-

ras que le distinguían y, como era de rigor, le hizo el cumplido de ponerse a las órdenes del nuevo Obispo.

—Pues, General, vengo precisamente a pedirle un gran regalo, que a usted le es fácil concederme, le dijo el Obispo en tono autorizado.

—¿De qué se trata, Monseñor, para complacerlo?, interrogó el viejo Gómez.

—Simplemente de que ponga en libertad al General Román Delgado Chalbaud.

Monseñor Mejía había avanzado a pedir al General Gómez la libertad de un preso cuyo nombre no se atrevían los áulicos a pronunciar. El caudillo se inmutó y respondió con su clásico «ajá». Cuando el Obispo salió, dijo a los presentes:

—Pues sí, señores, este Obispo nos va a resultar un nuevo General.

Tal vez Monseñor Mejía estaba seguro de que fracasaría su primera gestión a favor del amigo encarcelado, por cuya libertad prosiguió haciendo diligencias. Al asumir la plenitud de su función pastoral, se sentía él moralmente obligado a intervenir en favor de los numerosos compatriotas que sufrían la pérdida de sus derechos humanos. No hacer algo en beneficio de los ciudadanos que padecían arbitraria prisión, lo juzgó una traición a su deber de Obispo cristiano. No le arredraba el que a Gómez le desagradase el tema. A él le interesaba solamente cumplir su deber de buen pastor. Cuando en 1945 reaparecieron en nuestra política las prisiones políticas, él vino a Caracas a pedir, no sólo la libertad de su hermano Alfonso, sino también la de los demás detenidos.

—Sabe usted, dijo al Comandante Carlos Delgado Chalbaud, entonces Ministro de Defensa y miembro del Gobierno revolucionario —que tengo autoridad moral para solicitar la libertad de los presos políticos, pues yo pedí a Gómez la libertad de su padre, cuando los cobardes no se atrevían a pronunciar su nombre.

EL DOCTOR TRINO BAPTISTA

TRINO BAPTISTA ocupó sitio prestante en la colectividad política encabezada en Trujillo por sus mayores. En la Universidad de Caracas alcanzó grado de doctor en Ciencias Políticas y en estrados y Congresos dio pruebas de su fácil talento y de su noble palabra. En Trujillo ejerció, primero, la Secretaría General y en el último período del castismo, la Presidencia del Estado. En los primeros años de la Rehabilitación ejerció con lujo de aciertos el Ministerio de Instrucción Pública, del cual se retiró, tras una fructífera labor, para ocupar un escaño en la Cámara.

Por 1913 se planteaban en el plano de la política nacional graves problemas. El General Gómez aspiraba la reelección, prohibida por la letra constitucional. Reivindicación hondamente sentida del pueblo venezolano, la alternabilidad era y sigue siendo, más que la elección directa, lo que ha anhelado el país con mayor vehemencia. Aspiración no sólo del pueblo de Venezuela, también la alternabilidad del Poder ha constituido empresa fundamental en los demás países de la América Española, como acaba de apuntarlo en certera nota sobre política argentina «Le Monde», de París. Para romper la constitucionalidad, precisaba quebrantar previamente la fuerza del Consejo de Gobierno y silenciar al Congreso. La ocasión para ambos efectos la ofreció la firma y discusión del Protocolo Franco-Venezolano, por el cual se comprometió el país a pagar una suma no determinada de bolívares. El Consejo hizo crisis y luego en el Parlamento el examen del Protocolo adquirió carácter de duelo irregular. Frente a una mayoría encabezada nada menos que por Gil Fortoul, una minoría que integraban Trino Baptista, Pedro María Parra, José Eustaquio Machado y Ramón Ayala, hijo. Con las voces de estos altivos patriotas, silenció la oposición política en los Congresos del gomecismo, en lo sucesivo convertidos en palestra para la discusión de sólo temas de derecho ordinario y de cuestiones administrativas. Aquella minoría, en cambio, asumió una respon-

sabilidad que precisa memorarla como ejemplo de altivez republicana. Con la seguridad de su abatimiento por las fuerzas poderosas de la mayoría gubernamental, supieron hacer honor a sus ideas. Como su paisano don Eusebio Baptista, Trino se sabía obligado a librar una lucha desigual. David esta vez fue aplastado por Goliath, y luego, disfrazado de capuchino, dejó a Caracas el doctor Baptista, para ir a hacer miserable vida de proscrito en Curazao y las Antillas. Antes de la muerte del General Gómez, Trino Baptista se acogió a una de las efectivas amnistías que daba el viejo Caudillo y fue a hacer vida callada en Caracas.

Durante la época que antecedió a su salida de Venezuela, el doctor Baptista vio la defección de los amigos. En especial chocó a sus ojos la actitud huidiza asumida por un joven político caraqueño que, cuando fue Ministro, lo visitaba frecuentemente, con la boca llena de promesas de adhesión, y quien se decía, a la vez, entusiasta admirador del doctor Leopoldo Baptista. Atinó el joven a tropezar con Trino en la esquina del Padre Sierra, sin que le fuera posible evitar saludarle. El doctor Baptista se prodigó en palabras de cariño para el escurrido amigo y procurando hablar en tono que permitiera a los transeúntes oír sus palabras, dijo al aprendiz de tráfugo:

—Donde Leopoldo hemos hablado mucho de usted en estos días y él está esperándole siempre.

El joven empalideció hasta la anemia absoluta y acercándose a Baptista, le interrumpió con palabra temblorosa:

—Doctor, cuídese, que hay muchos espías.

—Antes que de los espías, mi amigo, cuídese de usted mismo, le agregó, dándole la espalda, el doctor Baptista.

* * *

A la muerte del General Gómez, el Gobierno del Estado Trujillo nos comisionó al doctor Victorino Márquez Bustillos y a mí para representar en el sepelio del anciano Dictador y para colocar una corona de inmortales sobre su tumba. Cuando envié a Trujillo la nota por el valor de la corona, ya estaba de Secretario del gobierno presidido por Federico Araujo, el doctor Trino Baptista. La respuesta no se hizo esperar.

—Ningún dinero mejor empleado por el Estado Trujillo que el destinado para ofrendar coronas a Gómez muerto. Lo lamentable del caso es lo tardío de la ocasión.

EL GENERAL FEDERICO ARAUJO

EL GENERAL FEDERICO ARAUJO, muerto en años recientes, fue ejemplo típico del viejo caudillo rural, que a las virtudes del valor personal unía la austeridad y la sencillez del labriego. Hombre de pocas palabras, enemigo de la bambolla y de los alegres compromisos, se le miró por persona huraña y retraída. En el comercio de la amistad era afable y generoso. Contar con la palabra de Federico Araujo era contar con el apoyo de un hombre íntegro. Las luces que dan las letras sabía sustituirlas por las luces que salen del corazón. Por bueno, caritativo y oportuno lo quisieron sus amigos. Durante el gobierno del General Gómez, Araujo sufrió persecuciones a consecuencia de la oposición que el doctor Leopoldo Baptista —caudillo principal del grupo— hacía a la política rehabilitadora. Remontado estuvo en los páramos de Trujillo, hasta que una efectiva amnistía permitió a los enemigos del régimen retornar a sus hogares. Reconciliado con el General Gómez, éste le devolvió la vieja amistad, la cual Araujo usó en beneficio de los amigos presos. Cuando Araujo iba a Caracas y Maracay se sabía que algún preso estaba por medio. Tal fue la fama que ganó Araujo por esta generosa causa, que en cierta oportunidad en que estuvo en la Capital, el Arzobispo Castillo, entonces Obispo de Coro, me pidió que lo pusiera en relación con aquél, pues pensaba pedirle que influyera en el ánimo del General Gómez a favor del estudiante Elías Aponte, entonces preso y enfermo en Coro. (Como Araujo había ya regresado a Trujillo, la gestión a favor de Aponte la realizó el Arzobispo Rincón González, veterano en lides de sacar presos políticos y de aliviar la suerte de los perseguidos). Durante el régimen gubernamental presidido por el General Eleazar López Contreras, el General Araujo presidió la administración pública del Estado. Su gobierno estuvo enmarcado en las líneas del grupo conservador que se oponía a las corrientes progresistas del movimiento democrático, mas ajustado al respeto a la ley

y ceñido a las normas de la mayor honradez en lo que dice al manejo de los fondos públicos. Cuando ocurrió el golpe de estado que echó por el suelo la progresista y democrática administración del General Isafas Medina Angarita, el General Araujo entró a formar en la multi-color oposición hecha al régimen imperante.

En cierta ocasión un fogoso conspirador visitó al General Araujo en su habitual residencia de Valera y le expuso minuciosamente los preparativos de una conspiración en marcha. El taciturno caudillo era todo ojos y oídos, se retorció de vez en vez el espeso bigote, y entre dientes, como solía hablar, lanzaba uno que otro ajá de inteligencia. Al terminar el semimonólogo, se puso de pies el conspirador y estrechando la recia mano del veterano caudillo, le dijo con entusiasmo:

—Bueno, pues, mi General, ya usted conoce el plan preparado hasta hoy. Si ocurriese alguna variación, yo enviaré a mi mujer para que le informe.

—Eso varía un poco, mi amigo. Si la cuestión es con mujeres, más vale hablar con Porcia.*

* Doña Porcia Cols, dignísima compañera del General Araujo.

DOCTOR RAMON ALMARZA

LA FAMILIA ALMARZA PRATO era oriunda de Mérida. En 1892 se trasladó a Trujillo, donde las mujeres —Mercedes, Amalia y Tula— se dedicaron a la enseñanza y los hombres —Ramón y José Rafael— al ejercicio de su profesión. De abogado el primero; de tipógrafo y oficinista José Rafael.

El presente apunte está dedicado a recordar al abogado Ramón, con quien, como con todos los suyos, me unió una cordial amistad, heredada de mis buenos padres. El doctor Ramón Almarza era hombre de figura desaliñada, y más que desaliñada, abandonada. Como el célebre doctor Víctor Antonio Zerpa, no se cuidaba de lucir en la fachada, sino de vestir muy bien el interior. El destino le premió otorgándole una hija —Rosario—, tenida como flor de santidad.

Ejercía Almarza la profesión cuando no ocupaba algún cargo en el Poder Judicial. Tenía marcada pasión por los papeles impresos. Si aún existe en Trujillo, acaso sea la mejor fuente de estudio para su historia contemporánea, la riquísima colección de revistas, periódicos, programas, laudatorias, avisos, carteles, etc., que llegó a formar Almarza. Como abogado, juez o fiscal, su fama de honorabilidad y rectitud le daba aureola respetable. En un medio interferido por las influencias de los mandamás, Almarza, en forma discretísima, supo mantenerse en un plano marginado de componendas que viciaran la justicia. Prefirió el hambre honrosa al compromiso deshonesto. Sencillo, humilde, vestido como bien o mal podía, Almarza desafiaba los vendavales de la manera más discreta y digna, sin que el infortunio le hiciera doblegar la altiva conducta.

En cierta oportunidad, Almarza ocupaba un cargo en la administración de justicia del Estado y de su dictamen dependía el curso de determinada causa, en la cual estaba interesado un influyente político,

a quien le fue fácil llamar a aquél para conferenciar sobre el juicio de mérito. Cuando el interesado insistió en conocer la opinión de Almarza, éste le dijo:

—Doctor, usted sabe que mi deber me obliga a no externar opinión alguna sobre el proceso.

—Sí, pero usted debe saber, también, que yo tengo interés en el juicio y que estoy dispuesto a corresponder debidamente al buen comportamiento del amigo —le agregó el abogado interesado.

—Se equivoca usted, doctor, si me cree igual a los abogados y testigos que usted maneja a su antojo. Yo soy hombre de conducta limpia.

El contrariado litigante perdió las casillas y le dijo en tono insolente.

—Usted no es sino un hombre sucio, doctor Almarza.

—Sí, señor doctor. Yo puedo llevar sucio por fuera. Otros, en cambio, lo llevan por dentro —fue la sencilla, altiva, edificante respuesta del honesto funcionario.

MONSEÑOR DOCTOR ESTANISLAO CARRILLO

EL RECUERDO DEL PADRE CARRILLO, como continuó llamándole el pueblo, a pesar del monseñorato anejo al título pontificio que le fue otorgado en 1912, está tan fresco y fijo en la memoria de los trujillanos, como en los tiempos en que su figura desmedrada y pobre se paseaba por las calles de la ciudad. Sobra toda frase enderezada a ponderar sus virtudes de levita. No era él ni elocuente, ni persuasivo de palabra, ni docto en letras humanas. Sin embargo, era una lección ambulante de bondad, de simpleza, de caridad, de pureza, de la cual se nutrían sus feligreses. Cargado de deudas vivió siempre, puesto que lo suyo lo distribuyó entre los pobres y los estipendios del curato corrientemente quedaban en la bolsa de quienes debieran satisfacerlos. Trujillo lo amó como se ama a un padre bondadoso y Trujillo lo respetó como se respeta a quien ostenta legítima autoridad.

Junto a esa exquisita bondad, el Padre Carrillo cultivó la ironía. En su periodiquito «El Perro» escribía finas cosas, apenas entendidas por quienes conocían la gracia de las gentes con que lo adornó la naturaleza. Grandes y pequeños escuchaban con atención las palabras que salían pesadamente de sus labios inelocuentes. Cuando afilaba sus dichos, buscaba confundir la vanidad de los grandes, jamás herir a los pequeños. Se complacía especialmente en ponerse como el hombre chasqueado y perdido, para así tirar mejor de la atención ajena.

El Padre Carrillo fue invitado a aceptar la coadjutoria de Monseñor Antonio María Durán, Obispo de Guayana, mas se opuso a recibir la Mitra. Jamás dio un paso para alcanzar un obispado y por ser esto de todos sabido, montó por 1922 la escena que aquí se recuerda.

En la ley de División Territorial Eclesiástica promulgada en dicho año, se crearon los obispados de San Cristóbal, Coro, Valencia y Cu-

maná, a tiempo que era anunciada la creación de Coadjutores para los ancianos prelados de Mérida y de Barquisimeto. Como es natural, sonaban nombres de ilustres sacerdotes para las nuevas dignidades —entre ellos el de dos afamados clérigos trujillanos: Mejía y Dubuc—, pero con aquéllos se mentaban sacerdotes sin lustre ni virtudes, que pretendían vestir la desnudez con torcidas influencias políticas. Era costumbre reunir en la ciudad de Trujillo la tanda de sacerdotes regionales a quien tocaba hacer ejercicios espirituales y atinó a coincidir dicha reunión con el alboroto de las mitras. A los postres del almuerzo final de los ejercitantes, el Padre Carrillo insinuó un relato acerca de un sueño tenido en la madrugada.

—Pues, bien —fueron más o menos sus palabras—, hoy desperté sobresaltado por un mal sueño que me deparó el Señor. Soñé que estaba en mi escritorio leyendo, cuando un criado me anunció que había comenzado una lluvia con mitras. Salí a la puerta y vi a muchos Padres que se echaban al agua en espera de la suya. ¿Por qué no yo?, me pregunté a mí mismo y me eché a la calle a esperar la gracia de Dios, pero todas las que a mí se acercaban venían de punta. No me resignaba, e insistí en atrapar la mía, hasta que resolví apartarme de la lluvia, temeroso de que me viniese a encajar algún vaso de cama.

Es de imaginar la carcajada que siguió a esta áspera, certera crítica que el virtuoso sacerdote hacía de los buscadores de obispos.

* * *

Para mejor aleccionar, solía el Padre Carrillo usar de este impresionante sistema, cuya carga de gracia aumentaba en razón de ser él quien pagaba el pato en los apólogos. Tal actitud de permanente ironía cualquiera podía mirarla en desacoplo con su genial caridad, mas ha sido de Santos —incluso de San Francisco y San Felipe Neri— el usar figuras paradójicas para poner en resalto las debilidades urgidas de remedio. Cuando fundó su periodiquito «El Perro», alguien le preguntó la razón de tan extraño nombre en publicación de un sacerdote.

—Pues —le dijo al interrogante—, el nombre me vino a la se-sera cuando decía Misa en el altar de San Roque. ¡Quién tuviera un perrito como el Santo afortunado!, pensé entre mí. El perrito fue para San Roque mejor amigo que los hombres. ¿No se ha dado cuenta usted

de que el perro podría servir de modelo a muchos caballeros? Pues yo quiero que mis feligreses piensen mucho en las virtudes del perro y aprendan a ser buenos.

* * *

Preguntaba alguien en cierta ocasión al Padre Carrillo qué edad contaba, y el festivo interpelado respondió calmosamente, como solía hablar:

—Cuando yo era niño de escasos años ya era tan feo como al presente me ven; pero las amigas, para consolar a mi afligada madre, le aseguraban que al llegar a los quince yo daría la vuelta y cambiaría de cara. Como ustedes pueden comprobarlo fácilmente, ando por los catorce todavía.

* * *

El campo más conocido del Padre Carrillo fue el de la caridad para los menesterosos. Su casa era una especie de hospicio, donde cualquiera conseguía un bocado. La asistencia pública en su tiempo era una verdadera lástima y por las calles de Trujillo pululaban los pobres en pos de la escasa limosna. Ancianos caquéticos, palúdicos llagosos, hombres con espundia, ciegos llorosos, viejecitas temblorosas, visitaban los zaguanes con el plañidero reclamo de «una limosna por el amor de Dios». A alguien ocurrió que no era espectáculo digno de una ciudad moderna y progresista aquella harapienta teoría de pordioseros. En realidad, aquello no tenía gracia alguna. Aquello era desagradable desde el punto de vista de la estética urbana. A las autoridades no les ocurrió subir los impuestos, a fin de que los ricos, ya que no lo hacían de grado, cargasen en esta forma indirecta con el peso de las necesidades de los hambrientos. Hubo bando prohibitivo de la mendicidad callejera y luego la policía se dedicó a la heroica tarea de espantar a los pordioseros. Cuatro o cinco de ellos se acogieron al abrigo del viejo altozano de la Matriz, donde recibían las escasas monedas que pudieran darles los transeúntes o las personas piadosas que asistían al culto. La inmunidad eclesiástica no fue respetada como refugio protector de los indigentes, y los personeros del orden público arremetieron contra los inválidos que habían hecho posada permanente a la puerta de la casa

del Señor. Cuando el Padre Carrillo supo que la policía molestaba a sus pobres, fuese al gobierno y en voz mansa y certera argumentó:

—En la calle pueden hacer ustedes las arbitrariedades que deseen. En la puerta de la Iglesia mando yo en nombre de Cristo. Si a ustedes les molesta ver tanto pobre por las calles, busquen los medios de que los pobres no tengan que recurrir a la caridad pública. Si hay pobres es porque hay ricos. Si hubiera menos avaros, habría menos pobres. Mis pobres me los dejan pedir su limosna a las puertas de la Iglesia, y no olviden que cuando Nuestro Señor baje al mundo otra vez, no vendrá vestido de doctor ni de general, sino de pordiosero. Si partieran la manta, como San Martín, la ciudad se vería limpia de menesterosos.

¿Hubo o no razón para que Trujillo llorase la muerte de Monseñor Estanislao Carrillo como la de un auténtico padre del pueblo?...

MONSEÑOR JOSE CLEMENTE MEJIA

CUANDO MURIO FISICAMENTE, después de doblar los noventa años, hacía mucho tiempo que Monseñor José Clemente Mejía vivía en el mundo de las sombras. Boconés por todos los costados, llegó a echar en Mérida profundas raíces afectivas. hasta ser verdadera institución merideña, como las torres de la Catedral o como los airosos pinos que sombreaban las aceras de la calle donde estaba ubicada su propia casa. Al frente del deanazgo de la Catedral, el virtuoso levita cumplió una amorosa labor de celo por su limpieza, sus adornos, sus imágenes, su culto esplendoroso.

No era hombre de muchas luces, mas la parvedad de letras la compensaba con una extraordinaria voluntad de servir y con un celo, por demás ingenuo, en lo que dice a devoción y costumbres religiosas. En mi época de estudiante universitario, Monseñor Mejía, que aún no había recibido el protonotariado, representaba, con el Padre Caputti, el ala extrema de la derecha clerical; Monseñor Enrique María Dubuc, entonces Rector del Seminario Conciliar, representaba a la vez la izquierda liberal. Los jóvenes rodeábamos a Dubuc, mientras veíamos en el buen Deán una manera de Torquemada rústico, para quien era ofensa todo lo que oliese a modernidad o progreso. A la enemiga para aquello que pareciese estar desencajado de las líneas de la ortodoxia, unía Monseñor Mejía unas maneras rudas y bruscas, que no dejaban que el extraño graduase las delicadas virtudes de generosidad, de simpleza y de bondad que llenaban su espíritu magnífico. Severo enemigo de las modernas y ligeras modas femeninas, libró en la Catedral verdaderas batallas, que si no llegaron al extremo del escándalo ocurrido entre el Padre José Asunción Contreras y el iracundo doctor Eusebio Baptista, hicieron terribles sus reprimendas. De haber podido, Monseñor Mejía habría impuesto a las damas de Mérida el traje monjil. La curva de un codo

desnudo o de una altiva pantorrilla, le ofendía como si se tratase de una visión mesalinesca. Austero, duro, se le vio siempre luchar por la moralidad y las buenas costumbres. A los concubinarios no daba el saludo. A los fornicarios escandalosos miraba como apestados.

Deudo cercano del grande Obispo Miguel Antonio Mejía, se dejó convencer por éste cuando el Prelado de Guayana vino a la primera visita *ad limina*. El asombro del viejo Mejía ante la majestad en la Basílica de San Pedro no tuvo par, como tampoco su pavor cuando visitó el Museo Vaticano. Los desnudos de óleos y esculturas terminaron por sacarle de quicio y cuando llegaron ambos Prelados al patio de Belvedere, ya no pudo resistir nuestro hombre, quien tomando del brazo al Obispo, le dijo con imperio:

—Miguel, vámonos de aquí, pues con razón en Roma se han perdido tantos Papas.

Bibliografía

- 1 8 9 7

Nace en Trujillo el 15 de septiembre. Hijo de Jesús Briceño Valero y de María Irragorry de Briceño.
- 1 9 0 7

Completa sus estudios primarios en el Colegio Santo Tomás, Valera. Su padre se traslada a Maracaibo.
- 1 9 0 8

Estudia en el Colegio San Andrés de Maracaibo. Publica su primer periódico manuscrito: *Venus*, con Edmundo Urdaneta.
- 1 9 0 9

En Maracaibo muere su padre, Jesús Briceño Valero. Regresa la familia a Trujillo.
- 1 9 1 1

Inicia el bachillerato en el Colegio Federal de Varones, Trujillo. Aparece *Génesis*, un 1º de agosto. Allí publica su primer ensayo titulado "Fiat lux".
- 1 9 1 2

Se residencia en Caracas. Inicia estudios de Ingeniería en la Universidad Central de Venezuela. Se impresiona con una conferencia dictada por Manuel Ugarte en la Asociación de Estudiantes Venezolanos. Cerrada la Universidad, ingresa a la Academia Militar. Entabla amistad con Isaías Medina Angarita.
- 1 9 1 4

Regresa a Trujillo. Edita con Saúl Moreno, José Félix Fonseca, Claudio Llanereras, Carlos Briceño Alruve, Manuel Vargas López Méndez y Manasés Eduardo Capriles, una nueva página literaria, *Ariel*. Su primer número apareció el 22 de octubre.
- 1 9 1 6

Escribe el Prólogo al libro del poeta trujillano Jesús Antonio Llanereras Carrillo, *Alma en Flor*.
- 1 9 1 7

Prologa el poemario *Hojas errantes* del poeta trujillano José Félix Fonseca. Publica: — *Los libros y el verdadero concepto modernista* (Trujillo)

1918

Funcionario de la Administración del Estado Trujillo, cargo al que renunciará.
 Forma parte del equipo redactor de la revista *Juan Cristóbal* (Trujillo).
 Prosigue sus estudios de Derecho en la Universidad de los Andes (Mérida). Mantiene amistad con Mariano Picón Salas, Diego Carbonell, Caracciolo Parra León y Roberto Picón Iares.
 Conoce a Josefina Picón Gabaldón, prima de Mariano Picón Salas, con quien contraerá matrimonio.
 Dicta una conferencia en la Universidad de Los Andes, "Los orígenes del arte".
 Colabora, junto a Picón Salas, Antonio Spinetti Dini y Enrique Celis Briceño, con la revista *Arístides Rojas* (Mérida).

1919

Profesor del Liceo Libertador (Mérida).
 Director de Política y encargado de la Secretaría del Estado Mérida.
 Publica: — *Americanismo, no hispanismo* (Mérida).

1920

Se gradúa de Abogado, Universidad de Los Andes.
 Publica: — *Elogio del doctor Eloy Paredes* (Mérida).

1921

Se traslada a Caracas.
 Se inscribe en la Universidad Central de Venezuela para el Doctorado en Ciencias Políticas.
 Ejerce como docente en el Colegio Santa Rosa de Lima y en el Liceo Andrés Bello.
 Trabaja en el Ministerio de Relaciones Exteriores, Dirección de Política Internacional.
 Secretario de la Cámara de Diputados.
 Publica: — *Horas (ensayos)* (Caracas).

1922

Publica: — *Motivos (ensayos literarios)* (Caracas).

1923

Contrae matrimonio con Josefina Picón Gabaldón, 22 de agosto.
 Viaja a Nueva Orleans, allí se desempeñará como Cónsul de Venezuela.
 Redacta su Tesis para optar al Doctorado en Ciencias Políticas.

1925

Regresa a Caracas, donde en la Imprenta de Parra León Hnos. reinicia su amistad con Caracciolo Parra León.

Se recibe de Doctor en Ciencias Políticas en la Universidad Central de Venezuela.

Publica: — *El reloj de la Universidad. Discurso* (Caracas).

— *La educación del superconciente* (Caracas).

— *Ventanas en la noche* (Caracas).

1926

Publica: — *Lecturas venezolanas. Colección de páginas literarias de escritores nacionales antiguos y modernos* (Caracas).

— *Pro-missionibus* (Caracas).

1927

Regresa a Trujillo.

Ejerce como Abogado y Juez.

Director de la Escuela de Ciencias Políticas, Trujillo.

Secretario General del Gobierno del Estado Trujillo.

Encargado de la Presidencia del Estado Trujillo.

1928

Se traslada a Valencia. Ejerce el cargo de Gobernador de Valencia.

Publica: — *Ornamentos fúnebres de los aborígenes del Occidente de Venezuela: Contribución al estudio de la arqueología precolombina de Venezuela* (Caracas).

— *Datos biográficos de Guillermo Michelena* (Caracas).

1929

Secretario de la Universidad Central de Venezuela, bajo el Rectorado del Dr. Rodríguez Rivero y Vice-rectorado del Dr. Caracciolo Parra León.

Profesor de la recién fundada Escuela de Filosofía y Letras, cátedras: Historia de las Literaturas Antiguas, Filosofía y Ética.

Publica: — *Historia de la fundación de la ciudad de Trujillo* (Caracas).

— *La fundación de Maracaibo* (Caracas).

— *Genealogía de don Cristóbal Mendoza, Primer Presidente de Venezuela* (Caracas).

1930

El 25 de enero se incorpora a la Academia Nacional de la Historia. Ocupa el Sillón de don Lisandro Alvarado.¹

El 20 de abril, toma el hábito de terciario franciscano (Tercera Orden de Penitencia de Nuestro Seráfico Padre San Francisco).

- Publica: — *El conquistador español: los fundadores de Nuestra Señora de la Paz de Trujillo* (Caracas) [Discurso de incorporación a la Academia].
 — *Elogio de San Agustín* (Caracas).
 — *Notas sobre arqueología venezolana* (Caracas).
 — "Procedencia y cultura de los Timotos-cuicas" (Caracas).

1932

Se incorpora a la Academia de la Lengua Correspondiente a la Española como Individuo de Número, el 19 de mayo.

- Publica: — *Franciscanismo y seudo franciscanismo* (Caracas) [Discurso de incorporación a la Academia]

1934

Fundador de la Orden de "Caballeros del Espíritu Santo", con J.M. Núñez Ponte y Caracciolo Parra León.

Secretario de la Orden de "Caballeros del Espíritu Santo".

- Publica: — *Tapices de historia patria* (Caracas).
 — *A propósito de la Ley de Patronato Eclesiástico* (Caracas).

1935

Muere en Caracas, un 9 de mayo, la madre del escritor doña María Iragorry de Bri-ceño.

Asiste, en representación del Estado Trujillo y en compañía de su tío el Dr. Victorino Márquez Bustillo, a los Actos Funerales que le fueron rendidos al General Juan Vicente Gómez.

- Publica: — *Centenario del Colegio Federal de Trujillo* (Caracas).

1936

Ministro Plenipotenciario en Panamá y Centroamérica. Mantiene correspondencia con personalidades del mundo político e intelectual de Venezuela, entre ellos, el Dr. Rafael Caldera.

1938

- Publica: — *Triunfo y tragedia del Libertador* (San José, Costa Rica) [Palabras leídas por la radiodifusora "La Voz del Trópico"].

1939

Muere su gran amigo Caracciolo Parra León.

Escribe la biografía de este entrañable amigo en Costa Rica.

Publica: — *Recuerdo de Ayacucho: una reliquia del Libertador en Centroamérica* (Guatemala).

1940

Publica: — *Truectoria y tránsito de Caracciolo Parra (1901-1939)* (Costa Rica).

1941

Asiste a la inauguración de la Universidad de Costa Rica, en representación de la Universidad Central de Venezuela.

Regresa a Caracas.

Director del Archivo General de la Nación.

Publica: — *Palabras del Dr. M.B.-I. Delegado Especial de la UCV a la inauguración de la Universidad de Costa Rica* (Costa Rica).

— *Pasión y triunfo de dos grandes libros. Homenaje a Codazzi y a Baralt en el centenario de la "Geografía" y de la "Historia"* (Caracas).

1942

Publica: — *Temas inconclusos* (Caracas).

— *El cabullo de Ledesma* (Caracas).

— *Relación geográfica de la Provincia de Cuicas (Trujillo, 1578)* (Caracas).

— *Preparatorio para las Pompas de Bolívar* (Caracas).

— *La historia como elemento de creación* (Caracas).

1943

Aparece el primer número de la revista *Bitácora*, fundada por Mario Briceño-Iragorry. De ella circularon 15 números.

Publica: — *Sentido y ámbito del Congreso de Angostura* (Caracas) [Discurso pronunciado el 15 de febrero en el Instituto Libre de Cultura Popular].

1944

Presidente del Estado Bolívar.

Prologa el libro *El doctor Francisco Espejo* de Héctor Parra Márquez.

Publica: — *Discurso inaugural de la Sociedad Económica de Amigos de Guayana* (Ciudad Bolívar).

— *Voz y presencia de Bolívar* (Ciudad Bolívar).

Presidente del Congreso Nacional.

Jefe de la Fracción del PDV.

Derrocado el General Isaías Medina Angarita, es detenido y llevado preso desde Miraflores al Cuartel de La Planicie, junto a Arturo Uslar Pietri, Enrique Tejera, Jóvito Villalba, Luis Hernández Solís y Joaquín Gabaldón Márquez.

Se dedica por poco tiempo a la profesión de Abogado y trabaja en las Academias de la Lengua y de la Historia.

Publica: — *Discurso de apertura de la Cámara del Senado en sus sesiones de 1945* (Caracas).

— *Discurso de clausura de la Cámara del Senado en sus sesiones extraordinarias de 1945* (Caracas).

— *Conmemoración del día nacional* (Caracas).

— *Ante una infamia* (Caracas).

— *Palabras en Guayana* (Caracas).

— *Formación de la nacionalidad venezolana* (Caracas).

— *Homenaje al General Rafael Urdaneta* (Caracas).

Recibe el Premio Municipal de Literatura.

Profesor de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central de Venezuela.

El fue uno de los fundadores de la mencionada facultad.

Prologa *La puebla de Bolívar* de Andrés Ponte.

Publica: — *Casa León y su tiempo. (Aventuras de un anti-héroe)* (Caracas) [Premio Municipal de Literatura].

— *Papeles de Urdaneta el joven* (Caracas).

Premio Nacional de Literatura.

Pronuncia su discurso "Función social de la palabra" con el que agradece su designación como Premio Nacional de Literatura.

Dicta una conferencia en la Universidad Central de Venezuela con título "Elogio de Virgilio".

Asiste a la inauguración del Instituto de Filología "Andrés Bello" de la Universidad y pronuncia el discurso "Bello, arquitecto de América".

Publica: — *El Regente Heredia o la piedad heroica* (Caracas) [Premio Nacional de Literatura].

— *Apología de la ciudad pacífica* (Caracas).

— *Apuntes para un retrato de Pedro Emilio Coll* (Caracas).

— *Los Corsarios en Venezuela. Las Empresas de Grammont en Trujillo, en 1678* (Caracas).

— *Apuntes sobre los estudios históricos en Venezuela* (México).

1948

Escribe el prólogo al libro *Tierra de gracia* de Guillermo Morón.

Publica: — *Palabras para alabar a Luis Correa* (Caracas).

1949

Enviado Especial del Gobierno a la toma de posesión del Presidente Ulate, en Costa Rica.

Embajador en Colombia.

Publica: — *Mentís a Rómulo Betancourt* (Bogotá).

— *En desagravio de Venezuela: Carta a Andrés Bduarte* (Bogotá).

— *La tragedia de Peñalver* (Bogotá).

— *Primera parte de la curiosa historia del hallazgo del Pentateuco del Disparate según apuntes de un curioso que presenció el famoso descubrimiento* (Bogotá).

1950

Renuncia a la Embajada de Colombia por desacuerdo con el régimen.

Regresa a Venezuela.

Escribe su columna "Bitácora" en el periódico *El Nacional*.

Publica: — *Sentido y presencia de Miranda* (Bogotá) [Discurso en la Academia Colombiana de la Historia].

1951

Continúa su labor docente en la Cátedra de Historia Colonial en la Universidad Central.

Trabaja como Cronista de Caracas en el Concejo Municipal del Distrito Federal.

Funda la revista *Crónica de Caracas*.

Pronuncia en la Universidad Central su discurso "La leyenda dorada", el 5 de octubre.

Publica: — *Mensaje sin destino* (Caracas).

— *Mi infancia y mi pueblo (evocación de Trujillo)* (Caracas).

— *Virutas (temas dispersos)* (Caracas).

— *El retorno de Bello. Discurso leído en el Teatro Municipal el día de Andrés Bello* (Caracas).

— *El sentido de la tradición* (Caracas).

1952

El partido URD lo invita a participar en los comicios para que, junto a Jóvito Villalba, encabezara la plancha de candidatos a Diputados por el Distrito Federal.

En la clausura de la campaña electoral pronuncia, en el Nuevo Circo de Caracas, el discurso que publicará un año después "Al servicio de Venezuela".

Electo Diputado por el Distrito Federal.

Asilado en la Embajada de Brasil, va luego a San José de Costa Rica, La Habana y Madrid. Inicia su exilio en el mes de diciembre.

Publica: — *Introducción y defensa de nuestra historia* (Caracas).

— *Alegría de la tierra (Apología de nuestra agricultura antigua)* (Caracas).

— *Bello, maestro de civismo* (Caracas).

— *Muría, Caracas y la unidad de la Patria. Discurso en la clausura del III Congreso Mariano Nacional* (Caracas).

1953

Se radica por muy pocos meses en Costa Rica.

En el mes de abril, se residencia en Madrid en compañía de su esposa e hijas, así como también su hermano Marco Antonio y su familia.

El 2 de noviembre viaja a Arévalo, región de Castilla-España, tierra de sus mayores.

Publica: — *Aviso a los navegantes (Tradición, venezolanidad y americanidad)* (Caracas).

— *Gente de ayer y de hoy (Bocetos biográficos)* (Caracas).

— *Al servicio de Venezuela* (San José, Costa Rica).

— *Al pueblo del Distrito Federal* (Caracas).

— *Sentido y vigencia del 30 de noviembre (examen del proceso electoral venezolano)* (Madrid).

— *Problemas de la juventud venezolana (Temas acerca de la presente crisis universitaria)* (Madrid).

— *El furisismo bolivariano y la anti-américa (Temas sobre hispanoamericanismo y panamericanismo)* (Madrid).

— *Dimensión y urgencia de la idea nacionalista. Pequeño discurso sobre venezolanidad y americanidad* (Madrid).

— *La traición de los mejores (Esquema interpretativo de la realidad política venezolana)* (Madrid).

1954

Viaja por varias ciudades italianas (Roma, Florencia, entre otras).

Regresa a Madrid. El 8 de diciembre es atacado por agentes de la Seguridad Nacional, cuando salía de la Iglesia de las Jerónimas.

Publica: — *Obras selectas* (Madrid).

— *El hijo de Agar* (Madrid).

— *Venezuela sin luz: a propósito del carácter fraudulento de las instituciones políticas venezolanas* (Madrid).

— *Pasión venezolana: El caballo de Ledesma. Mensaje sin destino. Tratado de la presunción* (Madrid).

1955

- Publica: — *Patria arriba* (nuevo ensayo sobre la hispanoamericanidad) (Madrid).
 — *Dos respuestas a Emmet Till* (Zaragoza).
 — *Tradición, nacionalidad y americanidad* (Santiago de Chile).

1956

- Publica: — *En tono de cuento: Elogio de la abuela para regalo de la nieta* (Zaragoza).
 — *Primera lección para mis nietas desterradas* (Zaragoza).
 — *La hora undécima* (hacia una teoría de lo venezolano, (Caracas).
 — *Saldo* (Caracas).
 — *En torno al asilo diplomático* (Carta al Dr. Simón Planas Suárez) (Zaragoza).
 — *Lección y sentido de Antonio Nicolás Briceño* (Zaragoza).
 — *Vigencia rectora de San Ignacio de Loyola* (Zaragoza).
 — *La declaración de Panamá: Anverso y reverso de una conducta* (Caracas).
 — *Palabras para consolar a un cobarde* (Zaragoza).
 — *Palabras para aliviar a Víctor Riesel* (Zaragoza).
 — *Responso con luces para Don Gnocchi* (Zaragoza).
 — *Responso al niño de Hiroshima* (Zaragoza).
 — *Responso al juez desesperado* (Zaragoza).
 — *Responso al General José Moscardó* (Zaragoza).
 — *Responso al elector de voluntad de hierro* (Zaragoza).
 — *Responso a los estudiantes del avión incendiado* (Zaragoza).
 — *Responso a las víctimas de la tragedia de Argentina* (Zaragoza).
 — *Responso a Giovanni Papini* (Zaragoza).
 — *Responso a Emmet Till* (Zaragoza).
 — *Responso a cuatro víctimas del odio en Chipre* (Zaragoza).

1957

Abandona España y se dirige a Génova, en donde permanecerá internado en la Clínica "Montallegro" durante los meses de septiembre a diciembre. Allí revisó los materiales que constituirían tres libros publicados después de su muerte: *Ideario político*, *Diálogos de la soledad* y *Carta de proscrito*.

- Publica: — *Los Riberas. Historias de Venezuela* (Caracas).
 — *Por la ciudad hacia el mundo; Pregón y sentido de las fiestas de Trujillo* (Madrid).
 — *Pequeño anecdotario trujillano* (Caracas).
 — *Saludo Primicial al Obispo de Trujillo* (Zaragoza).

En el mes de marzo, viaja desde Italia a Nueva York.

Llega a Caracas el 13 de abril.

Muere el 6 de junio. Sus restos fueron velados en el Congreso Nacional.

Fueron publicados: — *Ideario político* (Caracas).

— *Diálogos de la soledad* (Mérida).

— *Cartera de proscrito (1952-1958)* (Caracas).

INDICE

Presentación	07
Prefacio	09
El Asilo de Juan Rodríguez Suárez	13
Los Piratas en Trujillo	15
El Obispo Fray Alonso de Briceño	17
Jacobo Antonio Roth	19
El Poeta Juan Llaveneras	21
Don José Gabaldón	25
Bolívar y Los Briceño	27
Domingo Briceño y Briceño	29
Cristóbal Mendoza	31
El Defensor del Reo Pedro Carujo	33
El Ilustre Coronel Sebastián Osses	35
El Santo Padre Rosario	37
El General Cruz Carrillo	41
El Doctor José Emigdio González	45
Un Caballero Doblado en Capitán	47
Manuel María Carrasqueño	49
En Trujillo hasta El Santísimo es "Poncho"	53
El Senador Eusebio Baptista	55
La Prisión de Don Pedro Pou	59
El Doctor Juan de Díos Monzón, Presidente, Interino, de Venezuela	63
Juan Bautista Araujo, Gigante de las Barbas Bellidas	65
El Doctor Diego Bustillos	69
El Doctor Gabriel Briceño Picón	73
Manuel Fernando Mendoza	75
Cipriano Castro y Los Trujillanos	77
El Sabio Rafael María Urrecheaga	81
Algo sobre los templos y colegios de Trujillo	85
Juanchito Márquez	87
El Rector Magnífico: Caracciolo Parra	91
Cipriano Castro y Valera	95
Víctor Rosa y Wenceslao Martínez	97
Juan Pablo Bustillo	99
Monseñor Jáuregui Moreno	103
Juan Bautista Carrillo Guerra	107
El Doctor Leopoldo Baptista	109
1913, Año de Desintegración Política	113
El Doctor José Gregorio Hernández	115
Bachiller Rafael Rangel	117
El Doctor Juan Nepomuceno Urdaneta y el General Timoleón Omaña	119
El Doctor Santiago Fontiveros	123

Doña Maria Dolores Mannucci de Araujo	127
Algunos Escritores Trujillanos y el Doctor Inocente de J. Quevedo	129
El Pbro. José María Graterol	133
Monseñor Doctor Antonio Justo Silva	135
El Doctor Amilcar Fonseca	137
Doctor Juan Francisco Bustillos	139
La Imprenta en Trujillo. Pompeyo A. Olivia	141
El Doctor Victorio Márquez Bustillos	145
Doctor José Tomás Carrillo Márquez	149
Monseñor Doctor Miguel Antonio Mejia	151
El Doctor Trino Baptista	153
El General Federico Araujo	155
Doctor Ramón Almarza	157
Monseñor Doctor Estanislao Carrillo	159
Monseñor José Clemente Mejia	163
Bibliografía	165

Colección Crónicas:

- Arturo Cardozo. *Sobre el cauce de un pueblo*
- Jesús M. Palomares R. *Remembranzas. Memorias de un Trujillano del siglo XX.*
- Américo Briceño Valero. *La ciudad portátil. Historia de la provincia de Trujillo*
- Fabricio Ojeda. *La guerra del pueblo*
- Mario Briceño Iragorry. *Pequeño Anecdotario Trujillano*

Colección de Literatura:

Poesía:

- Víctor Valera Mora. *Antología Poética*
- María Elena Delgado. *Tendido el Asombro*
- Pedro Cuartín. *Las Hendiduras del Sueño*
- Luis Aníbal Velásquez. *La ciudad cambió tanto que ya no es mi ciudad*
- Miguel Márquez. *Linaje de ofrenda*

Ensayo:

- Víctor Vásquez. *Historia y ficción en Viaje al amanecer*
- Eduardo Rivero. *Coloquio de Inframundos*
- Juan José Barreto. *Región Poética. Lecturas sobre la obra de Ramón Palomares*
- Eduardo Vilorio y Marc Villá. *Después del Viaje. Vida y Música del Campesino Trujillano*
- Domingo Miliani. *Entre Montañas y Recuerdos*
- Jorge Vásquez. *Los personajes en las canciones de Alf Primera*

Narrativa:

- Carlos Manuel Cadenas. *Línea Ocupada*

Colección Cuadernos de la Memoria:

- José Ramón Aranguren. *Homenaje*
- Ramón Palomares. *Antología Mínima.*
- Ana Enriqueta Terán. *Antología Mínima.*
- Francisco P. Perdomo. *Antología Mínima*
- Adriano G. León. *Antología Mínima.*



**FONDO EDITORIAL
ARTURO CARDOZO**